CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS

MADRID 73

ENERO 1956

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

CIENCIAS ECONÓMICAS:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

CIENCIAS JURÍDICAS:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

POESÍA:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad. de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.

Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.

Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.

Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

ARTE:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

ENSAYOS POLÍTICOS:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.

El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.

Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

EDICIONES CULTURA HISPANICA

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

CIENCIAS ECONÓMICAS:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.
Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

CIENCIAS JURÍDICAS:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.
Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.
Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.
Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

POESÍA:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad. de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.
Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.
Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.
Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.
La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.
Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

ARTE:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

ENSAYOS POLÍTICOS:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.
El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.
Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

CIENCIAS HISTÓRICAS:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

HISPANIDAD:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

GENEALOGÍA Y HERÁLDICA:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

BIBLIOGRAFÍA:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

LITERATURA:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.

INDICE

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

En páginas de color, el trabajo de Augusto Iglesias *La incorporación española y el destino de Hispanoamérica.* Portada y dibujos del pintor español *Angel Medina.*

NUESTRO TIEMPO

SIGNIFICACION DE IBEROAMERICA EN EL MUNDO ECONOMICO

POR

JOSE LUIS HIPOLA

La Organización de los Estados Americanos ha editado un Plan para incrementar la cooperación económica entre todos los pueblos del hemisferio occidental, elaborado por el doctor Eduardo Zuleta Angel, embajador de Colombia en los Estados Unidos.

El doctor Zuleta parte de la base de que en los Estados Unidos no se conoce a Iberoamérica, ni en Iberoamérica a los Estados Unidos. Este desconocimiento mutuo da lugar a una falta de interés por los problemas respectivos, con dos consecuencias lamentables:

1. Una resistencia extraordinaria por parte del contribuyente —y por tanto, del político que le representa—en los Estados Unidos a conceder su aprobación a los pequeños créditos sometidos a votación en el Congreso, a pesar de la concesión simultánea de grandes cantidades a ciertos países europeos.
2. Una gran incomprensión en Iberoamérica de las formas de vida norteamericanas y de las causas que motivan aquella resistencia a prestarles ayuda, con la consecuencia de no poder modificar dichas causas y de una gran hostilidad hacia los Estados Unidos.

Sobre esta base, el embajador de Colombia destaca una serie de hechos característicos en las relaciones actuales entre los Estados Unidos e Iberoamérica, los cuales ponen claramente de manifiesto la importancia de este último conjunto de países, así como la trascendencia de los problemas económicos de esta parte del mundo y la consiguiente necesidad de darles con urgencia una solución satisfactoria.

Sin embargo, a pesar de que estamos de acuerdo con el doctor Zuleta de que sostenemos y apoyamos una por una todas las razones expuestas en dicho plan—muy explicables por cierto en el representante de un país iberoamericano ante el Gobierno de los Estados Unidos—, nosotros queremos ir un poco más lejos.

Porque, a nuestro entender, Iberoamérica y sus problemas económicos no sólo trascienden hacia el pueblo de los Estados Unidos. Ni tampoco creemos que la única—ni siquiera la mejor—solución de aquellos problemas esté en el estrechamiento de relaciones entre estas dos regiones del hemisferio occidental, aunque estamos seguros de que ello sería extremadamente beneficioso para unos y otros.

Creemos que es mucho más importante para Iberoamérica—sin perjuicio de que, simultáneamente, incremente sus relaciones económicas con los Estados Unidos, con Europa y con los demás países del mundo—el que ella misma se dé cuenta de sus propias posibilidades. Si, uno por uno, los países iberoamericanos no representan parte sustancial de la economía del mundo, todos juntos forman un combinado de enorme potencia, cuyo peso ha de hacerse sentir con más eficacia en los mercados y en las asambleas mundiales.

Que Iberoamérica se empieza a dar cuenta de ello lo demuestran las últimas reuniones interamericanas. Ya en Río de Janeiro—noviembre de 1954—destacó la valiente postura de ciertos delegados iberoamericanos, que, conscientes de su razón, abrieron el camino para que en un futuro no lejano la verdadera cooperación económica iberoamericana fuera una realidad. La labor prosiguió en Santiago de Chile, donde se trabajó con buen fruto en pro del desarrollo económico de la región.

Pero ha sido en fecha mucho más reciente—septiembre de 1955—cuando en la reunión que la CEPAL ha celebrado en Bogotá, se han puesto hitos que, a pesar de que han pasado un poco inadvertidos, representan pasos decisivos en este camino.

No podemos dejar de señalar, con cierto orgullo, la contribución que a este respecto ha aportado la Delegación española, admitida por primera vez con el carácter de observador y que, sin embargo, gracias a la benevolencia con que fué acogida por los representantes de los países hermanos, pudo participar activamente en los trabajos de esta importante Asamblea.

La Delegación de España, integrada por el embajador de España, señor Alfaro, y por el señor don Antonio Robert, presentó a la consideración de los reunidos el "Estudio sobre la Unión Iberoamericana de Pagos", elaborado por la Oficina Bancaria Iberoamericana del Instituto de Cultura Hispánica. Este proyecto encierra propuestas que superan el alcance de un simple mecanismo de pagos internacionales y que, combinadas con el mismo, aumentan su viabilidad en extremo, además de apuntar hacia un objetivo mucho más ambicioso: la formación de un mercado conjunto ibero-

americano como complemento indispensable para poder conseguir la industrialización y el desarrollo económico general de todos los países de la región correspondientes a la extraordinaria abundancia de recursos de la misma, así como la consiguiente elevación del nivel de vida de sus pueblos.

Por otra parte, la realización de este proyecto estimularía notablemente el intercambio con otras zonas del mundo—especialmente con los Estados Unidos y con Europa—, contribuyendo en forma muy efectiva y natural al verdadero conocimiento mutuo con esos pueblos, cuya atención se vería atraída hacia Iberoamérica sin necesidad de recurrir a procedimientos un tanto forzados, que actualmente vienen impuestos por una injusta situación de inferioridad. Esto demuestra, en unión de otros datos que figuran más abajo, que los Estados Unidos son los primeros interesados en apoyar este intento, a pesar de que ciertas apariencias indiquen lo contrario.

El gran interés de todos los delegados en estos problemas—de vital urgencia para los países iberoamericanos—, que centraron la actividad de la Asamblea, así como la constitución con carácter permanente de una Comisión especial dedicada a estudiar la forma de convertir en realidad estos proyectos en el menor plazo posible, garantizan que esta región del mundo, consciente de sí misma, marchará con paso firme de ahora en adelante por su verdadero camino.

Y es porque demuestran lo que acabamos de exponer, sin que exista en nuestra opinión la menor incompatibilidad entre ambos puntos de vista, que más bien son complementarios, por lo que incluímos íntegramente a continuación los principales párrafos del Plan para incrementar la cooperación económica entre todos los pueblos del hemisferio occidental, convencidos de que los datos que contiene son la mejor prueba de nuestra razón.

* * *

Ninguno de los países de Iberoamérica es, por sí solo, lo suficientemente poderoso e importante para poderle presentar a la opinión pública norteamericana hechos que la impresionen vivamente. Pero las veinte Repúblicas iberoamericanas, en conjunto, pueden presentar ante esa opinión pública una serie de hechos tan elocuentes y tan trascendentales que sin duda alguna no sólo la interesarán en Iberoamérica, sino que la inducirán a respaldar

las iniciativas que en favor de ésta se tomen y aun a exigir que se piense más en dicha región, y se establezcan y desarrollen programas importantes de cooperación interamericana.

De otro lado, hay que tener en cuenta que a los norteamericanos no es posible venderles (para usar una expresión típicamente estadounidense) veinte ideas diferentes: la idea de Paraguay, la idea de Colombia, la idea de Nicaragua, etc.

Pero sí es posible, en cambio, y aun relativamente fácil, venderles una gran idea: la idea de Iberoamérica.

A la opinión pública norteamericana se le puede demostrar, como dos y dos son cuatro, lo siguiente:

1. Que Iberoamérica es hoy el más importante cliente de los Estados Unidos, el mercado más importante para las exportaciones norteamericanas y la fuente principal de las importaciones a Estados Unidos.

2. Que Iberoamérica es la fuente indispensable e irreemplazable de las materias primas más vitales para Estados Unidos.

3. Que Iberoamérica constituirá la única fuente segura de abastecimiento de las materias primas más importantes para los Estados Unidos en caso de guerra.

4. Que Iberoamérica es la sede de la mayor inversión privada norteamericana en el extranjero.

5. Que Iberoamérica es un aliado indispensable e irreemplazable para los Estados Unidos.

6. Que las mejores inversiones que pueden hacer los Estados Unidos en el exterior son las que tiendan a levantar el nivel de vida de los pueblos de Iberoamérica y a elevar la capacidad compradora de ellos.

Los hechos que pueden presentársele a la opinión pública norteamericana, para demostrar esas afirmaciones, son los siguientes, desde el punto de vista económico:

1. Como mercado para los productos de exportación norteamericanos, Iberoamérica tiene para los Estados Unidos más importancia que Europa y más importancia que Asia, Afri-

ca y Oceanía combinadas, como lo demuestra el siguiente cuadro:

COMERCIO DE LOS ESTADOS UNIDOS CON LAS AREAS PRINCIPALES. AÑO 1953

	EXPORTACIONES		IMPORTACIONES	
	Porcentaje del total %	*Valor (Millones de dólares)*	*Porcentaje del total %*	*Valor (Millones de dólares)*
Iberoamérica	26,6	3.096	33,6	3.656
Canadá	25,7	2.995	22,6	2.463
Europa	24,7	2.868	21,5	2.335
Asia	17,2	1.997	14,9	1.625
Africa	4,3	503	5,5	594
Oceanía (Australia, Nueva Zelanda, etc.)	1,5	173	1,9	202
	100,0	11.632	100,0	10.875

El Comercio Exterior de los Estados Unidos con Iberoamérica, 1953, fué mayor que con cualquier otra de las áreas principales del mundo.

2. Mientras el comercio con Europa se ha desarrollado alrededor de la paradoja consistente en que los Estados Unidos le han tenido que regalar al Viejo Mundo con qué pagar lo que compra y con qué producir lo que vende, el comercio con Iberoamérica ha sido un factor sano para los Estados Unidos, porque presenta satisfactoria proporción entre exportaciones e importaciones, y porque unas y otras obedecen espontáneamente a las necesidades de la economía norteamericana. Por esta razón, el comercio con Iberoamérica aumenta de día en día, como lo demuestran los siguientes cuadros:

DESARROLLO DEL COMERCIO DE ESTADOS UNIDOS CON IBEROAMERICA

	IMPORTACIONES GENERALES DE ESTADOS UNIDOS PROCEDENTES DE IBEROAMÉRICA	
	Valor (Millones de dólares)	*% del total de exportaciones de EE. UU.*
1838	485	24,8
1939	549	23,7
1940	651	24,8
1941	1.086	32,5

	IMPORTACIONES GENERALES DE ESTADOS UNIDOS PROCEDENTES DE IBEROAMÉRICA	
	Valor (Millones de dólares)	*% del total de exportaciones de EE. UU.*
1942	1.020	37,2
1943	1.418	41,9
1944	1.681	42,9
1945	1.718	41,4
1946	1.827	37,2
1947	2.252	39,3
1948	2.506	35,2
1949	2.443	36,9
1950	3.102	35,0
1951	3.548	32,4
1952	3.636	33,9
1953	3.656	33,6

EXPORTACIONES (INCLUYENDO REEXPORTACIONES) DE ESTADOS UNIDOS A IBEROAMERICA

	Valor (Millones de dólares)	*% del total de importaciones de EE. UU.*
1938	564	18,2
1939	633	19,9
1940	777	19,3
1941	1.035	20,1
1942	849	10,5
1943	956	7,4
1944	1.166	8,2
1945	1.370	14,0
1946	2.221	22,8
1947	4.069	28,2
1948	3.362	26,6
1949	2.805	24,3
1950	2.766	28,7
1951	3.772	28,0
1952	3.535	28,1
1953	3.096	26,6

3. Como se ve por el cuadro anterior, cada dólar americano que va a Iberoamérica vuelve inexorablemente a los Estados Unidos en pago de productos manufacturados.

4. Pero cuando el dólar norteamericano va a Iberoamérica en pago de materias primas, materiales estratégicos o de productos agrícolas, ese dólar sirve en Iberoamérica para pagar el salario de un hombre en un día. En cambio, cuando ese dólar retorna a los Estados Unidos, sólo alcanza a pagar el salario de un hombre en media hora. Esto ocurre porque los artículos que Iberoamérica vende en los Estados Unidos se producen con salarios que son, en promedio, de un dólar

al día, mientras que los artículos manufacturados que Iberoamérica compra en los Estados Unidos se producen con salarios que son, en promedio, de casi US$ 2 a la hora.

5. En el año de 1953, el 27 por 100 de las exportaciones de maquinaria industrial de los Estados Unidos, el 33 por 100 de las de maquinaria eléctrica, el 52 por 100 de las de autobuses y camiones, el 43 por 100 de las de automóviles y el 35 por 100 de las de grasas, leche, carne y varios otros productos alimenticios, fueron destinados a Iberoamérica.
6. Lo que quiere decir que de cada cien autobuses y camiones que fabrican para la exportación los obreros de Detroit, Cleveland, etc., 52 van a Iberoamérica; y de cada 100 automóviles, 43 van a Iberoamérica, y que, por consiguiente, cualquier baja en el precio de los artículos exportados por Iberoamérica perjudica al obrero de Detroit y de Cleveland tanto como a los iberoamericanos.
7. Los artículos manufacturados que Iberoamérica compra en los Estados Unidos están primordialmente destinados al desarrollo económico y a la elevación del nivel de vida de los pueblos iberoamericanos, como puede verse por los siguientes datos:

	Dólares
Maquinaria industrial	420.000.000
Vehículos automotores	258.000.000
Productos químicos y derivados	283.000.000
Productos alimenticios vegetales	266.000.000
Maquinaria eléctrica	215.000.000
Textiles	184.000.000
Productos de hierro y acero	155.000.000
Grasas, leche, carne y otros productos animales alimenticios.	116.000.000
Petróleo y derivados	100.000.000

8. Los artículos que las Repúblicas iberoamericanas exportan a los Estados Unidos son, principalmente, los siguientes:

	Porcentajes correspondientes a 1953 — %
Café	40,1
Otros alimentos	19,5
Metales	15,1
Petróleo y derivados	12,5
Fibras	5,7
Otros artículos	7,1
	100,0

Iberoamérica provee a los Estados Unidos del 100 por 100 del quebracho que importan; del 100 por 100, del asbesto; del 98 por 100, del cuarzo en cristales; del 65 por 100, de la bauxita; del 62 por 100, del antimonio; del 46 por 100, del berilo; del 43 por 100, del sisal; del 37 por 100, del cadmio; del 29 por 100, del cobre; del 25 por 100, del espato flúor; del 23 por 100, del manganeso; del 20 por 100, del vanadio; del 18 por 100, del estaño, y del 17 por 100 del volframio.

9. Cuando baja en los Estados Unidos el precio de esos productos de Iberoamérica, baja automáticamente el valor de las compras que ella hace en los Estados Unidos.
10. Todo lo que Iberoamérica compra en los Estados Unidos lo paga con el dinero que los iberoamericanos ganan con el sudor de su frente, a diferencia de lo que ocurre en otros continentes, que pagan con dinero regalado por los Estados Unidos.
11. La mitad de las exportaciones de Iberoamérica fué destinada a los Estados Unidos en los años de 1952 y 1953, y en esos mismos años la mitad de las importaciones a Iberoamérica provino de los Estados Unidos.
12. La inversión privada directa de los Estados Unidos en Iberoamérica es de US$ 6.000.000.000.
13. Esos US$ 6.000.000.000 producen ganancias por valor de US$ 900 millones al año, o sea, una utilidad del 15 por 100.
14. A pesar de eso, en el período comprendido de 1950 a 1953, la cantidad neta de dólares nuevos que fluyó de los Estados Unidos hacia Iberoamérica fué en promedio solamente de quince millones al año.
15. Ello se explica, entre otras cosas, por la falta de incentivos en materia de impuestos, porque en los Estados Unidos se gravan las utilidades producidas por los capitales norteamericanos en Iberoamérica, como si tales utilidades hubieran sido producidas en Estados Unidos.
16. Los impuestos en Iberoamérica son mucho más bajos que en los Estados Unidos, pero esa circunstancia no ha servido para determinar una mayor afluencia de capitales privados norteamericanos a Iberoamérica por la razón explicada en el punto anterior.
17. Según el *Boletín del Federal Reserve Board*, de diciembre de 1953, los países iberoamericanos tienen, en conjunto, de-

pósitos en los Bancos de los Estados Unidos por valor de US$ 1.834.400.000, es decir, una suma que equivale casi al doble de lo que los países iberoamericanos les deben, por concepto de préstamos, al Export-Import Bank y al International Bank.

18. Según los últimos datos publicados por el *Foreign Bondholders Protective Council*, Inc., de Nueva York, los bonos procedentes de empréstitos colocados en Iberoamérica sólo están en mora en un 11,5 por 100, al tiempo que los provenientes de empréstitos colocados en Europa, están en mora en un 70,8 por 100.

19. A pesar de la tremenda complejidad de su problema de transportes, y a pesar de la enorme dificultad con que la mayor parte de los países iberoamericanos ha tropezado para su desarrollo económico, en razón de su topografía esencialmente montañosa, los esfuerzos hechos en los últimos años por los Gobiernos de esos países en orden a la elevavación del nivel de vida de sus pueblos han dado por resultado que el promedio de crecimiento real por año del ingreso *per cápita* alcance al 3 por 100, mientras en los Estados Unidos y en el Canadá ha sido del 2 por 100, lo que prueba que no hay dinero más reproductivo que el que se invierte en levantar ese nivel de vida de los pueblos iberoamericanos.

20. En un artículo tan vitalmente ligado a la economía global de Iberoamérica, y del cual depende esencialmente la capacidad compradora de muchos de los países iberoamericanos, como es el café, se ve muy claramente el fenómeno de las relaciones económicas interamericanas: cuando la housewife americana tiene que pagar medio centavo más por cada taza de café, el marido de la housewife (el industrial, el trabajador americano) tiene la posibilidad de venderle a Iberoamérica anualmente casi ochocientos millones de dólares más de lo que le estaba vendiendo. En efecto, Iberoamérica vende aproximadamente en este país 2.600.000.000 de libras de café anualmente. Hoy en día se preparan en promedio sesenta tazas de café con cada libra. Por consiguiente, cuando la libra de café sube 0,30 centavos, la housewife americana en realidad sólo está gastando medio centavo más por cada taza de café. Pero como esos 0,30 centavos por libra representan en los 2.600.000.000 de libras

US$ 780.000.000 al año, los países productores de café les pueden comprar a los Estados Unidos con esos 0,30 centavos por libra mercancías por valor de US$ 780.000.000.

21. La ayuda que los países iberoamericanos han hecibido de los Estados Unidos ha sido muy exigua. Desde que se terminó la segunda guerra mundial, y hasta fines de 1953, el total neto de las subvenciones y créditos concedidos por los Estados Unidos, mediante sus programas de ayuda internacional ascendió, en el mundo a US$ 44.300.000.000. Del total de las subvenciones, que ascendió a US$ 33.200.000.000, las Repúblicas iberoamericanos sólo recibieron 346.000.000 de dólares, o sea, el 1 por 100. Del total neto de los US$ 11.100.000.000, concedidos en créditos, sólo correspondieron a Iberoamérica US$ 691.000.000, o sea, un poco más del 6 por 100.

Todo eso no obstante que, como lo reconoce la Junta Consultiva de Fomento Internacional, Iberoamérica es hoy día el mejor cliente de los Estados Unidos, el mercado más grande para las exportaciones norteamericanas, la fuente principal de importaciones a los Estados Unidos, la sede de la mayor inversión privada directa en el extranjero, el más importante, indispensable e irreemplazable de los proveedores de materias primas vitales y, además, el más fiel aliado en la política internacional.

Desde otros puntos de vista, que el doctor Zuleta titula demográfico, geográfico, social y político, destacan también los siguientes hechos, de real trascendencia económica:

1. En Iberoamérica hay casi cuatro veces más trabajadores dedicados a la agricultura (unos 34.000.000) que en los Estados Unidos (unos 9.000.000).
2. La longitud de los caminos utilizables en todo tiempo en Iberoamérica sólo alcanza a un 7,3 por 100 de la longitud de los caminos utilizables en todo tiempo en Estados Unidos.
3. Iberoamérica produce y exporta, entre otros, los siguientes productos: café, petróleo, bananas, azúcar, tabaco, cacao, henequén, estaño, volframio, plomo, quebracho, maderas, cueros, algodón, cobre, cinc, plata, nitratos, ajonjoli, abacá, lana, carne, trigo, maíz, oro, esmeraldas y platino, etc.
4. Durante la segunda guerra mundial, Iberoamérica suministró el 75 por 100 de los alimentos y el 40 por 100 de las mate-

rias primas y artículos semimanufacturados importados por los Estados Unidos.

5. El ingreso anual *per cápita* en los países de Iberoamérica es, en promedio, de 211,45 dólares, mientras en los Estados Unidos excede de 1.900.
6. Los salarios con los cuales se producen en Iberoamérica los artículos que se exportan son, en promedio, de 1,00 dólar por día, en tanto que los salarios con los cuales se producen en Estados Unidos los artículos manufacturados que se exportan a Iberoamérica son, en promedio, de 1,00 dólar por hora.
7. Iberoamérica, a pesar de tener una extensión superficial dos veces y media mayor que la de los Estados Unidos, y de contar con un 5 por 100 más de población, tiene apenas el 3,8 por 100 de los vehículos motorizados; el 8,2 por 100 de la energía eléctrica instalada, y el 7,3 por 100 de la longitud de los caminos utilizables en todo tiempo.
8. La producción bruta industrial y de construcción fué en Iberoamérica, en 1953, de 10.639 millones de dólares, mientras que en los Estados Unidos fué de 112.458 millones.

José Luis Hipola.
Oficina Bancaria Iberoamericana.
I. C. H.
MADRID.

DIARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR

J. A. VILLEGAS MENDOZA

En Bombay, antes de partir para los Estados Unidos, Krishna Menon, el representante de la India en las Naciones Unidas, comentaba, en un banquete celebrado en su honor, que en la Asamblea General "serían más importantes las reuniones realizadas fuera de los comités que las celebradas dentro de ellos"; Krishna Menon no estaba del todo equivocado. Las conversaciones en los pasillos y en los corredores y salas de las Naciones Unidas tienen este año un significado especial. Estamos viviendo diplomáticamente un período intenso parecido al Congreso de Viena después de la derrota de Napoleón. Con la gran diplomacia hoy día se conquistan, se neutralizan y se derrotan países tan formidablemente, como con los Ejércitos en la última guerra mundial.

* * *

Aunque la X Asamblea General de las Naciones Unidas comenzó el martes, 20, los grupos políticos se habían ya reunido para planear sus estrategias. El lunes, 19, se reunió el grupo hispanoamericano para escuchar al embajador Cabot Lodge presentar la política de los EE. UU. y luego discutir entre ellos, después que el embajador norteamericano se retirara, otras cuestiones importantes para el grupo.

Viendo los delegados hispanoamericanos conversar sobre "otros temas" antes de comenzar la reunión, no era difícil formarse la impresión de que para ellos ese día, esos temas, tenían más importancia que las palabras del embajador Cabot lodge. La cuestión realmente candente era: ¿por quién votaría la mayoría del grupo para ocupar el sitio vacante en el Consejo Económico y Social, por Costa Rica o por Brasil?

Cuando se retiró Cabot Lodge de la reunión, los periodistas lo acosaron a preguntas. El solamente mencionó los temas que había presentado en la reunión: admisión de China comunista en las Naciones Unidas, desarme, plan de Eisenhower, etc. Cuando un corresponsal le preguntó cómo se había desarrollado la reunión con los "latinos", él contestó, con un pensamiento que repite muy a menudo la delegación de los Estados Unidos cuando se refiere a Hispanoamérica: "La reunión se celebró en el ambiente de amistad que siem-

pre existe entre los miembros de la Organización de los Estados americanos."

No creo que Cabot Lodge repita este pensamiento como un clisé de propaganda. Después de haberlo observado de cerca en los últimos años, he descubierto que uno de sus méritos consiste en ser demasiado franco y expresivo en sus pensamientos.

Lo importante en estas declaraciones suyas reside en que, mientras Cabot Lodge nunca oculta su entusiasmo por la Organización de Estados americanos, los delegados hispanoamericanos en las Naciones Unidas tampoco ocultan su frialdad por el sistema interamericano y su mayor entusiasmo por las Naciones Unidas. Los hispanoamericanos prefieren actuar, influir y organizarse dentro de las Naciones Unidas. En otras palabras, los hispanoamericanos prefieren actual, influir y organizarse dentro de las Naciones Unidas que actuar, influir y organizarse alrededor de la maquinaria del sistema interamericano. Un romántico exclamará que todo esto es una cuestión de modas, cuando en realidad el sentido común nos está gritando que es una cuestión política fundamental para los hispanoamericanos.

Al retirarse de la reunión José Maza, el jefe de la delegación de Chile y futuro presidente de la Asamblea General, los corresponsales lo asediaron a preguntas. Un corresponsal norteamericano sentóse a su lado, extrajo del bolsillo de su chaqueta un voluminoso pliego de hojas y le dijo al intérprete del embajador: "Tengo una información bastante completa sobre el embajador Maza, pero necesito tres importantes datos antes de poder escribir su biografía para mi agencia de noticias; desearía saber: 1.º (el corresponsal lo acentuaba con sus dedos): ¿cuánto mide el señor embajador? 2.º ¿Cuánto pesa? 3.º ¿Cuál es el color de sus ojos? José Maza no ocultó su sorpresa y disgusto. Cualquier hispanoamericano hubiera reaccionado igual. En Hispanoamérica solamente en las exposiciones rurales y ganaderas lo primero que uno pregunta es cuánto pesa y cuáles son las medidas del toro que salió campeón. El corresponsal norteamericano no tenía la culpa de que Maza no comprendiera la costumbre de muchos periodistas norteamericanos que comienzan una biografía mencionando: Mr. X, 7 metros de altura, 180 kilos, ojos azules, abundante cabellera, físicamente fuerte...

SEPTIEMBRE 20

El primer día de la inauguración de la Asamblea General en los últimos años tiene sólo un acto interesante que todos esperan con

ansiedad y gran curiosidad: el momento que se discute si China comunista debería o no ocupar el sitio de China nacionalista. Es una cuestión de procedimiento, pero el público *goza* con el espectáculo que les proporciona la lucha entre los Estados Unidos y Rusia.

Hay algo de circo romano en esta primera reunión, a pesar de la atmósfera menos tensa o de coexistencia o como ahora se ha puesto de moda, a pesar del "espíritu de Ginebra". A pesar de toda esa atmósfera, muchos de los delegados, del público y de los corresponsales más civilizados quieren ver una víctima, un sacrificio: la derrota aplastante de los Estados Unidos al ingresar China comunista en las Naciones Unidas. Como en el circo romano, en este otro circo, el público sonríe y discute en superrefinadas formas diplomáticas, pero la sangre de una víctima es lo que están esperando.

¿Qué es más sorprendente: la paralizante actitud de los Estados Unidos o la acelerada velocidad de meteoro con que China comunista entrará en las Naciones Unidas?

Los Estados Unidos no quieren discutir el problema de fondo y fácilmente consiguieron un triunfo al discutirse sólo por la Asamblea la cuestión de procedimiento, de posponer por este año cuál debería ocupar el sitio de China en las Naciones Unidas, si China nacionalista o China comunista. A este paso dos serían las víctimas: una derrota diplomática colosal para los Estados Unidos, y el sacrificio de China nacionalista. Hace tiempo deberían los Estados Unidos haber reconocido dos Chinas. ¿No hay acaso dos Alemanias? ¿Dos Coreas? ¿Dos Indochinas? Y ¿hasta cinco Repúblicas Centroamericanas?

El representante inglés Nutting fué claro, conciso y político ciento por ciento. Afirmó que Inglaterra reconocía al Gobierno de China comunista y que el problema del Lejano Oriente no se resolvería hasta que se resolviera este problema... *Nevertheless;* "sin embargo", votarían por la resolución de los Estados Unidos. La clave de su discurso estaba encerrada en este *nevertheless,* en el "sin embargo". Su lenguaje era bastante simbólico. Todo dependía en descifrarlo. Un cínico corresponsal amigo comentaba así el significado del *nevertheless:* "*Sin embargo,* porque los Estados Unidos votaran a favor de Gran Bretaña en la discusión de Chipre votaremos por posponer la discusión de la admisión de China comunista por este año." Las palabras de Nutting eran un perfecto ejemplo de la clásica política de *quid pro quo.*

Estaba escuchando los interesantes debates sobre China comu-

nista y conversando y cambiando opiniones con algunos de los delegados hispanoamericanos y con un argentino, cuando este último, que conocía de las Naciones Unidas, por ser él un amigo de varios delegados hispanoamericanos, se disculpó, dió varios pasos hacia adelante, acercándose un poco a los asientos de los delegados y, de repente..., comenzó a gritar y a acusar a los representantes del Gobierno argentino en las Naciones Unidas de por qué Perón había caído y por qué ellos ya no representaban a la Argentina en las Naciones Unidas. Entre los delegados, aquello fué una bomba. Unos minutos antes nos estaba contando que formaba parte del partido radical de la oposición de Perón, que había estado preso cuatro años, que se había escapado al Uruguay, y al siguiente minuto había paralizado la reunión por unos segundos. Inmediatamente los policías de las Naciones Unidas lo sacaron de la sala. Más tarde el jefe de la Policía de Seguridad de las Naciones Unidas comentaba que lo habían tratado muy bien porque nadie podría asegurar que tal vez podría ser el próximo presidente de la delegación argentina.

EL DISCURSO DE FOSTER DULLES (22-IX-55)

El secretario de Estado de los Estados Unidos es siempre muy idealista cuando habla; a veces, demasiado idealista, como en su discurso de hoy en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Dulles piensa que la política internacional en los próximos diez años será más "armoniosa". El secretario de Estado norteamericano hasta ha encontrado ya un nombre para que la historia bautice esta década histórica como la época de la "paz verdadera". Que el mundo entero esté deseoso de unos diez años de paz es una generalización política demasiado vaga. Tal vez el mundo está deseoso de un período de paz entre Rusia y los Estados Unidos, para que entonces, ellas, las otras partes del mundo, puedan más fácilmente conquistar sus objetivos, aunque los métodos no sean muy armoniosos o pacíficos como desearía Dulles. Esa es la impresión general que siempre recibo cuando converso con los delegados de Asia, Africa e Hispanoamérica. Esta es una evaluación de la situación internacional básicamente diferente de los próximos diez años de paz verdadera que profetizaba Dulles.

La segunda diferencia fundamental entre estos delegados con la interpretación de Dulles consiste en que muchos dirigentes políticos en Asia, Africa e Hispanoamérica no sólo limitan este período de paz a las relaciones entre los EE. UU. y Rusia, sino que empiezan

a considerarlo como un período político que se caracterizará por la *preponderancia de Rusia en la esfera diplomática internacional.*

Dulles caracteriza este nuevo período en una forma bastante utópica, al mencionar que uno de los frutos del "espíritu de Ginebra" consistirá en que "no habrá ganadores ni perdedores", sino, por el contrario, decía él, "todo el mundo debe ser el ganador". La mayoría que lo escuchaba pensaba precisamente todo lo contrario. No sólo respecto a sus propios problemas, sino también sobre el duelo diplomático entre Rusia y los Estados Unidos. Los dirigentes nacionalistas de Africa del Norte, con los que he conversado frecuentemente en las Naciones Unidas, creen que ellos deben ser los ganadores, y los franceses los perdedores de sus colonias en el Africa del Norte. Los delegados árabes creen que Israel debe ser el perdedor; los indonesios creen que Holanda debe ser la perdedora. Grecia cree que Inglaterra debe ser la perdedora y retirarse de Chipre. Los que dicen conocer la presente situación en el estrecho de Formosa no hablan tampoco de una ganancia para todos. No es ningún secreto de que India considera a Formosa parte de China comunista.

La realidad internacional está desmintiendo las esperanzas de Dulles, aunque la mayoría está de acuerdo que unos métodos más pacíficos de discusión en las Naciones Unidas no quieren significar, como cree Dulles, que en esta nueva era de paz los "cambios serán pacíficos".

Los próximos diez años de "paz verdadera" que sueña Dulles serán muy diferentes del anterior período de *status quo.* Siempre es muy interesante conocer el pensamiento de un secretario de Estado o ministro de Relaciones Exteriores sobre el *status quo.* Dijo Dulles en la Asamblea General: "No será (el nuevo período) una era de placidez y estancamiento en la forma de un *status quo* que, con sus grandes injusticias, es aceptado como algo permanente." La teoría de Dulles desfigura y confunde los verdaderos elementos de todo *status quo.* Lo presenta por ser inmoral, injusto, cuando las realidades de poder y el *status quo* que resulta en toda combinación de poder pueden ser morales o inmorales de acuerdo al criterio moral con que se ejecute una política.

En segundo lugar, el *status quo* nunca ha sido permanente o estático, sino, por el contrario, siempre cambia, se modifica o se desplaza. Sus elementos no son piedras, no pueden crear un balance estático, sino que son un conjunto de factores materiales y, principalmente, valores humanos modificables y capaces de influir, pero también de ser influídos. Por ello, el balance de las relaciones

de poder es siempre desigual. El *status quo* es favorable para alguien y desfavorable para la otra parte. En tercer lugar, el *status quo*, en la forma clásica que ha sido conocido en Occidente, nunca es una fuerza arrolladora que mecánicamente y automáticamente mantiene su equilibrio sin que nadie la controle y dirija. La dirección, el control, el dominio del *status quo*, es precisamente lo que distingue una gran diplomacia, como la diplomacia inglesa en el siglo XIX, de la diplomacia mediocre de Francia en esa época.

El lenguaje utópico de Dulles al hablar de que no habrá ganadores ni perdedores en la nueva etapa internacional en que hemos entrado, su antihistórica concepción del *status quo*, hace desviar la atención de muchos de los problemas básicos que están en juego, precisamente cuando estamos entrando en una época internacional en donde habrá ganadores y perdedores en los principales frentes mundiales. El espíritu de Bandung y el espíritu de Ginebra no han equilibrado ninguna fuerza, ni creado ningún *modus vivendi*; por el contrario, han soltado otros espíritus nada iguales, han permitido la entrada en la arena internacional de nuevas fuerzas, han debilitado otras.

LAS LECCIONES PARA HISPANOAMÉRICA DE LAS DISCUSIONES SOBRE CHIPRE (23-IX-55)

"¿Cuál es la importancia para Hispanoamérica de las discusiones sobre Chipre?", me preguntaba un delegado hispanoamericano recién llegado a las Naciones Unidas. Mi amigo estaba sorprendido porque uno de los delegados hispanoamericanos, el embajador Trujillo, del Ecuador, estaba defendiendo el derecho de los habitantes de Chipre a manifestar su deseo de expresar su voluntad de incorporarse o no a Chipre. "Tal vez la cuestión de Chipre pueda interesar a España por sus semejanzas con Gibraltar—me comentaba mi amigo, y agregaba—: pero no veo cómo puede interesar a un hispanoamericano esa discusión."

La cuestión de Chipre era una discusión entre dos miembros de una misma alianza política, no una discusión entre dos enemigos. Esa era su importancia fundamental para Hispanoamérica. Para Hispanoamérica lo realmente importante era la *forma*, el método, el *cómo* un miembro de la misma alianza—Grecia—defendía su posición frente a otro aliado—Inglaterra—, miembro también de la Nato y del mundo libre. Para Hispanoamérica nuestra empresa diplomática inmediata es la forma, el método como organizamos

nuestra diplomacia con nuestros aliados, especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica. *Las discusiones de Chipre eran una excelente lección para nosotros de cómo no se debe planear una diplomacia.*

Lo más difícil en un debate político es llegar a conocer cuál es el argumento principal de la parte contraria. Si no se llega a descubrirlo, puede suceder que uno puede estar debilitando muchos argumentos importantes, aunque secundarios, en vez de concentrarse en atacar el principal argumento contrario. Escuchando a Stephanopoulos, el ministro de Relaciones Exteriores de Grecia, y a Nutting, el representante inglés, uno recibía esta impresión. Para Inglaterra el argumento principal eran las razones estratégicas o militares de Chipre. En vez de concentrarse sobre este problema, el ministro de Relaciones Exteriores de Grecia se extendió y decidió presentar una defensa general de toda la cuestión sobre Chipre, defendiendo el derecho a determinar libremente su futuro; criticó la reciente Conferencia Tripartita de Londres, entre Grecia, Turquía y Gran Bretaña; señaló los abusos de las autoridades inglesas en Chipre, después de posponerse el año pasado la discusión en la Asamblea General; se defendió de las acusaciones de incorporar Chipre a Grecia.

En el duelo diplomático entre Nutting y Stephanopoulos, la espada del griego buscaba al inglés en diferentes lugares de la sala, menos en el rincón donde el inglés estaba parado. A Nutting le encantaba que la discusión se desarrollara alrededor de cuestiones vitales, pero secundarias.

El discurso del ministro de Relaciones Exteriores griego asumía un carácter más defensivo que ofensivo. Nutting no desperdició esta situación y tomó la iniciativa y la ofensiva. Mr. Nutting producía la impresión de que Inglaterra era la que defendía la necesidad de negociaciones, y, en cambio, se mostraba reacia a discutir y a negociar si no era dentro de las Naciones Unidas. Solamente de pasada mencionó Nutting la cuestión primordial estratégica para Inglaterra cuando afirmó que su Gobierno estaba dispuesto a introducir una Constitución liberal en Chipre que le proporcionaría el mayor grado posible de libre determinación, "compatible con las necesidades estratégicas de la presente situación internacional".

Grecia no supo defender ni explicar cómo Chipre, ya sea libre o incorporada a Grecia, constituye la mejor garantía para la defensa estratégica de ese rincón de la Nato y del mundo libre. Es imposible defender cualquier zona de la alianza del mundo libre sin la cooperación de los habitantes de esa región. Es imposible, por

ejemplo, defender el Canal de Suez si Egipto no llega a un *modus vivendi* con los Estados Unidos. Grecia no supo presentar este pensamiento esencial en las Naciones Unidas.

En la solución del futuro de Chipre hay una gran analogía con la cuestión del futuro de Goa, que están disputándose India y Portugal. La analogía en este caso es clara; lo importante es llegar a comprender quién está empleando la mejor estrategia diplomática.

El pueblo de Chipre se ha mostrado abierta y hasta violentamente en favor de una "onosis" o integración o reunión con Grecia, pero diplomáticamente Grecia ha defendido mal su caso en las Naciones Unidas. Por el contrario, India, aunque los habitantes de Goa no se han manifestado muy claramente por su incorporación a India (en cambio, los mismos indios han demostrado su propósito de "invadir pacíficamente" esa colonia portuguesa), diplomáticamente India está ejecutando su estrategia en una forma más inteligente que Portugal.

La posición de los países del grupo "africanoasiático", en la disputa sobre Chipre, fué seguida con mucho interés en las Naciones Unidas, especialmente la posición de la India al votar en contra de Grecia. Muchos de los delegados y corresponsales occidentales creyeron que una de las razones fundamentales que explicaba el voto contrario de muchos de esos países se debía a una cuestión racial. Grecia no es país africano ni asiático. Esta interpretación es una prueba más de un emocionalismo de muchos delegados y corresponsales de Occidente, que tratan de explicarse estas nuevas realidades internacionales no por lo que son, sino, por el contrario, las ocultan con argumentos raciales, cuya sola mención puede causar en las Naciones Unidas—donde la mayoría no es precisamente de la raza blanca—peligrosísimas consecuencias.

Uno de los mejores corresponsales ingleses en las Naciones Unidas me daba otra explicación más realista y más convincente. "Nosotros votamos con los Estados Unidos en la cuestión de China comunista el primer día de la Asamblea General para que los Estados Unidos votaran por nosotros en la cuestión de Chipre." Muchos países del grupo africanoasiático no votaron por Grecia, primero porque los griegos no supieron planear su estrategia, y, en segundo lugar, porque les convenía votar por Inglaterra como hizo India, para luego contar con el voto, o la influencia, o la neutralidad, o la simpatía de Inglaterra en las cuestiones más vitales para Africa y Asia. La clásica forma de pro y contra estuvo presente en la discusión de Chipre en las Naciones Unidas.

SOBRE LA CIENCIA FISICA DE HOY. LA CONCEPCION DE LA MATERIA

POR

PEDRO CABA

Como el saber de la Física de hoy es un saber desconcertante, y a veces desconcertado, todos tenemos el deber de preguntarnos sobre sus temas fundamentales. Una pregunta primera es ésta: ¿qué es en definitiva el espacio y qué es la materia para la Física contemporánea? Todos, hasta los más profanos, debemos perder el respeto excesivo, casi supersticioso, que solemos experimentar ante el saber de la Ciencia física de hoy, un saber mucho más incierto que lo que los físicos mismos nos hacen creer.

Desde el concepto aristotélico-escolástico de la materia, a la concepción que de ésta llega a tener la ciencia física del Renacimiento, hay un salto difícil de justificar. Quizá debiéramos decir que es el salto de una abstracción a una realidad cruda y diaria. La materia venía siendo en el escolasticismo lo que resiste a la forma, lo que no tiene ser porque aún lo espera. En Santo Tomás se distingue la "materia prima" y la "materia signata", signada o determinada por la cantidad; es decir, individuada. En la *Fuente de la vida,* de Aben Gabirol, se afirma que la materia es algo universal que todo lo penetra, doctrina que llega a Duns Escoto y Nicolás de Cusa; pero hay que tener en cuenta que la noción de materia en ellos incluye lo invisible, lo impalpable, y casi lo que luego se ha llamado lo *inmaterial* en sentido científico. La materia era lo indeterminado, en sí, pero capaz de todas las determinaciones por la acción de la forma. La materia, en Santo Tomás, era principio de privación y pasividad, incapaz de subsistir por sí mismo. La materia es lo pasivo y obcecado, lo que se ahinca en la modorra del no ser, apuntándose ahí la noción de inercia física que luego aparecerá en Galileo. Duns Escoto quita pasividad a la materia y admite que la "aptitud" para recibir la forma es ya un modo de actividad, un apunte de colaboración activa en la forma misma, como ya había indicado Alberto Magno. Esta idea es llevada a cabo por Nicolás de Cusa, quien dice que si la materia es algo posible, antes que *posible,* es. Y Dios mismo es la posibilidad de todo ser real, pues Dios no es pura

forma incompatible con la materia, sino que la materia sale de El.

Esto ya prevé una idea renacentista de la materia. En toda manifestación de la materia hay una posibilidad activa, algo actualizable que se llama "fuerza", aludiendo con este vocablo no sólo al impulso mecánico que llega de fuera, sino también a las fuerzas internas de la materia misma. La materia ya actúa sin intervención divina, en virtud de la autonomía de lo natural. La materia es activa en Bruno, en Newton y en Galileo, aunque Dios, desde lejos, dirija. En el Renacimiento, la materia se cuantifica, se mide, se determina y, con la fuerza, se hace movimiento y cobra alta importancia en el mundo natural. La materia es ya lo multiforme, no lo que se opone a la forma, sino lo que lleva en sí misma todas las formas posibles. Cuando, más tarde, llega el materialismo científico, la materia es la verdadera divinidad, y el espíritu y Dios mismo son manifestaciones de ella. La materia es inmortal y se descubre, desde Lavoisier, el principio de conservación de la materia.

Pero también en el siglo XIX se descubre el principio de conservación de la energía, y esta última viene como a sustituir o representar al viejo concepto de "forma"; la energía es lo que mueve a la materia, y, con el movimiento, le hace tomar todas las configuraciones o formas posibles. Pronto surgirán muchos científicos que ven en el espíritu una manifestación o forma de la energía, o para quienes la energía es el espíritu que anda suelto por el mundo. Se llega incluso a fundar una "Energética"; es decir, una ciencia a base del concepto único de energía, pues la materia misma no es más que condensación de energía. Es la teoría de Guillermo Otswald. Se ha descubierto la electricidad que, al principio, es concebida como energía pura que pasa o discurre sobre la materia del conductor como sobre un puente; pero la teoría de los campos de Faraday da la noción de que la electricidad, como toda forma de energía, se difunde y no sólo longitudinalmente, descubriéndose, además, que se difunde mejor en el vacío y que los conductores son más bien obstáculos. La energía se transforma y unas ecuaciones de transformación dan su forma matemática. Además, la energía es naturalmente jerárquica y hay formas próceres y formas degradadas de la energía. Precisamente se degrada al chocar con la materia. El rayo que presiona sobre un electrón no sólo disminuye de longitud de onda, sino que hace también al electrón disminuir de masa, transformando la energía perdida en el choque en energía inferior; por ejemplo, en calor. El calor es luz venida a menos, y la electricidad es un grado intermedio entre la luz y el calor, etc., etc.

Se venía viendo en la teoría atómica de la materia una confirmación de la teoría de la sustancia aristotélica, pues Aristóteles siempre vió con simpatía el "atomismo" de Demócrito. Si el átomo era indestructible, lo que subsiste en la base de la materia, el átomo es la sustancia. Esta idea de sustancia permanece hasta Kant, que enuncia que "todos los fenómenos contienen lo permanente, como objeto, y lo mudable como determinación del objeto". Y también: "Bajo el cambio de los fenómenos permanece la sustancia; y la cantidad de sustancia en la Naturaleza ni aumenta ni disminuye." En la física del Renacimiento, la sustancia parece ser la masa lo que no se destruye, sino que cambia, según vió luego Lavoisier. Pero la noción de masa mecánica, como una noción puramente matemática de la materia, hace que empiece a vacilar la noción de sustancia. Como dice Weyl: "El concepto mecánico de masa es irreducible a la geometría." Poco a poco la sustancia se va haciendo una variable, una función, algo flúido y matemático, por ejemplo en Hertz, en Lorentz, en Abraham, y acaba por perder todo papel en la Física, según dice Weyl. "¿Qué es la materia?—se pregunta—. Anulada la noción de sustancia, oscila hoy la balanza entre la teoría dinámica de la materia y la teoría del campo."

Pero la materia está constituída en proporciones pequeñas que se llaman átomos, y estos átomos, que se creían compactos y redondos desde Demócrito, Epicuro y Lucrecio, a través de Huyghens y Gasendi, sirven para explicar la existencia de los poros e intersticios materiales, pero también sirven para plantear la peliaguda cuestión de la acción a distancia. No se sabe cómo entender que los átomos actúen unos sobre otros. Con Daltón, queda probado el hecho de la constitución atómica de la materia. Y la Química deja ver leyes bien claras por las que los átomos se conducen en proporciones bien definidas.

De pronto se descubre que los elementos químicos se disocian al paso de una corriente eléctrica. Se interpreta el hecho en el sentido de que los cuerpos se han formado, químicamente, por la atracción de sus cargas eléctricas contrarias, y ahora, al pasar la corriente, quedan en libertad y cada elemento se dirige al polo que le atrae. Los átomos ahora no son átomos puros, sino átomos cargados con electricidad. Y Arrhenius los llama "iones", átomos errabundos con un hatillo o carga. Luego se ha visto que los iones electropositivos pierden electrones, y los iones negativos los toman.

Cuando el aire se ioniza se vuelve conductor... Precisamente porque se ve que los átomos tienen cargas, al desmenuzar más el átomo, J. J. Thomson llama a los componentes "electrones". El átomo ahora es una constelación planetaria en pequeño, y el primer esquema lo imagina así Rutherford, en 1911. Antes, el ruso Mendelief ha encontrado una escala de cierta periodicidad en los cuerpos simples. En esa escala cada cuerpo tiene un lugar, con un número, que es el llamado número atómico. El holandés van der Broek imagina que el número de electrones del átomo corresponde con el número de orden en la tabla de Mendelief. Hay, sin embargo, algunas irregularidades en la tabla, pues hay cuerpos distintos con el mismo lugar en ella, que es lo que llamamos isótopos, hasta que el inglés Aston descubre que los elementos no mezclados con isótopos son números enteros.

Pero se ha descubierto la discontinuidad en la materia con la teoría de los cuántas, y el esquema planetario de Rutherford no satisface ya, por lo que, en 1913, Niels Bohr da otra imagen del átomo en su estructura, con dos postulados. Uno, que hay "estados estacionarios" no en reposo, sino con movimiento, pero sin emitir energía. Son estados que debieran llamarse "anérgicos" o algo así, pero que él llamó "estacionarios", lo que induce a entenderlo mal. La emisión o toma de energía sólo se produce, según esto, en el tránsito o paso de un estado estacionario a otro, en el salto de una órbita del electrón a otra. El segundo postulado dice que, cuando ese salto se hace con absorción o emisión de energía luminosa o electromagnética, la frecuencia de sus ondas queda determinada por el cambio de energía del átomo. Bohr acometió la empresa de estudiar la estructura del átomo, porque había que cohonestar la de la relatividad. Las dificultades son muchas, pues los electrones, cuando saltan de una órbita a otra, resulta que emiten distinta cantidad de energía, según salten un tramo o más de uno, lo que viene a decir, además, que el electrón unas veces sale de su estado estacionario para saltar a una órbita inmediata, y será un salto simple, o salta dos o más órbitas de una vez y será salto múltiple, sin que se sepa por qué sale de su estado estacionario ni por qué salta unas veces una órbita, un tramo, y otras; mas Bohr, y luego Sommerfeld, comprueban que los electrones se conducen cuánticamente, pero con un número cuántico que varía en cada caso de "múltiple periodicidad". Y entonces Bohr recurre a su principio de correspondencia para encajar una equivalencia de situaciones entre la interpretación actual del átomo y la de Rutherford.

Todas las tentativas de la Física, a partir de la teoría cuántica, son la de saber si la materia se resuelve, al fin, en onda o en corpúsculo; si actúa por ondulación o por bombardeo. El mismo Einstein había descubierto las unidades corpusculares de la luz: los "fotones". Pero la teoría corpuscular explica unos hechos, y la ondulatoria otros distintos. Se trata de que la mecánica cuántica sea aclarada y confirmada por la mecánica ondulatoria. Primero, De Broglie quiere reunir ambas, y dice que todo corpúsculo lleva una onda asociada. Einstein, que había sostenido la teoría ondulatoria, descubre los fotones, que son corpúsculos, y mientras Bohr se afana por encontrar una explicación unánime del átomo, Schrödinger y Heisenberg llegan a conclusiones parecidas desde cálculos distintos. Pero no sabemos qué es la materia. Todos afirman, desde Einstein, que la pérdida de energía es pérdida de masa, y que, por tanto, la masa es energía, pero las madejas de ondas actúan desordenadamente y no se sabe cómo entender su engrane en un sistema material. Toda la materia se nos disuelve en energía y movimientos de energía. Dirac, mediante electrones de energía negativa, explica la materialización, el paso de la onda al corpúsculo. Pero Weyl recurre otra vez al éter como vehículo de la energía de las ondas, y no sabemos cómo hay que entender ese éter, si es lo que antes se llamó así, o es una nueva entidad material electromagnética. Pero, además, las ecuaciones de Schrödinger y de Heisenberg nos dicen que los modelos de la estructura atómica, según Rutherford y Bohr, no se pueden sostener. Pero, a última hora, tampoco se puede mantener la interpretación de las ondas en Schrödinger, mientras el principio de Heisenberg no se sabe qué es lo que quiere decir.

Los cuerpos emiten radiaciones. Al principio, se estimó que la radiación era rectilínea; luego, se dijo que tenía forma de ondas, pero la forma de las ondas no eran las que se producen en el agua. Einstein, habló de "radiación de agujas". Luego, la discusión se ha organizado en torno a si la radiación está en ondas o en corpúsculos que actúen en forma de cuántos y no contradiga a Planck y su teoría. Desde De Broglie se quiso unificar ambas teorías (la de Schrödinger y la de Planck), y onda y corpúsculo pueden significar que ambas formas se presentan juntas en un mismo sistema material. Las ondas de Schrödinger no se parecen a ninguna materia, sino que son más bien un concepto matemático. Por último,

se ha pensado si el corpúsculo no será la porción material y la onda su campo eléctrico. Eddington dice que "la onda no representa al electrón, sino a nuestro conocimiento del mismo". Jeans dice que los electrones son partículas mientras atraviesan el espacio y ondas cuando chocan con la materia. La conclusión de Weyl es que no sabemos cómo está organizada la materia. La mera transferencia de electrones hace que un cuerpo elemental se cambie en otro. La alquimia reaparece. Si al núcleo de mercurio se le pudiera quitar un núcleo de hidrógeno, el cuerpo resultante sería otro. Rutherford ha logrado convertir el nitrógeno en carbono bombardeando el nitrógeno con partículas *alfa*. En el seno de la tierra, el uranio se convierte en plomo. Y mientras en el interior del átomo hay desintegraciones, en el interior de las estrellas quizá hay reconstruciones y regeneraciones. En la teoría de Schrödinger no hay *masas,* sino ondas; pero, últimamente, el profesor Lewin dice que todo es materia y que dos átomos unidos por el hilván de la luz están en contacto real.

Julio Palacios, como De Broglie, cree que el corpúsculo y la onda se dan juntos y a la vez, quebrando el principio de contradicción. Pero Dirac dice: "Ondas y corpúsculos deben ser considerados como dos formaciones conceptuales que se han mostrado adecuadas para describir una sola y misma realidad física. *No debemos formarnos de ellas ninguna imagen en que ambas intervengan.*" Y Collingwood: "Los físicos modernos han probado que no sólo los rayos de luz, sino todos los electrones, se comportan curiosamente de un modo ambiguo. Unas veces se conducen como partículas y otras como ondas. Entonces hay que preguntarse qué es lo que son en realidad. Difícilmente pueden ser ambas cosas, porque si un electrón fuera una partícula no podría comportarse como una onda, y si fuera una onda, tampoco podría comportarse como una partícula. Por eso, un físico ha descrito su propio estado de ánimo diciendo que cree en la teoría corpuscular los lunes, miércoles y viernes, y en la teoría ondulatoria los martes, jueves y sábados.

EL ESPACIO Y EL UNIVERSO

Ni causalidad, ni materia, ni espacio; todo ha muerto a manos de la física, que quiere reconstruir el mundo sin ninguna de esas bagatelas. El universo nuevo tiene cuatro dimensiones por lo menos, y es ampliable y expansible. Pero el espacio único de la fí-

sica clásica ha perdido todo su ser. Se conduce como algo que no es ya *el* espacio, sino *un* espacio, siempre curvo y producido por cada sistema material. El grado de curvatura lo da ese sistema. Sabido es que se llama "grado de curvatura" al radio del círculo tangente interior a una curva: a mayor radio, menor grado de curvatura. De donde si el radio del universo fuera infinito, el grado de curvatura sería nulo. Pero si el espacio es curvo según la física nueva, y el universo, aunque no conoce el espacio, es también curvo, es claro que resultará limitado o finito. Mas no hay espacio real. El espacio aquel de antaño es una curva de cierto grado y nada más. Cuando Michelson quiso probar que el éter se contraía, se encontró con que lo que se contrae, con la velocidad, es el cuerpo. Por eso, sorprendido, dicen que dijo, melancólico: "No es eso lo que quería, mi viejo y querido éter." Algo así dirá al espacio el físico nuevo. Para llegar a un espacio métrico, le ha llamado campo. Y el universo, aunque llegue a ser un campo único, no será *el* espacio, sino *un* espacio. Del mismo modo que la causa no existe, pero las probabilidades son más seguras que las causas; y así como la materia no existe y engendra su propio espacio, así el espacio no existe, pero diversificado en campos, llega a integrar un universo único. Son las gracias de la nueva física. El universo es finito y cerrado, aunque se dilata, ganando cada vez más... lo que sea, porque no es espacio lo que gana. Si preguntamos qué hay más allá de las bardas de ese universo cerrado y finito, se nos dice, como a los niños, que no hagamos preguntas tontas o impertinentes; que a papá, es decir, a la ciencia, no se le hacen tales preguntas por los niños de buena educación, esto es, por hombres ortodoxos de la nueva ciencia. Jeans dice: "Cualquiera que mencione las limitaciones del espacio en sus escritos, se verá asediado con preguntas relativas a lo que se encuentra más allá del espacio finito. Se nos dice que es imposible imaginar un espacio finito como una realidad física. Si intentamos hacerlo se nos pregunta, desde luego, qué hay exterior al espacio." Y Jeans se contesta: "Si desistimos de atribuir realidad alguna al espacio finito, *excepto aquella que pudiese corresponder a un puro concepto mental* (por lo visto, la realidad no tiene espacio, y los puros conceptos, sí), el camino queda completamente aclarado. Nuestros pensamientos cotidianos nunca rebasan una parte finita del espacio, etc." Y esto lo dicen gentes que manejan espacios y distancias de billones-luz, que hablan de universos en expansión y usan hasta los números y conceptos transfinitos. Jeans concluye así su meditación: "El es-

pacio no puede tener realidad objetiva alguna, excepto como un constituyente del continuo." Y, sin embargo, es precisamente el universo como continuo lo que se viene negando.

Y así acaba surgiendo una de las grandes paradojas de la física. Se ha negado el espacio clásico para afirmar la teoría del campo, el espacio limitado, y, por tanto, había que mutilar al universo toda infinitud, porque lo infinito se mide mal. Por eso dice Eddington: "Había una región en la que la teoría (de la relatividad) no parecía actuar debidamente, que era en el infinito. Me parece que Einstein demostró su grandeza en la manera esencial y enérgica de solventar las dificultades en el infinito. Abolió el infinito. Modificó ligeramente sus ecuaciones, para hacer que el espacio a grandes distancias resultase curvo, hasta quedar cerrado por completo." Einstein necesitaba un campo curvo y cerrado para sus especulaciones, y expulsó al infinito. Para ello, en el enunciado primero de la ley general de la gravitación introdujo una fuerza de repulsión cósmica que no había sido prevista por Newton; pero luego introdujo un nuevo elemento: la constante cósmica.

Esta constante no pareció al principio muy justificada, y el propio Einstein dudó de su legitimidad; pero luego la ha incorporado Weyl a su interpretación del espacio, y Eddington la acepta como cierta y segura, y la ecuación es admitida. Y la constante cósmica es calculada como la inversa del cuadrado del radio inicial para el universo en expansión. Tenemos ya un universo finito, cerrado, curvo; un universo esférico, pero que, además, se expande. Y ahí está la paradoja, porque no sabemos cómo entender que un universo sea limitado y esté dilatándose a velocidades enormes. Ni siquiera el término "expansión" parece bien usado, pues si en una esfera las masas se mueven, diremos que se trasladan y cambian de lugar, pero no que la esfera se dilata. Y entonces nos preguntamos: Esas galaxias que se van, según la expresión de Einstein, ¿no volverán a aparecer por el otro costado del universo?

Veamos: la expansión del universo se debe a De Sitter, que lanzó la primera idea en 1907. La dedujo del corrimiento hacia el rojo del espectro de las *nebulosas en espiral* o extragalácticas, esto es, de las que están fuera del conglomerado algodonoso de la Vía Láctea. La primera idea no era de expansión, sino que, del corrimiento hacia el rojo, De Sitter dedujo solamente un movimiento de retroceso de las nebulosas. Fué después cuando pensó en una expansión general del universo. Hubble encontró que la velocidad de retroceso es proporcional a la distancia, de modo que, a

medida que las nebulosas en espiral se alejan, su velocidad aumenta, en un movimiento terriblemente acelerado, hacia atrás. Hubble halló que esa velocidad de retroceso es de 550 kilómetros por segundo y por *megaparsec,* y el *megaparsec* vale 326 millones de años-luz. Y como este retroceso se comprobó después en estrellas próximas, aunque con velocidades muy pequeñas, se habló ya del universo en expansión.

Eddington dice que es erróneo sacar esta consecuencia de la desviación espectral hacia el rojo, pues el mismo efecto ocurre también cuando las ondas de luz pierden frecuencia y energía por otras causas. Tal ocurre con el *envejecimiento* de la luz; con el *cansancio,* al menos, observado en el efecto Doppler. La luz, como cualquier viajero, pierde energía a medida que anda... Y como a medida que el universo se expande aumenta su velocidad de retroceso, llegará un momento en que adquiera la velocidad de la luz. Y entonces, ¿pensaremos que el universo empieza a cansarse?

El universo descrito por De Sitter era un universo estático y *completamente vacío,* como dice Eddington, o, cuando más, con una densidad media de materia próxima al centro y prácticamente despreciable. El universo de Einstein, en cambio, es material, pero también estático y sin movimiento. En De Sitter hay expansión; pero es el universo total el que se expande, no los sistemas materiales, que apenas si existen. En Einstein, es el universo total el que permanece prácticamente quieto y los sistemas materiales se mueven y expanden. "El universo de Einstein—dice Eddington—contiene materia, pero no movimiento, y el de De Sitter contiene movimiento, pero no materia." En 1922, Friedmann propone una solución intermedia, que es la ampliada y mejorada por G. La maitre, H. P. Robertson y Eddington. Según esta nueva interpretación, "tanto el sistema material, como el espacio cerrado que lo contiene, se expansionan. En un extremo tenemos el universo de Einstein sin movimiento. Después, al recorrer la serie, nos encontramos con universos que demuestran poseer una expansión cada vez más rápida, hasta llegar al universo de De Sitter, en el otro extremo de la serie". Y como a medida que aumenta la expansión disminuye la densidad de la materia, cuando llega al universo límite dice De Sitter: "La serie de los universos en expansión se acaba entonces no porque la expansión se haga demasiado rápida, sino porque no ha quedado nada que pueda expansionarse." Hemos llegado al límite del espacio, mejor dicho, de los espacios, porque hablar de *el* espacio es una antigualla.

El universo no es una esfera euclidiana, es una hiperesfera de cuatro dimensiones, que se ha formado, según Lamaitre, repentinamente y a partir de un átomo que estalla en fuegos de artificio, cuyos minúsculos puntos se dilatan o agrandan. A esa hipótesis opone Eddington la suya: "Para mí no pueden separarse, filosóficamente, *igualdad sin diferencias*, y *nada*. Las realidades de la física son faltas de homogeneidad, hechos, cambios." Notemos cómo Eddington lo confunde todo: el concepto *lógico* de la nada con su concepción *ontológica;* y notemos cómo mezcla lo físico con lo filosófico. Que la percepción física exija cambios no quiere decir que la nada sea nada más homogeneidad e indiferenciación. Con esta visión spenceriana, ha dicho antes: "El estado primordial de las cosas que me imagino es una distribución uniforme de protones y electrones extremadamente difusa, y, llenado todo el espacio (esférico), que permanezca casi en equilibrio por un tiempo excesivamente largo, hasta que su *inestabilidad inherente* prevalezca... No hay prisa para que comience a suceder algo; pero, al fin, pequeñas *tendencias irregulares* se acumulan y la evolución empieza." Y, así, por la "inestabilidad inherente" a lo estable, por la "tendencia irregular" de lo regular, por el afán de heterogeneidad de lo homogéneo, se *explica,* según Eddington, la "evolución de las estrellas, de los elementos más complejos, de los planetas y de la vida". La cosa está clara, ¿no? Y "cuando, al fin, por la degradación termodinámica de la energía, el universo, con la misma gradación, alcanza de nuevo una igualdad sin diferencias, se llega al término del universo físico". He ahí en pocas palabras el origen y el fin del universo en Eddington, con un vago acento imaginativo flammariónico.

TIEMPO, ESPACIO Y TIEMPO

Del mismo modo, el tiempo en física no es algo real, vivido, sino una variable más del universo de Minkowski. Es un tiempo métrico y nada más. "Al físico—dice Reichenbach—le interesa, ante todo, la medición del tiempo, y por eso todas las consideraciones críticas sobre el concepto de tiempo tienen su origen en la cuestión de la mensurabilidad." El tiempo es tiempo real, que está ahí para cortar como una tela de camisa. No es como el espacio,

que era—dicen—una invención de los metafísicos. Es más: la causalidad no existe para muchos, incluso para Reichenbach, que nos ha dicho que la causalidad sin la probabilidad no es nada; pero la causa es lo que origina la noción del tiempo. "La crítica de la teoría relativista del tiempo—dice—ha descubierto que la idea de la causalidad, del enlace causal entre los sucesos, es la que se halla detrás de la ordenación del tiempo." Para Eddington, para Einstein, para Weyl el tiempo es una variable, pero es también una entidad realísima que nadie puede negar. En el efecto de De Sitter, las distancias del universo retrasan los tiempos. Desde que la estrella lejana nos manda su luz hasta que nos llega ha transcurrido un tiempo, de modo que la posición de las estrellas ha variado. Si la estrella sigue teniendo la misma posición en una segunda medición, es que hay reposo absoluto. Y Eddington se pregunta: "¿No es precisamente por eso por lo que se han preguntado los absolutistas?" Y se contesta dando a entender que ello es posible y no censurable. El relativista Eddington no ve inconveniente en que haya reposo absoluto. Y ocurre entonces preguntar: Con reposo absoluto, ¿no se afirma la noción de *el* espacio? Con reposo absoluto, ¿hay tiempo? Aprobemos que con el reposo absoluto cabe admitir el espacio de configuración, el campo; pero ¿qué significa ahí hablar de tiempo? La relatividad se atiene a un concepto métrico, empírico, y renuncia a admitir y entender el espacio y el tiempo absolutos, actitud que no es del todo nueva en la historia del pensamiento filosófico y menos en la historia de la física, pues frente a Newton está Leibnitz.

Sabemos que, para Newton, "*el tiempo absoluto, verdadero y matemático* transcurre en sí y por naturaleza uniformemente y sin referencia a ningún objeto exterior". Y también: "*El espacio absoluto permanece siempre igual e inmóvil.*" El espacio es el "sensorio de Dios", el órgano o medio por el que Dios entra en relación con lo natural.

El tiempo absoluto es la Eternidad. Mas para Leibnitz, el espacio y el tiempo son medios de ordenación de las cosas, de modo que sin ellas no se conciben el tiempo y el espacio, pues las cosas, para ser, han de tener alguna localidad en un instante dado. Resultan así el espacio y el tiempo un tanto relativistas, en Leibnitz, funciones y relaciones de las cosas, con relatividad objetiva, relacional, independiente de un sujeto que pueda observarlas y medirlas. Las relaciones de las cosas son independientes de todo observador. Pero, en Kant, el espacio y el tiempo se subjetivizan, resultan *formas* del

conocimiento del hombre, que éste aplica inevitablemente a las cosas. "El espacio y el tiempo forman parte de nuestra organización espiritual", dice Kant en la *Crítica de la razón pura*. Espacio y tiempo no son relativos, sino absolutos, pero no objetiva, sino subjetivamente. En las cosas no hay tiempo ni espacios reales y objetivos, sino que espacio y tiempo son universales en el espíritu, que condiciona categorialmente la realidad de las cosas. Mientras los conceptos inducidos se logran pasando de lo particular a lo general, las nociones de espacio y tiempo se obtienen de modo universal en el espíritu, y de ellas se pasa a las nociones particulares de este espacio o aquel tiempo concreto.

Con la relatividad se opera una honda revolución en las nociones de espacio y tiempo. Ni el espacio ni el tiempo tienen razón de ser por separado. Así lo enuncia Minkowski en Colonia, en 1908: "Desde ahora, el espacio por sí solo, y el tiempo por sí solo, pasan al olvido, y únicamente una especie de unión entre ambos conservará existencia independiente..." Sin embargo, la noción espacio-tiempo tarda en imponerse, y hay que esperar a que la relatividad einsteniana la vaya difundiendo entre los físicos y los matemáticos. Todavía, en 1920, Eddington admite el tiempo separado como una cuarta dimensión, o, mejor, como una cuarta variable, que tal vez no deba confundirse con una "dimensión".

ESPACIO, TIEMPO Y RELATIVIDAD

Pronto se generaliza la noción de que no existen el espacio y el tiempo como variables distintas, sino que todo tiempo se asocia a un espacio o lugar determinado, y toda espacialidad se mide por un tiempo. Espacio y tiempo son relativos a la materia, porque sin materia no existen el tiempo ni el espacio. El espacio tiene cualidades geométricas gracias a la materia, y el tiempo es tiempo o duración porque algo material dura. La distancia, como la temporalidad real de los acontecimientos, está en función de la intensidad de los campos gravitatorios. No existe la simultaneidad porque no se puede medir, lo cual no deja de ser de una lógica sorprendente, pero es que para la relatividad es la lógica la que empieza a no merecer ningún respeto. El espacio, como lugar único de acontecimientos en sus puntos universales, no existe, como no existe el tiempo en calidad de instante simultáneo común a dos o más lugares. Lo que existe es, pues, el espacio-tiempo, es decir, movimientos, velocidades.

La velocidad es el concepto fundamental de la nueva física. Por eso, no hay reposo en absoluto, a pesar de Eddington. Podemos separar conceptualmente el espacio y el tiempo, pero en la realidad se nos dan siempre como estructura unificada. Sin embargo, se admite el "intervalo", que es la expresión física del espacio-tiempo, pero que destruye toda presunta homogeneidad de un espacio-tiempo único. El "intervalo" comprende la distancia asociada a la diferencia de tiempo entre dos sucesos. "Se puede concebir el intervalo como una cantidad que posee forma exterior que le es propia; una relación absoluta entre los dos sucesos que no exige la existencia de un observador particular", dice Eddington. Ya tenemos, pues, la noción de espacio-tiempo, que viene a reemplazar a las nociones tradicionales de cada uno de los miembros de nuevo término. Pero otro gran relativista, Weyl, nos dice: "El continuo tetradimensional espacio-tiempo *no es nada en sí mismo*, sino solamente el campo para las posibles coincidencias (o mejor contactos) de acontecimientos." Russell repite hasta la saciedad que el descubrimiento del espacio-tiempo es el gran hallazgo de la física de hoy, y así dice, por ejemplo: "Cada trozo de materia tiene su propio tiempo local." Cada sistema material tiene, pues, su propia temporalidad que le nacerá, seguramente, de un costado. Debe de ser que la materia, al moverse, elabora un jugo sutilísimo y oloroso que se llama tiempo, y que el hombre de ahí toma y bebe para esa vaga embriaguez que es el vivir. Todo esto lo ha averiguado la física contemporánea, obtenido en el lagar de unas ecuaciones. Es algo flúido y sin partes. "En la física matemática—dice Russell—, el tiempo es tratado como consistiendo en instantes, aunque al estudiante perplejo se le asegure que los instantes son ficciones matemáticas." El tiempo no tiene instantes, es flúido, continuo, pero cada sistema tiene el suyo, de modo que hay tantos tiempos como sistemas materiales, con lo cual no hay continuidad posible, de no admitir la simultaneidad de los sucesos materiales en el espacio, pero ya hemos visto que la física relativista no admite la simultaneidad.

No hay tiempo y espacios separados; hay espacio-tiempo, hay movimientos y velocidades, y éstos, las velocidades y los movimientos, son los que *producen* tiempo; no es que la materia necesite tiempo para moverse, de modo tal que cuanto más tiempo use o tome, más velocidad adquirirá, sino que, al revés, cuanto más se mueva, más tiempo estará segregando. Otras veces, piensa Russell, con Weyl y con Whitehead, que el movimiento, más que producir tiempo, lo consume, como un motor consume gasolina, pero

entonces hay que pensar que el tiempo existe antes del movimiento, y no es eso lo que conviene a la física. Una vez dice Russel, siguiendo a Reichenbach, que si un hombre viajara a Sirio con una velocidad equivalente a diez onzavos de la de la luz, para un observador terrestre tardaría en llegar cincuenta y cinco años, pero el propio viajero creería que el tiempo invertido en el viaje sería de once, y así, como once años de vida, quedaría anotado en su fisiología. Según esto, el tiempo es concebido pegado a la materia, sí, pero como algo externo a la vida, en la que deja la huella de su sandalia. Es curioso todo esto; niegan el tiempo y parecen que lo ven andar.

Según lo antes dicho, las propiedades químicas de la materia están en función del tiempo, lo que es cierto, pero ello es porque la materia (que al fin se resuelve en energía) se cansa con el movimiento y envejece y cambia, de modo que el movimiento local se resuelve en alteración de sustancia, que es lo que se ve en el efecto Doppler y en las teorías del físico indostano Chandra Bos. Un exceso de radiación puede producir la pérdida de un electrón en un sistema atómico, y esa pérdida del electrón supone un cambio de estructura atómica. Es el salto de la cantidad a la cualidad. Pero ¿cómo puede cuantificarse el tiempo si es todo de esencia cualitativa? ¿O es que la presencia cualitativa del tiempo origina cambios de cantidad en la materia que se mueve? Así como una fotografía es un cadáver y no algo vivo, todo cuerpo en movimiento, visto en un instante de tiempo, está en reposo, que es lo que subrayó Zenón de Elea. Es el tiempo, con su fluidez y continuidad, lo que parece dar movimiento y vida. Pensando así, Alexander, el filósofo australiano, dice que el tiempo es el alma del espacio como cuerpo. Hay que concluir afirmando que la discontinuidad mata el tiempo, y por eso Russell rechaza la separación de instantes en la ciencia física, según hemos visto. Y Broglie ha querido establecer analogía entre el tiempo bergsoniano y el tiempo de la física actual. Pero la física cuántica, al afirmar la discontinuidad de la materia, hace del tiempo algo que golpea discontinuo como un timbre, lo que hace quebrar la melodía de lo temporal para ajustarse a la materia y al espacio. Y todo esto en contradicción con la conciencia que el hombre (con la del físico como hombre) tienen del tiempo, y más allá de toda experiencia en el observador, que es lo que se propone la teoría de la relatividad. Por eso, astutamente, dice Jeans que el cuánto de luz no es necesario. No será necesario, pero ahí está el hecho y nada menos que adoptando la forma de una

misteriosa constante universal, pues lo que dice la fórmula fundamental de Planck es que toda cantidad de energía mantiene con su frecuencia o discontinuidad una relación matemáticamente constante.

Mas también el espacio-tiempo acusa discordancias internas: en unas, coordenadas cartesianas, podemos hablar de espacios positivos y negativos, tomando referencia del eje de los tiempos; y viceversa, los tiempos son negativos o positivos, a partir del eje de los espacios. Pero en un espacio curvo e ilimitado, ¿dónde trazar las coordenadas gaussianas, ni dónde el arriba ni el abajo, la derecha ni la izquierda? Hay que poner, sin duda, un observador como eje o centro de referencia, con lo cual el propósito de la relatividad, de obtener la verdad independientemente del observador, no se cumple. El físico, hablando de un espacio cerrado y curvo, no puede decir que A precede a B, ni en el espacio ni el tiempo. No lo puede decir para el espacio, porque ello es cuestión de tiempo, y con tiempo, la luz de una estrella que tenemos delante puede llegarnos por detrás en el universo esférico. Ni lo puede decir del tiempo, porque ello es cuestión de distancias o espacio, y así los hechos astronómicos anteriores a Jesucristo pueden resultar posteriores a nosotros, por la distancia de las estrellas. Tampoco puede decir el físico que A precede a B en el sistema terrestre, porque, siendo la tierra esférica, depende la precedencia en el espacio, y, por tanto, en el tiempo, de quién la enuncie y de dónde se sitúe. Para mí, español, España precede a los Estados Unidos, en el globo, pero para los Estados Unidos, éstos preceden a España. Y para un chino la precedencia de España o Estados Unidos dependerá de que mire a derecha o a izquierda. La misma noción de precedencia es ambigua y no sabemos si decimos preceder en el tiempo o preceder en el espacio. ¿Cómo, entonces, puede la relatividad determinar unívocamente un suceso por la conjunción espacio-tiempo?

Y no basta con introducir la noción de intervalo o de velocidad, pues la velocidad acerca al continuo, pero no lo alcanza. Para un continuo perfecto haría falta una velocidad infinita; pero una velocidad infinita no daría tampoco el continuo, porque el espacio se encogería, pues a infinita velocidad, el punto de partida sería idéntico al de llegada, con lo cual en vez de movimiento se obtendría el reposo, y en vez de la melodía infinita del continuo, se conseguiría solamente un punto. Esto es lo que ha querido salvar Einstein dictando, por decreto irresponsable, que la velocidad de

la luz es la velocidad límite y, por tanto, que no puede haber velocidades superiores a la de la luz.

El espacio-tiempo no es una convención de los físicos; tiene realidad en nuestra vida, pero esa realidad es la que escapa a la determinación y medición de la física. Ni el tiempo ni el espacio de ese espacio-tiempo son reales, ni humanos. Los físicos de hoy han deshumanizado el tiempo, lo más esencialmente constitutivo del hombre, y al hacerlo una variable matemática, lo han falseado. El tiempo físico-matemático es una magnitud espacial y no es el tiempo que el hombre experimenta a lo largo de su vivir. Es un reproche que ya se ha hecho a la relatividad, por Milne y por Martin Johnson. Los relativistas han pretendido arrancar las representaciones más hondas y vivas que el hombre tiene del espacio y el tiempo, para sustituirlas por abstracciones matemáticas sin realidad, porque prefiere las abstracciones matemáticas a la realidad. Sin duda, el espacio no lo podemos concebir sin cuerpos, y la imaginación y la razón del hombre no son aptas para concebir el vacío absoluto; pero ¿podemos concebir cuerpos sin espacio? ¿Podemos concebir cuerpos que no estén en algún espacio ni cuerpos que no sean espacio, pues la extensión es espacio también? La materia está hecha de espacio, no es que los cuerpos *estén en* el espacio; es que el espacio *está en los cuerpos*. Pero los físicos de hoy no sabemos qué idea tienen del espacio, pues de una parte hablan de la materia, y de otra del espacio. El espacio vacío les repugna, y quisieran que fuera en algún modo de materia. Pero luego hablan de la materia como si no fuera espacio. Por eso, se inventó el éter, que la física moderna empezó a admitir, y cuando no ha habido modo de demostrar la existencia del éter, los físicos han llenado el espacio (los espacios) de radiaciones y le han llamado "campos". Sin el espacio, se pueden pensar como algo material. Y, sin embargo, lo que los físicos han podido comprobar no es que el espacio sea materia, sino que la materia es siempre copo o terrón de espacio; y también que el espacio, cuando no se condensa en materia, está vacío; de cabos de espacio se teje lo material. Si los físicos hallan que la electricidad circula mejor en el vacío, como la gravitación, ¿a qué hablar de un éter, de un algo que no es vacío, ni espacio ni materia? La contradicción de Michelson, ¿no quiere decir que, con la velocidad, los cuerpos se contraen, es decir, destilan espacio, expulsan espacio intersticial como una masa cualquiera que se aprieta?

Nos representamos conceptualmente, queramos o no, al espacio.

como algo quieto y ancho y encharcado, mientras imaginamos al tiempo en incansable fluencia lineal e irreversible; ¿cómo, entonces, imaginar el espacio-tiempo? El espacio podrá ser curvo, cerrado y esférico, pero si el tiempo no se curva, es una recta sin espacialidad; ¿cómo se unen, pues, el tiempo y el espacio en el "espacio-tiempo"? El tiempo no tiene reposo posible, pero el espacio no se mueve. Mas la influencia de lo temporal es un moverse sin móvil. El espacio sin cuerpos es reposo absoluto, sin algo que repose, un vacío en quietud total. Por eso dice la física que hay que establecer el espacio-tiempo, la conjunción entre ambos en el movimiento, en la velocidad. Pero a la materia no la mueve el tiempo, sino el ímpetu, el impulso, o la causa, lo que sea, y se ayuda del tiempo no para moverse, sino para ser medida en su movimiento. Para el movimiento no hace falta el tiempo, como dice la física, eso es falso; el movimiento cambia la materia de lugar, pero no da tiempo, que ella misma no tiene. Cuando el físico se acerca y trata de medir el movimiento es él quien pone el tiempo que allí no había. Tratar, pues, de determinar sucesos sin observador es hablar por hablar. El tiempo real es un viento sutilísimo que brota del hombre y sopla sobre las cosas, como el espíritu de Dios sobre las aguas al nacer el mundo. Sólo aplicando el tiempo al espacio, a la materia, se puede medir el movimiento. Cuando la materia cambia de lugar o posición, el tiempo no interviene, pero el tiempo sirve para medir el movimiento y, por el movimiento, la materia y el espacio... El espacio-tiempo no está ahí caído entre las cosas del mundo, sino que surge ante el hombre cuando el hombre llega a las cosas. Pero si para el hombre el espacio aparece unido al tiempo, también la materia va unida a la cantidad, y no por eso negamos cantidad y materia fundiéndolas en una nueva entidad que se llama "materia-cantidad". Es que el tiempo es mío, porque yo soy temporalidad; el espacio es de la materia.

SOBRE LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD

La relatividad, contra lo que su propio nombre ha hecho creer a tantos, no es una teoría relativa o relativista, sino ganada por los más rigurosos absolutismos de la razón. La relatividad es la última forma del racionalismo europeo, su manifestación más rígida e intransigente. Lo mismo puede decirse de la física cuantista, aunque hay que reconocer que Max Planck aceptó un hecho que parece

real—la discontinuidad de la energía—, pero que contradice la concepción más espontánea del pensamiento.

Tanto Galileo como Newton van a la Naturaleza para interpretarla y entenderla, pero llevan ya tras de la frente una serie de supuestos e hipótesis, de formas de pensamiento, *a priori*, que hacen a la Naturaleza contestar como contesta el estudiante a un cuestionario. Y este cuestionario no siempre viene inspirado por la realidad, sino sacado—como decía Descartes—del "tesoro del espíritu", e impuesto a la realidad misma, prescindiendo del testimonio de los sentidos para alcanzarla. Andan Galileo, Huyghens, Newton, Gassendi, Keplero y muchos más buscando, al parecer, afanosamente, cosas, hechos, fenómenos, por entre los matorrales del universo; pero en realidad, más que pendientes de los hechos reales, caminan atentos a su propio pensamiento, anhelantes, deseosos de que los hechos se ajusten dócilmente a lo que ellos piensan. Reniegan de Aristóteles y llevan no poco aristotelismo dentro. Es una época en que el europeo, por primera vez, camina imperialmente entre las cosas de la Naturaleza, dictando decretos e imponiendo leyes.

Hoy, todos los principales físicos siguen haciendo lo mismo, aunque parezca que no. La verdad es tan absoluta como antes y no es relativa a cada uno, pues es independiente de la referencia a un observador. Lo que éste ve es relativo, y aun erróneo, pues así como ve el sol antes y después de salir, por la refracción de los rayos, también percibe como simultáneos hechos que no lo son, como creer en reposo a un móvil que camina con igual velocidad que él, en la misma dirección e idéntico sentido. Pero si es relativa la visión del observador, no lo es la realidad. Mas la relatividad de los sentidos no obsta a que la razón conozca la realidad de un modo verdadero y absoluto. La prueba es que, a pesar de las ofuscaciones de los sentidos y los observadores, la relatividad dice haber alcanzado la verdad absoluta de los hechos independientes de todo relativismo, de modo que, aunque la relatividad fuera relativa, nuestro saber de ella es absoluto, tanto que muchas veces contradice los datos de los sentidos. Toda relatividad es kantiana, y todo el pensamiento es absolutista en cuanto ya lleva en sí la verdad y sus imperativos racionales al acercarse a las cosas.

Ortega dice que la relatividad no es kantiana, sino más bien perspectivista o participante de la teoría orteguiana llamada de la "perspectiva" o el "punto de vista", teoría que no es un fácil relativismo, pues la verdad no depende de cada sujeto, sino del punto

de vista o perspectiva que éste adopte. La perspectiva de un observador en Sirio no es la misma que la de ese observador en la Tierra, pero no es teoría subjetivista, porque no depende del humor o situación del sujeto, sino de la perspectiva que da Sirio o da la Tierra. Newton y Galileo, y los físicos de la época, creían que había un punto de vista universal, igualmente válido para todos los hombres y todas las perspectivas. Era la visión *sub specie aeternitatis.* De ello deduce Ortega que hay en los relativistas de hoy una humildad radical en la actitud de su pensamiento.

Pero, no. La razón del relativista finge adaptarse a lo real, pero en el fondo busca mandar, imponer a lo real los fueros de su pensamiento. Porque diga que el universo no es infinito, sino limitado, y haya sustituído el cosmos también infinito por los campos, no debemos creer que sea humilde el relativista. La prueba es que Einstein ha buscado, y hasta ha dicho haber encontrado, la ecuación clave o constante de todos los fenómenos del universo. Y para que esa constante no falle, ha sentado *a priori* que la velocidad de la luz es una velocidad límite y *no puede haber* otra superior. Y, sin embargo, un físico italiano ha encontrado recientemente que esa velocidad de la luz no es constante.

Se comprende por qué aumentan por días los impugnadores de la relatividad y de los teóricos de la física matemática, que, en un rapto de soberbia, habían creído que venían al mundo a cambiar el pensamiento y aun el ser del hombre. Desde Ernesto Mach, a Milne y Johnson, pasando por Hönigswald, Muller, Kraus, Gehrke, Lenard y Hans Driesch, las críticas de la relatividad, así en el plano de la física como en el de la filosofía, son cada vez más recias y eficaces. Milne ha mostrado que la relatividad, generalizada como teoría, tiene escasa austeridad científica, lanzada para deslumbrar a las masas con palabrería audaz, y que abunda en hipótesis gratuitas y magnitudes arbitrarias, todo en contradicción con la experiencia. Fué Milne, en fin, el que demostró que lo de la expansión del universo y su contracción alternativa era una aventura nada más que pintoresca. Gaston Bachelard, afirma que "las mecánicas clásicas y relativistas... no pasan ya de aproximaciones más o menos groseras hacia teorías más finas y completas como la cuántica"".

También Eddington, un relativista, habla de la "imprecisión e inconsistencia de la actitud de la mayor parte de los físicos" debida, principalmente, a la tendencia a considerar que el único aspecto de una teoría que merece atención es el "desarrollo matemático de

la misma y a olvidar que en la física hay algo que depende de la profundidad, con la cual se elaboran las ideas antes que ellas estén en condiciones de ser tratadas matemáticamente". Y añade luego: "No se insistirá nunca lo suficiente en que ni la teoría de la relatividad ni la de los cuántos están resumidas en fórmulas bien asentadas y aplicables a todos los casos."

También el biólogo y filósofo Hans Driesch atribuye a la moda y a la versatilidad de las gentes el auge de la teoría de la relatividad, y combate duramente la arbitrariedad de decretar que no hay posibilidad en el universo de una velocidad mayor que la de la luz, aseverando que "no tienen ninguna nueva base experimental ni pueden tener ninguna base semejante".

Se está refiriendo a la paradoja de que la luz tenga la misma velocidad con relación a un sistema en reposo y con relación a otro en movimiento y con sentido contrario a la luz, tal y como se dedujo del experimento de Michelsen-Morley, y dice: "La luz tiene siempre de hecho la misma velocidad de 300.000 kilómetros por segundo... Aquí se introduce un concepto absoluto; se hace una afirmación sobre lo real; es así en el sentido de una realidad empírica. No se puede añadir nada ni positiva ni negativamente a la constante fundamental de toda la física *C:* es una "velocidad" distinta a las demás." Y concluye Driesch que aquella aseveración de que la luz tiene la misma velocidad para un sistema en reposo y para cualquier otro en movimiento, ofende al principio de contradicción. "Hay verdades dentro de la teoría de la relatividad—dice Driesch—, aunque no extraordinariamente importantes."

Es que los relativistas suelen usar una lógica muy relativa. Rodolfo Lammel, por ejemplo, dice en un conocido libro sobre la relatividad: "La velocidad de la luz desempeña en física el mismo papel que el número infinito en matemática. Y como infinito más 5 es igual a infinito más 7, o sea, igual a infinito, en uno y otro caso, si a la velocidad de la luz se aumenta la de la tierra, que es de treinta metros por segundo, la velocidad total sigue siendo igual a 300.000 kilómetros por segundo. Lo mismo ocurre si, en vez de añadir la velocidad terrestre, la restamos." Y, sin embargo, la velocidad de la luz no es infinita, sino limitada y conocida. Pero hace falta que la velocidad de la luz sea una velocidad límite, insuperable, y no hay más que hablar. Los relativistas son así de absolutistas. William Pepperell y Montague, de la Universidad de Columbia, han expuesto con ingenio y gracia lo que significa esta ley einsteniana:

Existía un dictador que había establecido, por su realísima gana, que todos sus súbditos podrían correr con sus coches a la velocidad que quisieran con tal de no sobrepasar la del suyo, que ya había establecido el *record* de 300.000 kilómetros por segundo. Un guardia de la circulación, novato, vió que los coches de los hermanos Beta se acercaban en recíproco sentido contrario a la velocidad de $\frac{7}{8}$ de la del coche del dictador. Pero al cruzarse los coches de los hermanos Beta vió el guardia que las velocidades se sumaban, y alcanzaban, por tanto, la de $\frac{14}{}$ velocidad superior a la del dictador, por lo cual multó a los hermanos Beta, que habían infringido las órdenes recibidas. Pero como el juez comprobó, por los velocímetros de los corredores, que la velocidad respectiva de cada uno de los coches de los hermanos Beta sólo marcaba $\frac{7}{8}$ de la velocidad-tope establecida por el dictador, el juez absolvió a los hermanos y amonestó al guardia de la circulación por su ligereza; y, aunque éste alegó que la velocidad marcada por los coches no era la velocidad que había que computar en el momento de cruzarse ambos, el juez repuso, malhumorado, que la velocidad debía calcularla en cada coche con relación a la velocidad del alcalde y no meterse a sumar velocidades y a obtener otra distinta.

El propio Pepperell, que dice con toda claridad: "No creo que el postulado fundamental de la relatividad sea cierto", después de ironizar sobre un móvil que alcanzara una velocidad mayor que la de la luz, en que el tiempo se volvería del revés, y lo ocurrido hoy resultaría ocurrido el otro jueves, nos da a conocer una graciosísima quintilla, que no sabe si es de la señorita May Sinclair o de otra persona. Traducida, dice así:

Había una joven que se llamaba Superluz,
y cuya velocidad era mucho mayor que la de la luz;
un bello día se fugó con su novio,
pero como lo hizo ajustándose a las normas relativistas,
volvió a su casa antes de... la noche anterior.

Y Pepperell, después de afirmar que en la teoría de la relatividad hay más "perfección formal" que "información acerca de la Naturaleza", y después de ironizar sobre la "luz" de Einstein, que es "lo más maravilloso del mundo", dice, por fin: "La luz es, para Einstein, el absoluto nuevo y único de un mundo donde todo lo demás es relativo." Y el caso es que Pepperell es hombre de anchas simpatías por la relatividad. Y, sin embargo, reincidiendo sobre estas paradojas y contrasentidos de la física de hoy, dice en otra

parte: "El profesor Eddington dice que, si alguien pudiera volar sobre la alfombra mágica de los cuentos orientales, marchando a la velocidad de la luz hacia la estrella Arturo, sólo sería media hora más viejo cuando llegase a su meta que cuando partió de esta Tierra; sin embargo, dado el punto de vista de los que quedamos aquí, habían transcurrido unos doscientos años. También el profesor Hermann Weyl confirma esta divertida aplicación de la teoría de Einstein a la fisiología, mediante la suposición, más moderada, de que si de dos hermanos mellizos uno se quedara en casa mientras el otro viajaba durante unos cuantos años, a velocidad casi igual a la de la luz, cuando volviese sería perceptiblemente más joven que el mellizo que no viajó. Ello se debería a que las moléculas de nuestros cuerpos, cuyos cambios rítmicos determinan el envejecimiento o adelanto de nuestras vidas, son relojes naturales, y, como todos los relojes, deben atrasarse cuando nuestros cuerpos se mueven. "Ahora bien: si nuestros procesos moleculares se hacen más lentos, tardará más en llegar la atrofia de las glándulas y de los músculos y el endurecimiento de las arterias, esto es, que el envejecimiento será más lento." Y comenta a continuación Pepperell: "A pesar de lo muy atractiva de tal hipótesis, no creemos que sea verdadera. En un mundo lorentziano, en que el movimiento sería absoluto, el mismo éter que acorta los espacios de los cuerpos que se mueven alargaría también sus tiempos y haría más lentos procesos como el instalarse en la dirección del movimiento. En tal caso, todos los viajeros muy rápidos se nos aparecerían no sólo acortados o achatados sino también rejuvenecidos, únicamente en aquella dirección que hubiesen escogido como dirección de sus viajes, mientras que en las otras dos dimensiones seguirían siendo tan amplios y tan viejos como si nunca se hubieran movido. En cambio, no se me ocurre cómo podrá darse ese rejuvenecimiento unidimensional en el mundo einsteniano, en que no hay éter ni movimiento absoluto."

Y termina Pepperell: "Para apreciar bien la dificultad implicada, echemos una segunda mirada a los dos hermanos gemelos del profesor Weyl, uno de los cuales viaja y el otro no. Supongamos que el que se quedó en casa sintiera envidia de la apariencia juvenil del otro, después de tal viaje: sólo tendría que recordar que todo movimiento es relativo, y, que, por consiguiente, él tiene perfecto derecho a mirarse a sí mismo como el viajero, y a su hermano como el que quedó en casa. Así sería él quien parecería más joven y quien realmente lo *sería*. Ahora bien: ni siquiera en

un mundo einsteniano podrían dos hermanos, y menos los gemelos, ser cada cual unos años más joven que el otro; eso sólo sucedería en un universo en que todos los cuadrados fuesen redondos, y en que el principio de contradicción se hubiese echado a dormir."

Pedro Caba.
Arzobispo Apaolaza, 22.
ZARAGOZA.

ARTE Y PENSAMIENTO

LA CRITICA CALDERONIANA, EN LOS SIGLOS XIX Y XX, EN ALEMANIA

POR

JULIUS WILHELM

Lope de Vega y Calderón, dos glorias del Siglo de Oro, representan dos aspectos principales no sólo del drama español, sino también del genio hispánico. No ha de extrañar que la intelectualidad alemana, que desde la época de Herder y del romanticismo se dedica al estudio de las cosas de España, se haya ocupado mucho de estos dos poetas. En la crítica, la valoración y la comprensión que Lope y Calderón han encontrado en los últimos ciento cincuenta años en Alemania se reflejan tanto las características de la personalidad y de la obra de ambos poetas españoles como las fases consecutivas de la evolución intelectual y literaria de nuestro país. Al proponerme esbozar los grandes rasgos de la crítica calderoniana en Alemania, prescindiendo del estudio de las influencias que Calderón ha ejercido en la literatura alemana, no puedo menos que hacer una selección entre los autores respectivos, valiéndome no sólo de los textos mismos, sino también de lo que expusieron con relación a ellos el profesor alemán Hermann Tiemann, en su valioso libro *La literatura española en Alemania desde el Renacimiento hasta el romanticismo,* y algunos otros eruditos españoles y alemanes. Se tratará, pues, de continuar y completar las exposiciones de Tiemann, rectificando en algunos puntos su lopismo unilateral.

El público literario de Alemania comenzó a interesarse por el drama español en la segunda mitad del siglo XVIII; es decir, en un período en el que se inició una reacción contra el clasicismo y las luces de Francia, reacción que había de desarrollarse en lo sucesivo. F. J. B. Bertuch y otros tradujeron piezas españolas, sobre todo de Lope y Calderón, del idioma original, y las más de las veces del francés, y del holandés al alemán, atraídos particularmente por el contenido dramático. Fueron Lessing, con su *Dramaturgia de Hamburgo,* y Herder con varios escritos, quienes dieron los impulsos decisivos a sus coetáneos para ocuparse de las obras de Lope y Calderón, abriendo de esta manera el camino al calderonismo entusiasta de los jóvenes románticos. Estos veían en Calderón la encarna-

ción del teatro español, del genio hispánico e incluso de toda la poesía moderna europea. A. W. Schlegel, heraldo e hierofante del culto calderoniano alemán y universal, le debió a Herder su interés por los romances, que eran considerados como la expresión más íntima y auténtica del alma española, y a Tieck, poeta romántico y traductor del *Don Quijote*, su inclinación por el teatro calderoniano. Con su obra del año 1804, que contiene la traducción de cinco dramas de Calderón, precedida de un prólogo explicativo, su ensayo aparecido en 1803 sobre el teatro español y sus *Lecciones de historia de la literatura antigua y moderna*, dados en Viena en el año 1809, comienza Augusto Guillermo Schlegel tanto el culto como la crítica calderoniana en Alemania. Para comprender mejor sus ideas sobre Calderón, hay que tener en cuenta tres factores: 1.º Schlegel se siente ligado a Calderón por una misteriosa afinidad electiva, aunque conoce sólo pocas comedias calderonianas. 2.º Tiene nociones muy superficiales sobre los dramaturgos del Siglo de Oro, incluído Lope, quien le inspira antipatía, y sobre la evolución del teatro de aquella época. 3.º Su culto calderoniano constituye, junto con su glorificación de Shakespeare, cuya obra dramática aclimata en Alemania mediante traducciones magistrales, una parte esencial de sus teorías poéticas y dramáticas, que, a su vez, debían iniciar el nuevo drama romántico. Schlegel distingue dos tipos fundamentales de poesía: la poesía clásica y la romántica. Viendo la característica principal de la poesía romántica y de su cumbre, del teatro romántico, en la unión de naturalidad genuina y de perfección artística, considera el drama calderoniano, particularmente el religioso, como la más grandiosa realización que haya producido jamás el arte romántico. "Si sentimiento religioso, leal heroísmo, honra y amor constituyen los fundamentos de la poesía romántica, ésta tenía que tomar en España, forzosamente, los más elevados vuelos." Y "Calderón es la más alta cima de la poesía romántica". ¿En qué consiste, según A. W. Schlegel, la unicidad del teatro calderoniano? Reúne todos los méritos imaginables: vigor sintético, fuerza y sutileza de la fantasía, poetización, trascendencia religiosa de los símbolos y de las alegorías y metáforas, lo elaborado de la composición, etc. En suma, Schlegel captó por simpatía, intuición y anhelo lo que sus sucesores, los críticos e hispanistas posteriores, trataron de comprobar en sus trabajos científicos.

Con todo, el calderonismo schlegeliano tiene grandes defectos, con frecuencia consurados, entre los cuales quiero mencionar dos: 1.º Schlegel tiende a aislar al Calderón idealizado, desprendiéndolo

casi del todo de la evolución del teatro español. 2.° Atribuye al catolicismo de Calderón, en el que reconoce con razón el elemento esencial y predominante de toda la obra calderoniana, las modalidades estético-líricas e individuales del sentimiento religioso del romanticismo alemán.

Federico Schlegel, autor famoso de las *Lecciones de historia de la literatura antigua y moderna* (1812), aportó unos rasgos peculiares a las concepciones de su hermano. Demuestra que Calderón refrenó la violencia del lopismo y el amaneramiento del gongorismo. "Si se quiere comprender el genio del teatro español, su perfección, es preciso pensar en Calderón, el último y el más grande de todos los poetas españoles." Por tanto, el teatro calderoniano sirve de base para determinar la esencia de la poesía romántica y fijar las características del drama religioso, que los románticos alemanes se proponen crear. Federico Schlegel considera que en Calderón "está no sólo meramente expresado, sino también resuelto, el enigma de la vida", hace resaltar que el poeta descubre ante nuestros ojos los misterios de la intimidad del hombre y admira los grandiosos símbolos y alegorías, expresados mediante una "florida abundancia de imágenes explicables sólo en una fantasía meridional". Pero, con todo, su entusiasmo duda en recomendar el teatro calderoniano como único modelo a los dramaturgos alemanes de su tiempo.

El filósofo romántico Schelling exalta a Calderón como caso ideal del drama fatalista cristiano en sus *Lecciones sobre filosofía y arte* (1804-5). El hegeliano Rosenkranz expone, en su escrito *La tragedia calderoniana de "El Mágico prodigioso"* (1829), que "todo lo grande en el catolicismo" está reunido en esta obra en la más espléndida figura, en el encanto de una fantasía exuberante y en la dignidad de la más alta nobleza.

Veinte años después el poeta Eichendorff glorifica, en su *Historia del drama* (1854), la intuición adivinadora y el simbolismo ultraterreno de Calderón. "En todas las cosas que en nuestro mundo ansiosamente sueñan, sentimos dormitar, bajo el velo terrestre, una insondable canción; pero Calderón dió con la palabra mágica y el mundo despertó para el canto."

El calderonismo filosófico-poético de nuestros románticos suscitó un verdadero culto calderoniano en Alemania, y dió origen a una revaloración del teatro calderoniano en los países románticos, debida especialmente a las traducciones francesas de las respectivas obras alemanas y a la labor del español-alemán Böhl de Faber, quien llegó a ser uno de los padres del romanticismo español.

La reacción contra el calderonismo romántico, que comenzó a manifestarse en 1820, y que fué reforzándose paulatinamente hasta mediados del siglo XIX, fué arraigada tanto en las exageraciones apoteóticas de los románticos como en el positivismo y realismo naciente.

Como representantes de esta época de transición, me limito a mencionar a Goethe, Tieck y Grillparzer. A. W. Schlegel envía a Goethe su traducción de *La devoción a la Cruz,* y éste, en el año 1802, encuentra la pieza "extrañamente grande y excelente". En el año 1804, le arranca *El príncipe constante,* entre algunas observaciones críticas, el juicio entusiasta: "Si la poesía desapareciese del todo, se la podría restituir con esa comedia." En el año 1811 puso Goethe en escena, en su calidad de director del teatro weimariano, *El príncipe constante,* conquistando de esta manera "a una nueva provincia teatral". Más tarde, en los años 1812-15, sucedieron las representaciones de *La vida es sueño* y *La Gran Zenobia.* ¿Qué es lo que inclinó a Goethe, quien debía mostrarse refractario al elemento católico y a otros aspectos de la poesía española, a estas críticas elogiosas y a estas escenificaciones de Calderón? El encanto del exotismo, la alta estimación del genio del gran poeta, y, ante todo, sus esfuerzos y los de los clasicistas alemanes por crear un nuevo sistema y estilo dramático en Alemania. Al estudiar el teatro calderoniano encontró los aspectos dramáticos que le interesaban con respecto a sus propias experiencias en el arte escénico. Goethe expresó, entre otras ideas, que en las comedias de Calderón "el argumento le ofendió, pero que la trama, la construcción; es decir, lo calculado de la composición dramática y lo elaborado del lenguaje poético, le arrebataron.

Sin embargo, con toda su admiración por Calderón llegó a reconocer que el teatro alemán no debía amoldarse al teatro calderoniano. Cuando Goethe escribe en 1822 su famoso ensayo sobre la *Hija del Aire,* que puso en escena en Weimar, había renunciado ya a la idea de utilizar el drama español como modelo para el teatro clásico alemán. Aunque sigue alabando "el gran talento, el alto espíritu y la clara inteligencia" del poeta español, acentúa lo artificial y amanerado de las obras de Calderón. Es interesante la comparación que hace Goethe entre Shakespeare y Calderón (un tema predilecto de los románticos): "Shakespeare—dice Goethe—nos da todos los racimos de una vid, uva tras uva, y a placer podemos saborearlos, pisarlos y aplastarlos como mosto, como vino fermentado probarlos y degustarlos, pero siempre quedamos satisfechos. En cam-

bio, con Calderón recibimos un espíritu de vino destilado, cuidadosamente elaborado, fortalecido con especies, templado con algunas golosinas; tal como esta bebida se nos presenta, como sabroso y delicioso estimulante, tenemos que tomarla o rechazarla."

En una crítica de las lecciones schlegelianas censura el filósofo Solger el conceptualismo y abstractismo de las comedias alegóricas y se manifiesta contra el culto exagerado que los románticos tributaron a Calderón. El poeta romántico L. Tieck, poseedor de una rica biblioteca española, y defensor declarado de Calderón, impresionado por esta censura solgeriana, se separa de su maestro para ingresar, luego, en las filas de los partidarios de Lope de Vega. Muy semejante es la evolución del poeta austríaco Grillparzer. Inspirado en las traducciones schlegelianas, se dedica intensamente al teatro calderoniano. Pero cuanto más profundiza en los textos originales de Calderón, tanto más llega a percibir sus defectos: lo artificioso, lo culterano, lo conceptual. Lo que Grillparzer echa de menos en Calderón, la vena espontánea, lo popular, lo encuentra en Lope, a quien los románticos habían relegado a un segundo plano. Sucede lo mismo que en los dos platillos de una balanza: mientras el de Lope sube, el de Calderón baja. Se trata casi de una ley natural: la reacción contra lo exagerado del calderonismo trae consigo la floración del lopismo. En este antagonismo, que no se desarrolla tan fielmente como piensa H. Tiemann, se reflejan particularmente las dos grandes tendencias del siglo pasado: la romántica y la realista.

Además de la mencionada crítica calderoniana de los poetas y filósofos de la primera mitad del siglo XIX, existió la crítica de los hispanistas. Entre ellos he de mencionar a Fr. Bouterweck, catedrático en la Universidad de Gotinga, quien compuso una *Historia de la poesía y retórica* (1804), en la que expone un resumen histórico de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro, basándose en profundos conocimientos de la literatura española de aquella época. No quisiera olvidar al bibliotecario J. G. Keil, amigo de Goethe, quien publica, en el tercer decenio del siglo XIX, una edición de algunos textos españoles, entre ellos de Calderón, ni a Gries, autor de excelentes traducciones de comedias calderonianas muy elogiadas por Goethe.

Entre los calderonistas alemanes se destaca el conde Federico de Schack con su voluminosa *Historia de la literatura dramática y del arte en España* (1845). Su labor es muy superior a la de Bouterweck por la riqueza de material, el método crítico y especialmente por la presencia de un sentido fino para la estimación de los valores

humanos y poéticos. Como los románticos, ve él en Calderón al más célebre entre todos los poetas hispánicos, y lo aprecia como un brote tardío y como la cima del Siglo de Oro. Pero, distanciándose de la crítica romántica, se esfuerza en demostrar los múltiples lazos que vinculan a Calderón con los tres dramaturgos anteriores. En la misma forma que los hermanos Schlegel, nota el conde Schack la característica principal de la poesía calderoniana en la fusión de abstractismo reflexivo y fuerza creadora, de vigor poético y virtuosismo escenográfico. Sin embargo, no vacila en afirmar que Calderón cede a Lope en facultad imaginativa y franqueza de ejecución y en conceder que las personas de Calderón tienden a convertirse en tipos y personificaciones. Considera, además, a Calderón como la más perfecta encarnación del catolicismo español. Según Schack, los autos sacramentales constituyen el apogeo de toda la obra calderoniana, siendo únicos en su género en la literatura mundial. Schack adopta una posición intermedia importante entre la crítica romántica y la crítica histórico-científica en Alemania. De esta manera se explica que todas las tendencias posteriores de la crítica calderoniana provengan de alguna manera del conde de Schack.

Entre los meritorios críticos positivistas sólo quiero citar a L. B. Lemeke *(Manual de la literatura española,* años 1855-6) ; a F. W. V. Schmidt *(El teatro de Calderón,* 1857), y a E. Günthner *(Calderón y sus obras,* 1888). Estos libros tienen por objeto clasificar la obra de Calderón, analizando cada comedia y cada uno de los autos, en relación a su argumento, sus fuentes y su composición. Son sólidas y útiles obras de consulta que sirven de base para estudios especiales y lecturas detenidas.

El año del centenario de Calderón (1881), con sus grandes festejos en Madrid, sobre los que nos informa J. Fastenrath en su libro *Calderón en España,* tuvo gran repercusión en la prensa y en las revistas alemanas, y dió un apreciable impulso a la crítica calderoniana en Alemania. Basta nombrar al libro de Günthner, las introducciones de M. Krenkel y los trabajos de Dorer y de H. Schuahardt, etcétera, que se inspiran en su mayor parte en el calderonismo de 1881.

A estas obras se reúnen posteriormente las historias de la literatura española que se publican a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, y que contribuyeron a dirigir la atención del público hacia la poesía hispánica. Después de la primera guerra mundial los sentimientos de simpatía nacional y de afinidad espiritual inclinaron a los alemanes hacia España y su literatura. Los frutos más bellos

de la hispanofilia de este período son las obras magistrales de L. Pfandl: *La cultura y las costumbres del siglo XVI y XVII en España* e *Historia de la literatura nacional española durante el Siglo de Oro;* la *Historia de la literatura española,* de H. Hatzfeld, y los trabajos de A. Hämel, publicados desde 1920 hasta 1930. Esta renovación, amplificación y profundización de los estudios hispánicos originó un calderonismo nuevo que se desarrolla en otra forma y que tiene, por lo general, un carácter distinto al romántico. Se pudieran decir varias razones para explicar este retorno a Calderón. En primer lugar, la aversión al positivismo y naturalismo, que se manifiesta en las corrientes literarias del simbolismo, neorromanticismo, etc., con su predilección por la fantasía, el sueño, la intuición, lo sobrenatural, lo esencial. En el teatro se hace notar la tendencia hacia el drama de ideas, hacia el drama simbólico y metafísico (H. v. Hofmannsthal, G. Hauptmann y otros), lo que implica la rehabilitación de lo religioso, particularmente del culto católico y de la filosofía medieval. Otro motivo importante para el renacimiento calderoniano son las aspiraciones de la literatura moderna hacia lo que llamamos en alemán Gesamtkunstwerk; es decir, obra de arte universal, que abarca la poesía, la música y la escenificación. Precisamente en este afán se presenta el teatro barroco español, sobre todo Calderón, como la más acabada realización del Gesamtkunstwerk. Se comprende, pues, que las investigaciones sobre los problemas del barroco artístico, literario, lingüístico, hayan logrado, por el año de 1930, un adelanto considerable.

Se reconocen en esta época, como características peculiares del barroco español, el vivo interés por el teatro, la mezcla de vida y sueño, la fusión de vida y espectáculo y la unión de fuerzas terrestres y celestes que dominan la comedia del siglo XVII. La abundancia de problemas teológicos, la brillantez de las metáforas, el artificio de los versos, lo construído de lo teatral; es decir, todo lo que el positivista y liberal siglo XIX había censurado en Calderón como no-poético, fué interpretado desde entonces como manifestación peculiar del espíritu barroco de España (o de la Contrarreforma). Dentro de esta tendencia, tiene significación especial el culto al auto sacramental, representado por los poetas H. y von Hofmannsthal y Max Mell y por algunos refundidores de autos calderonianos que fueron representados en varias escenas, al aire libre, en Alemania y Austria.

Todos estos hechos contribuyeron a preparar el terreno para una adecuada valoración y comprensión del genio y del arte calderonia-

nos. Es de notar que surgieron en este mismo período eminentes hispanistas, quienes marcan maravillosamente lo que se podría llamar el segundo retorno a Calderón, corrigiendo y completando lo exaltado y no totalmente fundamentado del calderonismo romántico por una escueta erudición histórica y formación metódica y por una visión comprensiva del Siglo de Oro, sin caer, empero, en el error de reemplazar el lopismo de ayer por un calderonismo de hoy.

L. Pfandl, situando a Calderón en las condiciones espirituales, literarias, religiosas y culturales del siglo XVII, expone las características del teatro de Calderón y de Lope. Subraya, como Schack y los otros, la perfección técnica, la honda reflexión, la exuberancia expresiva y la primacía de la religión, oponiéndose al prejuicio positivista, que consideraba el carácter católico del teatro calderoniano como un valor poético inferior. L. Pfandl, sin embargo, no es de la opinión de H. Weisser, quien, en su libro *Calderón y la esencia del teatro católico,* sostiene que Calderón representa al dramaturgo católico, al gran poeta de la Contrarreforma por excelencia, siendo los otros aspectos de su obra de poca importancia. Haciendo una clara distinción entre las comedias y los autos, dedica Pfandl especial atención a los últimos, considerándolos como "los únicos dramas verdaderamente simbólicos de la literatura mundial, que comprenden la totalidad del dogma católico".

El insigne romanista Vossler, que junto a Pfandl es el mejor intérprete del genio hispánico en la Alemania actual, y a quien debemos un libro admirable sobre Lope de Vega, trata sobre Calderón en un ensayo conciso aparecido en 1931. En un capítulo importante de su obra *La soledad en la poesía española,* juzga Vossler no sólo que Calderón es un escritor tardío del Siglo de Oro, que mantuvo inalterables los principios y los valores cristianos de la Edad Media que se desmoronaban ya en su torno, sino también que "ninguno de los poetas españoles, y aun europeos, supo combinar tan profundamente como él los valores eternos con el oropel de lo cotidiano y vulgar". El hecho de que la fusión de mundanidad profana y espiritualidad religiosa no perjudique al valor artístico del teatro calderoniano, sino que le dé más bien un encanto inimitable, no ha dejado nunca de impresionar a Vossler, quien es un árbitro sumamente perspicaz entre poesía y no-poesía. Pero, según Vossler, hay pocos autos que se puedan calificar de "poesía pura".

Vossler se propone también, como Schack y Pfandl, la tarea de demostrar que en el centro del teatro calderoniano están íntimamen-

te ligados el albedrío y la lucha por la libertad íntima, con el predominio de la herencia estoica y cristiana. Parece algo sorprendante la tesis de Vossler de que Calderón sea el creador de la zarzuela y, por tanto, el "Metastasio español". En suma, Vossler trata de hacer resaltar en Calderón lo individual, lo espontáneo, lo que excede del ámbito de las grandes tradiciones nacionales y católicas, aunque está convencido de que Calderón es tal vez el más tradicionalista entre los poetas de su tiempo.

El gran romanista E. R. Curtius se dedica desde hace dos decenios a amplias investigaciones sobre la persistencia de corrientes, ideas, motivos y especialmente tópicos desde la antigüedad a lo largo de la Edad Media latina y románica hasta la época moderna. Los resultados que obtuvo han producido gran sensación en las diferentes disciplinas. Curtius se ocupa de Calderón, sobre todo en un artículo del año 1935 ("Calderón y la pintura") y en la obra capital *Literatura europea y la Edad Media* (1951). Aquí persigue Curtius en toda su evolución y en sus diferentes modalidades el siguiente tópico: Dios, como pintor; el mundo, como obra artística de Dios; la poesía, como alimento divino; y comienza por el estudio de los Padres de la Iglesia; pasa a través de la poética teológica de la Edad Media para terminar en la poética teocéntrica-metafísica y en la poesía y el arte de la época barroca, con la encarnación más grandiosa en Calderón. "Los autos de Calderón—cita Curtius—ilustran en creaciones poéticas la teoría del arte que su tratado sobre la pintura expone en forma didáctica." Y son muchas las veces que Curtius, en el curso de sus trabajos, marca en Calderón el punto final de una larga evolución antigua-cristiana del genio occidental.

Por último, quiero referirme al malogrado hispanista Max Kommerell, quien, después de publicar libros interesantes sobre la función del poeta, la teoría de la tragedia, las obras de Hofmannsthal y Jean Paul, llevó a cabo admirables traducciones de *La vida es sueño* y *La Hija del Aire*, precedidas de un volumen titulado *Algo sobre el arte de Calderón* (1946). Se trata de la única monografía moderna acerca de Calderón en lengua alemana, si prescindimos del libro positivista y simplemente informativo de Max Victor Depta. Kommerell, convencido de la actualidad de Calderón, considera el teatro calderoniano como una totalidad. Partiendo de varios puntos y bajo aspectos diferentes, se esfuerza en penetrar en el centro de la estructura espiritual, de la concepción del mundo y de la vida y, particularmente, de los medios artísticos de Calderón, en un método tan original como prometedor. Voy a mencionar dos ejemplos. En

el capítulo "La cueva", señala el autor las funciones ideológicas y dramáticas de la cueva dentro del teatro calderoniano, completando así de un modo eficaz las exposiciones de Vossler en su libro sobre la soledad. En otro capítulo sostiene la tesis de que la cueva, pero no el sueño, constituye el eje de la composición y del arte de numerosas obras dramáticas de Calderón, haciendo un análisis ingenioso de la comedia y del auto *La vida es sueño,* y del auto *El gran teatro del mundo.* Según el juicio de Kommerell, el genio de Calderón se manifiesta en los autos más puro y perfecto que en las comedias. Las últimas, empero, lo aproximan a nuestro concepto del arte, porque nos mueven a adivinar su significación.

Resumiendo, podríamos decir que en los últimos ciento cincuenta años la crítica calderoniana en Alemania ha pasado por cuatro fases:

1.ª Toma de contacto: fines del siglo XVIII.
2.ª Apoteosis romántica: comienzos del siglo XIX.
3.ª Exploración positivista: siglo XIX.
4.ª Revaloración comprensiva de la época actual.

Lo que distingue a la crítica calderoniana alemana en comparación a la de otros países que presenta fases y características semejantes es, ante todo, su perspectiva filosófica, religiosa y poética, correspondiente al genio germánico, la influencia tanto positiva como negativa que ejerció el calderonismo romántico alemán sobre la crítica calderoniana en Alemania y en la de otros países, y el entusiasmo por los autos sacramentales de la Alemania actual. Podemos constatar una cooperación complementaria en la crisis calderoniana de varios países, cierta comunidad de los calderonistas de hoy, entre los que voy a mencionar sólo a Valbuena Prat en España, y a T. Parker en Inglaterra.

Calderón es, como Lope y Cervantes, no sólo una de las glorias inmortales del mundo hispánico, sino también un lazo de unión espiritual entre todos los pueblos de cultura cristiana. Creo que la crítica calderoniana y el calderonismo en Alemania, en todos sus aspectos y a lo largo de los siglos, constituyen una prueba de interés, comprensión y amor y también una demostración de gratitud por la riqueza inagotable del mundo calderoniano y del genio hispánico.

LOS TOROS DEL PUERTO

POR

FERNANDO QUIÑONES

Concepción, el mozo de estoques, le ajustó las medias, y observó desde el suelo las flexiones que hacía José con los pies. En la punta de una zapatilla aparecía una manchita de polvo. Concepción se la quitó con el puño de la camisa. Le afirmó, una vez más, la zapatilla a la cuna del pie y atravesó el cuarto hacia la cómoda, sobre la que ardían cinco velitas ante un retablo portátil lleno de estampas religiosas. Nadie hablaba ahora. De la calle, anegada en sol, y del vecino y desierto mercado del pueblo en fiestas subía un espeso olor a verduras y agua de pescado. Por entre las macetas del balcón, muy lejos, espejeaba al sol la desembocadura del río, y de la angosta calle principal, a cincuenta metros, llegaba el rumor de la multitud apelotonándose hacia la distante y gran Plaza Real. Iban camperos negros, venidos de los pueblos; lancheros y guardas rurales a caballo, trabajadores y miramares de las playas y de las colinas, empleados y mujeres de la capital, peñas taurinas del sur de la provincia en grandes y destartalados camiones al sol.

—El Poniente—dijo don Santiago.

Del gran pueblo inmediato, y de Sevilla, una fila de automóviles se prolongaba hasta la Plaza, y los muchachos de los bares no dejaban de bullir voceando entre las mesas atestadas, con cafés, cervezas, gaseosas y copas de vino junto al rosa de las gambas y el botella oscuro de las aceitunas.

—Apunta un poquito el Poniente.

El matador volvió la cabeza.

—Sí.

Oía otra vez el motor mínimo de un moscardón azul que venía rondando la cama.

—Esa mosca.

No acababa de hacerse a la idea de que tenía que actuar allí. De que iban a salir para la Plaza dentro de diez, de quince minutos. Cuatro días antes había caído herido El-Más-Grande *en la Plaza de Madrid, y a él le habían propuesto sustituirlo en aquel cartel. Aceptó. Aceptaba siempre. Estaba cansado. Las localidades*

de sol bajaron de treinta y cinco a veinticinco pesetas. "Y soy tan grande como él", pensó otra vez.

Mientras Concepción le alisaba la chaquetilla negro y plata, distrajo una pregunta abúlica, con el pitillo colgando de los labios:

—¿Se ve mucha gente de Sevilla?

—Sí que ha venido—le contestó don Santiago—. Porque calmó el Levante el viernes. Antes vi a los Pontis, a Luisito Alonso y al padre.

José había cumplido aquella mañana treinta y dos años. Pocos y muchos. Se hizo crujir los dedos, distendiéndolos para ejercitar las manos, y se abrochó un botón, suelto en la camisa escarolada. Seguía echado.

—Vi a Luna, José. ¿Le pagó ya a Paneque?—preguntó, sonriendo, Manuel Herráiz.

El matador se acordaba. Era la broma de todos los años, basada en un pequeño lance local que le había hecho gracia siete temporadas antes.

—Ah, no; creo que todavía no le ha pagado...

Brotaba el mismo comentario, y en el idéntico tono obligadamente jocoso.

—Dice que lo va a matar para Nochebuena.

Alguien tocaba con los nudillos en la puerta. Uno de los amigos apartó las piernas para que Concepción pudiera abrir. Era Luis, el mozo de Gitanillo, *otro de los matadores de la corrida.*

—Concepción, trae una estampa para Rafael.

—¿De quién la quiere?

—De la Caridá. Nosotros no trajimos.

Frente al balcón, de fuego tras la persiana verde, la cómoda presentaba un aspecto pavoroso a la luz de las ceras. Concepción anduvo en ella y volvió con una estampa pequeña de apagados colores.

—Está muy vieja.

Luis se tocaba el cabello blanco.

—Así tiene más gloria—dijo.

Al salir Luis, Concepción miró a los ojos del matador desde la puerta.

—Pues te tocó el gacho. Un buen toro.

—Buen toro, pero no me gustan los gachos.

El mozo le cortó serio y seco, moviendo sólo los labios mientras probaba contra el suelo el temple de la espada.

—Otra vez. Acuérdate de lo que le hiciste en Madrid al gacho de Ortega, José. Y al de Alfaro.

—No me gustan—cerró el matador—. O es que me van a gustar ahora porque tú quieras.

Concepción bajó la cabeza y enfundó el estoque en su estuche negro. Vibraba el aire espeso. La puerta volvió a sonar. Un vendedor de pitos y globos hacía chillar su mercancía en la desierta esquina, sobre las piedras junturadas de verde, y por la punta de la playa, desfilando ante los bajos y distantes pinares en paz, el último vaporcito extraordinario de la capital a los toros tomaba lentamente la boca del río. Era como un punto blanco en la distancia caliginosa. En el fondo, al otro lado de la bahía, neblinaban al sol las torres y los miradores de la capital; la catedral, algo más visible. Las aguas de la boca del río estaban en marea llena y cuajadas de muchachos desnudos, que se empujaban hacia el fondo, que eran felices, que no iban a los toros y que se acercaban braceando al vapor y hacían señas desvergonzadas a los pasajeros. Concepción fué a abrir. Entraron tímidamente dos jóvenes, que se quedaron algo pasmados. Uno, más resuelto, avanzó atropellado hacia la cama y tendió su mano al matador.

—Que tenga usted mucha suerte—dijo a media voz—. Que es usted el mejor torero y el de más arte.

—Gracias, hombre.

El muchacho de las gafas, después de haber hablado, parecía un poco avergonzado. Sonreía tontamente, pero con la vista puesta en el torero, llena de fervor y de fidedigna alegría. José conocía bien ese gesto. Era el del buen aficionado joven, del aficionado de gusto y con pocas corridas vistas. "Verdaderamente—pensó—ya estoy harto de oír que soy el mejor torero y el de más arte. Pero es así. Sea lo que sea, estoy cansado." Mirándose en el espejo oval del armario se vió la gran cicatriz del rostro. "He venido sustituyendo a El-Más-Grande. *Y tengo que hacer algo. Como sea. Pero hoy no es mi tarde." Lo sabía, y lo presentían con él los aficionados verdaderos, que le seguían atentamente desde quince años atrás, y para muchos de los cuales él no había dejado de ser él después de la cornada en la cara. Salieron. En el patio del hotel, con bidones y cubas pintados de verde y sembrados de jazmín y enredaderas, lo vieron salir las mujeres del servicio, los conocidos y un mazo de niños y mozas venidos de la calle. Los vecinos llenaban los balcones para verlo. Y la negra centenaria, siempre sola en su hondo cubil próximo, miró y murmuró:*

—Ese es el torero. Ya se van los toreros.

Concepción salía delante, con la capacha de los trastos. Al otro lado del pueblo, la 2.ª Brigada de Camilleros, marcando aburridamente el paso bajo la canícula, tomaba el camino de la Plaza. La calle era un gran mordisco solar tras la cancela, a cuyo fondo se veía el coche azul. Concepción abrió la portezuela y aguardó. Entró primero Haba, el peón de confianza, y después Agustín, el Rubio y el maestro, que se sentó en el centro. Concepción se puso al volante y abrió la llave del contacto. Los cristales del coche se llenaban de inquisitivas caras sudorosas, empujándose por ver. Al doblar el callejón de las Madres Marías, uno de los camilleros se torció un tobillo y rodó aparatosamente por las piedras. El sargento hizo detener la formación.

—¿Qué ha sido?

—Nada, mi sargento. Ya estoy arriba.

Camino de la Plaza nadie habló una palabra. Otras veces lo hacían. Concepción disgustaba un ligero chasquido de lengua por la dificultad de conducir entre el gentío. Era un breve ruidillo tranquilizador, que se acompasaba a veces con el constante sonar del claxon. *Y por la calle de Los Dolores apretaban el paso hacia la Plaza los pasajeros del último vapor extraordinario para los toros, varado ahora en el desembardero de madera; los hombres que estaban bebiendo café o echándose un dominó en la capital y decidieron a última hora ir a la corrida. Al bajarse del coche, entre una doble fila de ansiosos aficionados indigentes sin entrada, los toreros pasaron al anchuroso patio de caballos. Estaba recién regado. José pedía algo. Concepción se empinó en el estribo del coche, tanteó la espuerta, atada en la baca, y le alcanzó una toalla plegada; recibió su montera, y vió cómo el torero se dirigía al pilón del agua y se refrescaba en el caño la cara y la nuca. Apareció don Santiago, detrás de su vientre y con un veguero en la mano.*

—Rafael no ha venido todavía—informó, y tamborileaba nerviosamente los dedos en la cal del muro.

—Pues salían detrás de nosotros—precisó el mozo de estoques—. Deben de estar al llegar.

Por las hondas mangas, sumidas en una húmeda sombra, se veía el gran cuajarón del sol en los tendidos semillenos. El patio de caballos empezó a llenarse de aficionados y curiosos. Se paseaban observando. Lo observaban todo, hasta el aire; quiénes habían de llegar aún; la plata oscura de los picadores; el tiro de mulillas,

cabeceando en un rincón del patio; el reloj con su pálido anuncio de coñac circundándolo y las anchas agujas señalando las cinco menos doce. Cuando José iba a tomar el camino de la capilla, Concepción le retuvo, asiéndole disimuladamente de una manga. Delgado y altísimo en su traje de hilo blanco, venía el empresario de Marruz. José y Concepción avanzaron hacia él. Una joven guapina, bien arreglada, se unió al empresario de Marruz.

—Mira: te voy a presentar... mi hija Juani, y aquí...; bueno, tú no necesitas presentación—celebró—. Ya sabe ella de sobra quién eres. Le gustan los toros. Tanto, que la madre está asustada. "No se me vaya a meter a torera a caballo", dice.

—Pues nada—cumplió José, dirigiéndose a la muchacha—. Cuando hay afición..., ¿no es verdad?

Ella reía con los ojos bajos, negando con la mano al padre, que ya hablaba de otra cosa.

—Tenemos que quedar mañana en algo, Pepe. Yo voy mañana a Sevilla. Sobre las dos estaré en el Sport. A ver si te pones a tono. Tú sabes que uno cuenta contigo para lo que sea. Pero no me digas lo que me dijiste el otro día, porque entonces no hacemos nada. En Marruz la gente no se gasta el dinero en un mes de septiembre. Y la corrida se va a dar. Y, además, en honor de los marinos italianos que llegan el jueves, día once.

—Bueno, mañana hablamos. Ya sabe lo que le dije a usted. Sesenta.

—No seas tonto...

Sí, torearía. El toreaba lo que fuera, como había hecho siempre, con tal que no le pagasen demasiado poco. Fué a la capilla, naufragada en un lánguido ambiente. Sonaba una avispa en un cristal, y no sólo el sol, sino también la vida entera, entraban atropellándose por la única ventana abierta, proyectando una áurea dimensión de luz y ecos de voces en el aire medroso del recinto. Cuando empezaba a rezar, oyó crujir la puerta. Eran Gitanillo *y los suyos.* Gitanillo, *un hombre de cuarenta y cinco años, se hincó a su lado. Al salir, fué a hablarle.*

—Dime, Rafael.

—No; que hay bastante gente—comentó el gitano—, pero la Plaza no está llena ni con mucho. También es que es mucha Plaza.

—Sí—asintió José.

Sabía que si hubiera actuado El-Más-Grande *no quedaría una localidad sin vender.* Gitanillo *había toreado con él en la tarde de*

la cogida de Madrid. Era su amigo, el hombre que más veía y al que más ayudaba El-Más-Grande.

—¿Cómo fué aquello, Rafael?

—Fué nada, que le hizo así tres veces, a sabiendas de que levantaba la cabeza, y a la cuarta le echó mano el toro. No llegó ni a caerse. Yo creo que ni lo achuchó siquiera, bendito sea Dios. Pero él siguió por allí, le dejó la espada arriba y le cortó esas dos orejas, con la pierna así de sangre.

José movió la cabeza. "La verdad—pensó—es que él lo da todo todos los días, y yo no puedo. Eso es lo que pasa."

En un asiento alto de la andanada 5, un viejo campesino levantó los ojos al cielo. Avivadas por una súbita ráfaga del Poniente, chispearon las puntas del tabaco. Los mozos de plaza abrían ya la talanquera de toreros.

—¡Mira qué nube!—dijo el viejo, sin mirarlo, al policía armado sentado junto a él—. Una nube igual, redonda y negrita como esa chica de allí, la vi yo la noche mala de Casas Viejas. Es una nube que no es buena para el campo ni para nadie.

En el último minuto llegó Ruiz, el más joven. El día anterior había trabajado en San Sebastián, al otro lado del país. Saludó a los compañeros con su sonrisa y su acento madrileños y se colocó en el centro. José pidió un cigarrillo.

—Pero, hombre, van a tocar ya mismo—advirtió el Rubio.

—Trae.

Le vacilaron los dedos un momento. Se sabía pálido. Dió dos chupadas hondas, apretándose el oro del capote y llevando una mano a los ojos para ver la multitud en las gradas. En el momento de tirar el cigarrillo, por la tercera chupada, los trompeteros del palco mayor, sacando el pecho y empinándose como gallos, agudizaron la tarde largamente, y los mozos del último camión de un pueblo, que se acercaba a la Plaza renqueando, levantaron una gritería contra el conductor. El hombre asomó la cabeza por las gastadas maderas de la ventanilla. Se oía, desde la carlinga, el confuso y distante hervor de la Plaza, traído por el viento. La calmosa voz del conductor olía a vino templado.

—Que llegáis a la hora, c... Y que si no llegáis, la avería ha sido por ustedes, con el echarse abajo y con la guasa.

Las cuadrillas atravesaron el ruedo de las cinco, con los tres matadores al frente; Ruiz, algo más rezagado. Ruiz no tenía problema. La tarde era suya. Andaba en plenas fortunas de principio de carrera. No era buen torero.

José, junto a las barreras, quitándose el capote de paseo, sintió que le llamaban. Era Marité Arlanda. Había bailado con ella tres noches atrás, en Sevilla. Plegó el capote a su manera, sujetando la esclavina con la barbilla, y bajó la vista. Haba estaba junto a él. Le estorbaba el codo de Haba, rozándole ligeramente la cintura. Le estorbaba hasta su propia sombra. Cuando levantó los ojos, Gitanillo *estaba ya toreando de capa al primer toro. José tuvo que fijarse. Era un noble animal, y el atezado y viejo torero lo iba deteniendo en el sol, aletargándole el capote en la cara. Luego se expuso dos veces de verdad. "Nadie sabe lo que está viendo", pensó José. Al entrar en quites, Rafael toreó otra vez conociendo y sintiendo lo que hacía.*

—De Profundis eso—masculló con los ojos brillantes, pero en voz baja, Manuel Herráiz.

Gitanillo *remató la suerte de verónicas quedándose con el capote en una mano y restallándolo de un tirón en el aire, atento al toro. José entraba ahora en turno. Estaba junto al toro, que pestañeaba metiendo la cabeza bajo el peto protector del caballo. No le tocó, y la gente silbó fuerte.*

—¡Ya empiezas!—vió que le manoteaba, puesto en pie desde su asiento de barrera, un hombre joven, de bigote bien cortado.

Ya empezaba. Ya terminaba. No empezaría nunca. Volviéndose y sonriendo sin deseo, entre barreras otra vez, le pidió un pitillo a Marité Arlanda. Sentía en los labios y por el paladar una gran sequedad. Y una paralizante contracción ventral. Las conocía muy bien.

—Los nervios—dijo entre dientes—. Los malditos nervios, con quince años de matador de toros.

Los banderilleros lo hicieron de prisa, y José se hizo a un lado para que Luis sirviera cómodamente la muleta y el estoque a Gitanillo.

—Estoy deseando salir—le dijo Gitanillo, *al ceñir los dobleces de la muleta.*

Y José le envidió con todas sus fuerzas porque estaba ya hundido en su trabajo, y a él le tocaba esperar y consumirse. La faena del primer espada fué rápida y seca, toda ungida de razón y antigüedad. Toreó dos veces al natural, cerrando la primera tanda con un moroso pase alto, encampanando al toro, y la segunda, más breve y distanciada, con uno de molinete, escandalosamente instantáneo y gallardo. Le aplaudieron y entró a matar siete veces, entre una confusión de peones. Por fin, se echó el toro, y las palmas

de los satisfechos se unieron a los pitos de quienes se habían fijado más en la forma con que el torero había entrado a matar. Los aplausos se imponían, y Gitanillo paseó en círculo ante los tendidos, levantando la espléndida cabeza negra.

—¡Uaaaeeee...!

Salía ya el gacho, primero de José. Este estaba más tranquilo ahora. Haba, junto a él, se golpeaba el pecho con un dedo crispado, fijos los ojos en los cortantes movimientos del animal. Los cuernos gachos, completamente caídos y cerrados hacia adentro, prestaban un aire extraño e inquietante al testuz del toro.

—Anda, Antonio—dijo José.

Y se apretó contra las tablas del burladero. De pronto se sentía muy mal. Se le ocurrió algo absurdo. Se maldijo por pensarlo. "No soy más que un pobre torero solo en el mundo." Después se quedó algo mejor, mientras el miedo se le solidificaba en los antebrazos y en los riñones como un metal tibio.

Haba probó al toro, extendiendo mucho el capote, y José salió en carrerilla del burladero, igual que en las viejas tardes. La sombra cubría ya un tercio de la arena. Un vendedor de gaseosas cayó y rompió su caja de botellas en un tendido de sol. El líquido dulzón corrió por la piedra reseca y las telas caldeadas. Alguna mujer se levantó, murmurando.

—No parece mal toro, pero tiene algo raro—sentenció el crítico del Diario de Marruz, desde sus precarios mofletes y apuntes—. O son esos pitones tan especiales. Tiene algo.

José tensaba el capote, oprimiéndolo contra el pecho, y esperó. El gacho tardaba ahora en arrancarse. José se retiró unos pasos y agitó ligeramente el capote, manteniendo las manos a la altura de los hombros, bien separadas. Las pezuñas sonaban en la arena amarilla. En el último momento, el matador se hizo atrás. "No puedo", pensó. A un metro de las barreras vió cómo bregaban con el toro Haba y Agustín, y oyó los pitos que la gente le dedicaba. Como siempre, lo esperaban todo y no esperaban nada de él. Se le acercaba Gitanillo.

—Tranquilo, José.

Pero él sabía que haría algo, que tenía que hacerlo, que lo haría de hecho. Sería hermoso, pero muy poco, y la gente acabaría silbándole. Estaba acostumbrado. Una costura de la media le oprimía un poco el talón del pie izquierdo. "Estoy más blanco que el papel. Pero he de hacerlo. Los engañaré a todos." Miró al cielo un momento. Junto al tejadillo del reloj, tan pequeña y redonda

como el reloj, una nube oscura aparecía en el cielo dorado. El toro estaba ahora apartándose del caballo, en la primera vara, y un excitado clamoreo conmovía a la Plaza. José se sintió morir, e inmediatamente se sintió casi bien. Adelantó unos pasos, mostrando el capote, y escuchó las pezuñas del gacho viniéndosele. Pensaba en su perro y también en los niños bañistas. Pensó en su cama mientras oía las pezuñas del toro. Jugando las manos solamente, bajó un poco el erecto capote. Ahora no oía nada, ni el hervor de los graderíos. Pensaba en El-Más-Grande *y en la admiración y el respeto profesional que* El-Más-Grande *le tenía. El gacho galopaba otra vez hacia él. Con los pies juntos, los labios prietos en la cabeza erguida, atrasó las manos en un movimiento casi imperceptible. Como a través de todos los años venidos y por venir, de todos los pozos y los muros de la tierra, de todas las distancias y las sustancias, sentía el grito de la multitud coreándole. El toro le miró muy de cerca y cargó otra vez revolviéndose, mientras la bahía respiraba como un enorme pulmón azul. José tiró una sola mano a la cintura, en un conciso y delicado ademán.* El-Más-Grande *no podía hacerlo así. Revoleó por alto el capote y, sin dejar el lance, abatió una mano lánguida y dejó al toro en la misma orilla de la lenta ola roja, junto al caballo, exactamente al ojeo y alcance de la vara del picador. Luego giró sobre un talón, pensando que había cumplido aquel día treinta y dos años, y que la vida de los perros no suele exceder de quince.*

Fernando Quiñones.
Santa Engracia, 107.
MADRID.

LOS LIMITES DEL MODERNISMO Y LA GENERACION DEL NOVENTA Y OCHO (*)

POR

RAFAEL FERRERES

A Gonzalo Fernández de la Mora.

En 1938 publicó Pedro Salinas su interesante ensayo *El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus* (1), en el que pretende y quiere separar en dos escuelas, en dos denominaciones diferentes (modernismo y 98), a los escritores que hoy, gracias a su esfuerzo y al de los que le han seguido, pasan por tales.

Su "tesis no es que España rechazara el modernismo de buenas a primeras. El modernismo fué aceptado y cultivado durante varios años, y entonces es cuando nace la confusión que tratamos de deshacer" (2). Más que *confusión*, como dice el admirado poeta, sería mejor indicar *fusión* entre estas dos actitudes literarias y vitales bastante afines, como veremos. Con este afán que hay de clasificar todo lo material y humano, había que poner etiqueta preceptiva, había que reunir gregariamente a los escritores más diferenciados entre sí de toda la historia de la literatura española. Este loable deseo inicial de Salinas de poner un poco de orden, de clasificar espiritual y estilísticamente a estos prosistas y poetas le llevó, exageradamente, a trazar una frontera, una línea divisoria más precisa, entre una y otra escuela, que la que separa a España de Francia, como si en estas cosas espirituales, siempre fluc-

(*) La tesis de este artículo fué leída como ponencia en las jornadas literarias organizadas por el Instituto de Cultura Hispánica en La Coruña, en 1954. Dada, como conferencia, en el Instituto de España en Londres, en 1955.

(1) Incluído en su libro *Literatura española del siglo XX*, 2.ª ed. Méjico, 1949.

(2) Escribe Salinas en el citado ensayo: "Rubén Darío, en varios pasajes de sus obras, se jacta, no sin razón, de su influencia en el nuevo rumbo que tomaron las letras españolas. En efecto, ¿por qué no habían de aceptar los hombres del noventa y ocho el nuevo idioma poético, el modernismo, como lenguaje oficial de la nueva generación? Al fin y al cabo, convenía con su íntimo norte, tenía algo de revolucionario y de renovador, era lo mismo que ellos querían hacer, sólo que en un horizonte mucho más amplio: una revolución renovadora."

tuantes, siempre inquietas y tornadizas, cupiera la inmovilidad del mojón. Si Salinas no hubiera pasado por alto algunos ejemplos de gran valor, que se contraponen a los esgrimidos por él, encontraríamos mayor cautela en sus afirmaciones.

Don Pedro Laín Entralgo, en su conocido y celebrado libro *La generación del noventa y ocho* (Madrid, 1945), también sigue el criterio diferenciador de Salinas, pero con discrepancias respecto a quienes integran uno y otro bando literario.

Guillermo Díaz-Plaja todavía va más lejos que sus predecesores en su voluminosa e interesante obra *Modernismo frente a noventa y ocho* (Madrid, 1951). Para él son dos escuelas antagónicas, en la que una, el noventa y ocho, representa lo masculino, y la otra, el modernismo, lo femenino. Distinción poco afortunada e impropia por muchos distingos psicoanalistas que se le pongan. Esta clasificación (como la que dió otro señor, éste al margen de la literatura, de que Renacimiento es lo femenino y Barroco lo masculino), que pronto ha arraigado entre los diletantes, no hace más que crear confusión y se sale de la crítica puramente literaria. ¡Santo Dios, si el difunto Valle-Inclán se supiese inmerso en una escuela de rasgos femeninos! Si se precisa calificar sexualmente, que no veo la necesidad, un movimiento literario como éste, ¿por qué no dentro de lo viril buscar los matices que le convengan?

Dámaso Alonso, en su sagaz trabajo *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado* (3), plantea el problema desde un punto de vista distinto:

> Hace ya muchos años que hice un intento para aclarar ese concepto de poesía del 98. Unas veces se habla de "generación del 98" y otras de "modernismo". Para poner un poco de diafanidad en la distinción de ambas ideas hay que apoyarse en estribos estrictamente lógicos: modernismo y generación del 98 son conceptos heterogéneos; no pueden compararse ni tampoco coyundarse en uno más general, común a los dos. Modernismo es, ante todo, una técnica; la posición del 98—digámoslo en alemán, para más claridad—, una *Weltanschuung*. Aquí descansa la diferenciación esencial. No deja de tener interés tampoco que el modernismo sea hecho hispánico, y la actitud del 98, exclusivamente española; que el modernismo sea un fenómeno poético—que, como veíamos en Valle-Inclán, puede colorear la prosa—y la posición del 98 se encuentre preferentemente en prosistas (pero, como vamos a ver, puede darse también en poetas). Quiere esto decir que "modernismo" y "actitud del 98" son conceptos incomparables; no pueden entrar dentro de una misma línea de clasificación, no se excluyen mutuamente. Dicho de

---

(3) Recogido en su libro *Poetas españoles contemporáneos.* Madrid, 1952.

otro modo: se puede mezclar o combinar en un mismo poeta o en un mismo poema. A una primera luz, los hombres de hacia 1900 nos habrían parecido claramente escindidos entre una generación de poetas (modernistas) y una de prosistas (los del 98). Pero ahora ya no podemos verlo así: resulta que de los poetas de—aproximadamente—la generación de Machado sólo hay uno quizá (Juan Ramón Jiménez) en quien no se transparente tanto la coloración del 98; de los demás, Unamuno y Antonio Machado la tienen, de modo reconocido por todos, y también Manuel, como vamos a ver ahora. En especial, en los dos hermanos Machado se mezcla la técnica inicialmente modernista con la visión del mundo noventayochesco (4).

Veamos, ahora, quiénes integran los grupos modernistas y del 98. Salinas teoriza en su ensayo citado y sólo cita unos pocos nombres, los más representativos: Rubén Darío, Manuel Machado y un sí es no es, o un modernista a su manera, Juan Ramón Jiménez. El otro grupo, el del 98, lo forman Unamuno, *Azorín*, Baroja y Antonio Machado.

Pedro Laín detalla los que pertenecen al 98: "Unamuno, Ganivet, *Azorín*, Baroja, Antonio Machado, Valle-Inclán, Maeztu, Benavente, Manuel Bueno" (5).

Díaz-Plaja discrepa de Laín en la inclusión que hace de Valle-Inclán como del 98 (6). Y añade: "Alejado de la realidad circundante, en aras de un puro deleite estético, Manuel Machado marca así perfectamente su posición, tan modernista como antinoventaiochista" (7).

Dámaso Alonso, en su artículo citado, escribe: "Todos ellos [Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado] han nacido del modernismo, para dejar pronto de ser poetas modernistas" (8).

Y, por último, para no citar más críticos y cerrar esta clasificación con una autoridad extranjera que ha trabajado sobre este tema, Hans Jeschke (9) da buenas razones para considerar del 98

---

(4) Página 90. Son interesantes las notas que acompañan a este trozo transcrito.

(5) Pedro Laín hace algunas salvedades: "Otro grupo de escritores más próximos a la condición de "literatos puros" y más influídos por el modernismo: Valle-Inclán, Benavente, Manuel Bueno. No lejano de ellos en la actitud, sí en la valía, Francisco Villaespesa." Pág. 69.

(6) *Ob. cit.*, pág. 151.

(7) *Ob. cit.*, pág. 154.

(8) *Ob. cit.*, pág. 67.

(9) *La generación de 1898.* Traducción de I. Pino Saavedra, revisada por el autor. Prólogo de Gonzalo Fernández de la Mora. Madrid, 1954. Pág. 86.

"sólo el dramaturgo Benavente, los prosistas Valle-Inclán, Baroja, *Azorín* y el poeta lírico Antonio Machado" (10).

Conviene analizar, aunque sea someramente, qué es en opinión de Salinas (y de los que le siguen) lo que separa principalmente el modernismo del 98.

PREOCUPACIÓN DEL PAISAJE: CASTILLA Y PARÍS

Para la mayoría de los críticos que han tocado este aspecto en los escritores que nos ocupan, Castilla es sinónimo de hondura, de fina frugalidad, de melancolía. París, cocotas, frivolidad, cafés y alcohol. Detengámonos un poco en este punto porque aclara la fusión que existe entre modernistas y noventaiochistas. Si pacientemente leemos y releemos (porque las lecturas antiguas se olvidan) los libros de estos escritores, veremos qué poca base tiene esa disyuntiva de Castilla o París. Es más: todavía hay otro paisaje que sienten con intensidad mayor, o por lo menos con mucho más afecto: el paisaje natal de cada uno de estos escritores provincianos. Ciertamente, si cotejamos textos no es frecuentemente Castilla la que sale mejor librada, y aún para ella son los adjetivos negativos (11).

Para ejemplificar lo dicho tomemos a Baroja, *Azorín* y Antonio Machado como representantes indiscutibles del 98. A Rubén Darío y a su más preclaro discípulo, Manuel Machado, como figuras del modernismo. Algunas veces traeremos los nombres de otros escritores de este momento.

Para todos, sin excepción, París es una meta, un anhelo. Todos llegan a vivir y a saborear París. Les apasiona la ciudad y lo que ella representa. *Azorín*, aparte de los innumerables artículos que le dedica, escribe varios libros, tales como *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)* [1917], *París, bombardeado* (1919), *Racine y Molière* (1924), *Españoles en París* (1939), *París* (1945), etcé-

---

(10) Otras opiniones sobre los que integran la generación del 98: Baroja *(Divagaciones apasionadas)*, *Azorín (Clásicos y modernos)*, Gregorio Marañón *(Ensayo sobre el academicismo de don Pío Baroja*, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, abril 1935), P. Miguel Oromí *(El pensamiento filosófico de Unamuno*, Madrid, 1943, pág. 52). Véase la larga bibliografía que se incluye en el libro de Hans Jeschke.

(11) Antonio Machado: *A orillas del Duero* (XCVIII), *Orillas del Duero* (CII), *Campos de Soria* (CXIII), *Desde mi rincón* (CXIII), etc.

Azorín: El mar, en su libro *Castilla*. Compárense *Una ciudad levantina* y *Una ciudad castellana*, capítulos del libro *España*.

Baroja: *Camino de perfección*.

tera. Mucho ha escrito *Azorín* sobre Castilla, mucho la siente y quiere; pero siempre que hay en sus obras la comparación con su tierra, es su región la que sale ganando. En las *Páginas escogidas* (1917) comienza con una cita francesa de Balzac, y el primer trabajo que figura es *Levante;* el segundo, *La Mancha;* el tercero, *Carros.* Basta leer estos tres trozos seleccionados por él mismo, comprobar los adjetivos que emplea y el optimismo melancólico y la tristeza que exhalan, para cerciorarse de lo dicho.

Don Pío Baroja, "gran conocedor de todos los rincones de París", describe su fiel acompañante en aquella ciudad, Miguel Pérez Ferrero, tiene dos novelas situadas en la capital de Francia: *Las tragedias grotescas* y *Los últimos románticos.* Para su aspecto regional, suya es esta frase: "Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el país vasco el mejor rincón de España..." El número de sus novelas vascas es tan considerable que no es necesario citarlas.

Don Antonio Machado, como su hermano Manuel, han sentido también la llamada de París. Allí marchan, allí trabajan como traductores en la editorial Garnier (12). Antonio no tiene la preocupación de París en sus poesías, sí de los parques franceses (13). Ahora bien: la literatura francesa le cala hondo, como luego veremos. A don Antonio se le presenta como el poeta más vinculado a Castilla de toda la generación. Se le llama el poeta de Castilla. Pero esto es confinarle a límites muy estrechos. El canta—¡y de qué prodigiosa manera!—a España en su integridad, y luego, a su paso por las distintas regiones españolas, va dejando, en bellos y sentidos poemas, la emoción de los paisajes que le conmovieron. En primer lugar, su entrañable andalucismo, su amor y crítica castellanas, su encendido elogio a Santiago de Compostela, sus sentidos y hermosos poemas a Valencia y a su campo, por cierto no incluídos en las últimas ediciones de sus poesías completas. Y aún ese recurso poético, tan suyo, de recordar o soñar las ciudades y campos cuando no los vea, también lo aplica a los que no son castellanos.

Y ahora hagamos lo inverso: Castilla en los modernistas.

Para cualquier lector de Rubén Darío (14) y de Manuel Machado no hacen falta citas. Cuando Rubén escribió "mi novia es

---

(12) Miguel Pérez Ferrero: *Vida de Antonio Machado y Manuel.* Madrid, 1947.

(13) Rafael Ferreres: *Sobre la interpretación de un poema de Antonio Machado,* en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. Madrid, 1954, núm. 55.

(14) Véase Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío.* Buenos Aires, 1948.

España y mi querida París", no era una frivolidad lo que decía. Con esto sentaba la definición de su poesía. En sus comienzos literarios es España la que le llena. Son escritores españoles los que influyen en él. Más tarde, en Francia, sigue a los poetas franceses que exaltan a España: Verlaine, Víctor Hugo, Barbey d'Aurevilly, Gautier... Rubén Darío siente la belleza del paisaje castellano, andaluz y mallorquín. Es cierto que a veces percibimos en ellos una influencia francesa, como el poema *Las cosas del Cid*, por ejemplo. O el entusiasmo por Góngora (a través de Verlaine) y tal vez por el *Greco*. Pero también se entusiasmó—¡y de qué consciente y patriótica manera!—por España y por sus hombres (15), entre ellos por los primitivos poetas, cuya admiración no le venía de Francia (16). No sólo encontramos España, desde un punto de vista estético, en sus páginas líricas, sino también apunta y comenta, en sus artículos, los problemas políticos españoles (17).

En *Caprichos* (1905), de Manuel Machado, su segundo libro, aparecen temas de lo más puro que pueda dar la poesía de exaltación castellana, a pesar de su filiación modernista. Allí están el severo retrato de Alvar Fáñez, la glosa sobre Gonzalo de Berceo, la plástica visión de la hija del ventero de *El Quijote*, la acotación del *Madrid viejo* (18), *Un hidalgo*. Y sólo en el espacio de dos años, en que se publican *Alma*, *Museo*, *Los cantares* (1907), lo castellano se amplía e intensifica (*Castilla*, *Felipe IV*, *Aquí, en España*, etcétera), se hace más constante, sin abandonar por eso, en absoluto, la técnica modernista.

---

(15) Léase el citado libro de Salinas.

(16) "Recordemos que Rubén es el renovador de los arcaicos *dezires*, *layes y canciones* y el campeón de los primitivos castellanos, como Berceo e Hita, en oposición con el Siglo de Oro..." Ramiro de Maeztu: *El clasicismo y el romanticismo de Rubén Darío*, en *Nosotros*. Buenos Aires. Enero, 1922.

Hay que añadir que Rubén elogió a escritores del Siglo de Oro, como Cervantes y Góngora.

(17) Recuérdense sus artículos *El triunfo de Calibán* y *El crepúsculo de España* sobre el desastre del 98.

(18) En un hotel de la rue de Vaugirard escribió *Alma* (1902), "que contenía, en embrión, toda mi obra poética. Todo lo escrito después en poesía no ha hecho sino aumentar las páginas de aquel libro de mis veinte años... ¡Cómo lo he vivido!"

Es posiblemente Manuel Machado el primero que hace una poesía ciudadana tomando como tema Madrid. Dámaso Alonso, en su primer librito de versos: *Poemas puros, poemillas de la ciudad* (1921), también canta el Madrid popular (no populachero), anticipándose al que luego pintará Eduardo Vicente. Este Madrid de arrabal de Dámaso Alonso se convierte en meditación alucinante en *Hijos de la ira*. El Madrid de los suburbios es el que motiva el libro *Canciones sobre el asfalto*, de Rafael Morales, 1954. Este Madrid poco tiene que ver con el de un Emilio Carrere, en el verso, o un Pedro de Répide, en la prosa.

LA INFLUENCIA DE LOS ESCRITORES FRANCESES: VERLAINE Y RUBÉN DARÍO

Tanto los modernistas como los del 98, si exceptuamos a Unamuno, Benavente, Juan Ramón Jiménez y Maeztu, el único idioma que conocen bien es el francés (19). Y el estudio de esta lengua se produjo por el interés que despertaba Francia y sus escritores en ellos.

Azorín traduce del francés *La intrusa* (1896), de Maeterlinck; *De la patria* (1896), de A. Hamón; *Las prisiones*, de Kropotkin. Antonio Machado da más preferencia a la literatura francesa que a la española. En 1906 obtiene, por oposición, la cátedra de Francés del Instituto de Soria. Traduce, en colaboración con su hermano Manuel y Villaespesa, *Hernani*, de Víctor Hugo. Trabaja como traductor en la editorial Garnier, de París. A Manuel Machado se debe una excelente traducción, en prosa rimada, de Verlaine *(Fiestas galantes)*. "Magistral traducción, hecha por amor filial por un verlainiano verdadero", escribe Gómez Carrillo en el prólogo (20).

Pero interesa detallar un poco qué escritores siguen, admiran y dejan más honda huella en los hombres del 98, puesto que son los franceses, según declaración propia, los que más influyen: mucho más que los de cualquier otro país.

Según don Pío Baroja, en *Divagaciones apasionadas* (1924), "Benavente se inspiraba en Skakespeare, en Musset y en los dramaturgos franceses de su tiempo; Valle-Inclán en Barbey d'Aurevilly, D'Annunzio y el caballero Casanova; Unamuno, en Carlyle y Kierkegaard; Maeztu, en Nietzsche y luego en los sociólogos ingleses; *Azorín*, en Taine, Flaubert, y después en Francis Jammes. "Yo dividía mis entusiasmos entre Dickens y Dostoyevski..." Hablando de sí mismo, escribe Baroja, en *Familia, infancia, juventud,*

---

(19) Antonio Machado conocía el inglés, pero sólo para leerlo (mejor sería decir para traducirlo). En una de las visitas que le hice a Rocafort, en 1937, me dijo que nunca estaba seguro de cuándo se diptongaban las vocales inglesas. En su *Juan de Mairena* hay abundantes citas en inglés, y en este mismo libro dice: "Porque no hay más lengua viva que la lengua en que se vive y se piensa, y ésta no puede ser más que una—sea o no la materna—, debemos contentarnos con el conocimiento externo, gramatical y literario de las demás. No hay que empeñarse en que nuestros niños hablen más lengua que la castellana, que es la lengua imperial de la patria. El francés, el inglés, el alemán, el italiano deben estudiarse como el latín y el griego, sin ánimo de *conversarlos*." (Madrid, 1936, pág. 192.)

(20) Madrid, 1910. Hay varias ediciones. Machado considera a Verlaine su "maestro". Véase el prólogo de Gómez Carrillo.

cómo a través de los años se apasiona por Julio Verne, Dumas, Eugenio Sue, Balzac, Jorge Sand, Baudelaire, Stendhal.

A su vez, *Azorín*, en *Clásicos y modernos*, añade a Baroja la influencia de Poe y de Teófilo Gautier. Sobre los demás escritores de su tiempo, está casi de acuerdo con lo expresado por don Pío.

Sobre el afrancesamiento de *Azorín*, sobre su considerable empleo de galicismos, existe el extenso estudio que le dedicó don Julio Casares en *Crítica profana*, en donde hay párrafos como éste: "La admiración desmedida por los escritores franceses, especialmente por Flaubert, le lleva a reservar más de dos páginas, de las ocho escasas que dedica a *Fray Candil*, para empedrarlas de citas en francés."

Un precedente que debió de tener muy en cuenta *Azorín*, en su curiosidad por viajar por España y describirla, fué Teófilo Gautier en su *Voyage en Espagne*. Leyendo las páginas que el portentoso Menéndez Pelayo dedica a Gautier en la *Historia de las ideas estéticas en España*, y que *Azorín* conocía perfectamente, nos damos cuenta de cuánto debe el escritor español al francés. *Azorín* sigue a Gautier en su técnica descriptiva, se aparta de él en el sentimiento, en la apreciación íntima del paisaje y en la comprensión de los hombres. Después de Gautier había llegado un nuevo concepto intimista de la poesía, y *Azorín*, genialmente, supo conjugar, armonizar estas dos tendencias y producir una estética nueva o que, debido a su enorme personalidad, nos lo parece (21).

---

(21) *Azorín: Teófilo Gautier*, en su libro *Lecturas españolas*.

He aquí algunos de los conceptos de Menéndez Pelayo sobre Gautier: "Toda mi fuerza consiste—decía él—en que soy un hombre para el que existe el universo visible." No es el *homo additus naturae;* es la naturaleza pasivamente reflejada, sin que el espíritu intervenga para modificarla, como no sea en el sentido de una mayor intensidad y concentración de luz. La lengua que usa y que en gran parte él creó, ya renovando arcaísmos, ya introduciendo felizmente voces técnicas confinadas antes al vocabulario de los arqueólogos y de los artistas, es opulentísima de términos concretos más aún que la lengua del mismo Víctor Hugo, y remozada como ella en las fuentes abundantísimas de la lengua del siglo XVI y aun en los excéntricos y desdeñados autores del tiempo de Luis XIII. Nada de perífrasis ni de locuciones abstractas; todo tiene aquí su nombre propio, *reconquistado contra Malherbe*, como decía el mismo Gautier, que también se jactaba de "haberse lanzado a la conquista de adjetivos, desenterrando muchos encantadores y admirables que ya no podrán caer en desuso" ... "Pero lo perfecto, lo excelente y característico de la *manera*. poética de Teófilo Gautier (y de pocos puede decirse con tanta exactitud que en vez de estilo han tenido una manera) ha de buscarse en los *Emaux et Camées* y en aquella bellísima sección de sus poesías que lleva por título *España* (1845), y contiene impresiones de naturaleza y de arte iguales o superiores a las mejores páginas de su *Viaje*. En la enérgica precisión de estas breves piezas, inspiradas por el abrupto paisaje de nuestras sierras o por algún lienzo de Zurbarán, Ribera o Valdés Leal, se ve que el sol de España había herido a Th. Gautier de plano, y que él, mucho más que Víctor Hugo, había encontrado aquí—como dice Sainte-Beuve—"su verdadero clima y su

Guillermo Díaz-Plaja considera a Góngora como piedra de toque para diferenciar, según la apreciación que muestran por el poeta cordobés, a los modernistas y a los del 98 (22). Si hablamos en plata, a Góngora se le entendió y valorizó a partir de la biografía de don Miguel Artigas (1925) y gracias a los trabajos fundamentales de Alfonso Reyes y, sobre todos, de Dámaso Alonso. Si estos hombres no llegan a estudiar seriamente a don Luis, seguiríamos, supongo, repitiendo, poco más o menos, como hacemos con tantos otros escritores, la opinión de Menéndez Pelayo, nada favorable al autor de las *Soledades.*

Lo que sí puede servir de piedra de toque, y no precisamente de dispersión, sino de unión, es el culto sentido, paladinamente confesado por unos y por otros, exceptuando en parte a Unamuno, por el genial Paul Verlaine y por su consecuencia en la literatura española: Rubén Darío.

El caudillo de la generación del 98, aunque Salinas ofrece casi un fantasma por la falta de realidad corporal, no se encuentra.

---

verdadera patria". Es, en efecto, colorista por excelencia, como los grandes artistas españoles, con quienes tiene manifiestas analogías de temperamento. Su *Viaje a España,* que en Francia está considerado como obra maestra, y que entre nosotros, por una preocupación absurda, suele citarse como modelo de disparates, sólo comparable con el de Alejandro Dumas, no es en verdad ningún documento histórico ni arqueológico; pero en lo que toca a la interpretación poética del paisaje, difícilmente será superado nunca, porque la geografía física de la Península no está contada allí, sino *vista,* con visión absorta, desinteresada y esplendente. Otro tanto hay que decir en mayor o menor grado de todos los viajes de Gautier: el de Venecia, el de Rusia, el de Constantinopla. Es la parte de sus obras que se lee más y se discute menos. Como pintor de naturaleza física, completó con más impersonalidad y con menos aparato la obra de Chateaubriand, *sometiéndose absolutamente al objeto,* aprendiendo los nombres de todas las cosas y enterrando para siempre la fraseología sentimental que mezclaban en sus descripciones Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre. En Gautier no hay huella de declamación, y si alguna retórica tiene, es retórica de pintor y no de orador ni de moralista. Nunca describe por insinuación ni por equivalentes, sino abrazándose con la realidad cuerpo a cuerpo." Ed. Nacional, tomo V, págs. 451 y sigs.

Por su parte sobre este aspecto de *Azorín* dice Werner Mulertt en el libro que le dedicó: "Es el mismo *Azorín* que ya conocemos, el agudo, crítico observador, el que procura seguir la técnica de los Goncourt y tan sólo pintar lo que sus ojos ven y lo que sus oídos oyen." *Azorín,* Madrid, 1930, pág. 138.

(22) *Ob. cit.*

En realidad, Góngora sólo fué admirado por Rubén Darío. El que no se note gran influencia o la huella asimilada del autor del *Polifemo* en Rubén, nada quiere decir en contra de su patentizada admiración. Nadie conoce a Góngora mejor que Dámaso Alonso, y entre los poetas contemporáneos es el propio Dámaso Alonso el que menos se parece a Góngora: ningún contacto hay ni en estilo ni en el fondo.

Dámaso Alonso, en su trabajo *Góngora y la literatura contemporánea (Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* Santander, 1932) no da ninguna cita de Antonio Machado sobre Góngora. En las pocas veces que don Antonio le nombra *(Juan de Mairena,* pág. 174; *Poesías completas,* pág. 373), se muestra disgustado con don Luis y lo que él representaba.

Los modernistas lo tienen en Rubén Darío. ¿No será que Rubén lo sea también de los del 98? Si leemos despacio y meditamos sobre la manera de ser de Unamuno, su sincero y honesto *mea culpa* en su conocido artículo "¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!", nos inclinamos a sospecharlo:

> Nadie como él [Rubén] nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fué como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fué un nuevo horizonte; pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fué como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y, para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera a los demás.

Y un poco después sigue don Miguel con gran nobleza:

> ¿Por qué, en vida tuya, amigo, me callé tanto? ¡Qué sé yo!... ¡Qué sé yo!... Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu.

Azorín, en Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros (1945, pero escrito en 1905), se manifiesta un admirador ferviente de Rubén, y proclama, sin ambages, lo que Darío hizo por la renovación de la literatura española. Rechaza que la influencia de Rubén s reduzca a un cambio retórico. Es muchísimo más que eso. renueva la se sibilidad, la manera de contemplar y apreciar las cosas. E un cambio psicológico: "Así como antes gravitaba el punto de vista estetico sobre lo externo, ahora gravita sobre la intimidad." Y esto. podemos añadir nosotros, ¿no es, en definitiva, la gran aportación lírica de los prosistas y poetas de comienzos de este siglo?

Los encendidísimos elogios de Manuel y Antonio Machado, a la muerte de Rubén, demuestran qué vínculos tan filiales les unían con su maestro, tan devotamente reconocidos. El caso de Manuel es tan manifiesto que no es preciso insistir. Sí en lo referente a su hermano.

Algunos críticos, basándose en *Retrato,* el poema inicial de *Campos de Castilla* (1907), en el que hay estos versos:

> *Adoro la hermosura, y en la moderna estética*
> *corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;*
> *mas no amo los afeites de la actual cosmética,*
> *ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.*

y también en el prólogo de la segunda edición de *Soledades, Galerías y otros poemas* (23), han creído ver el rompimiento de Antonio Machado con la poesía rubeniana. Si fuera así, la poesía de Antonio Machado es un Guadiana, en el que aparece y desaparece constantemente la huella de Rubén. Encontrarla acusada en los primeros poemas es facilísimo, aun cuando él tuvo la precaución de rehacer unos y suprimir otros, como Dámaso Alonso recientemente ha demostrado (24). Sin embargo, en lo que dejó en su obra y aun después de haberse separado de la "actual cosmética" (que no estoy nada seguro fuera la de Rubén a la que se refería), hay versos influídos por Darío. A la muerte de éste (1916) escribe un poema íntegramente dentro de la técnica rubeniana. Pero ¿a quién, sino a Rubén, recuerdan versos como éstos?:

y esa doliente juventud que tiene
ardores de faulinas (25).

O estos otros:

Un César ha ordenado las tropas de Germania
contra el francés heroico y el triste moscovita,
y osó hostigar la rubia pantera de Britania.
Medio planeta en armas contra el teutón milita.
...las hordas mercenarias, los púbicos rencores;
la guerra nos devuelve los muertos milenarios
de cíclopes, centauros, Heracles y Teseos;
la guerra resucita los sueños cavernarios
del hombre con peludos mammuthes giganteos.

(CXLV)

Léase el largo poema *Olivos del camino* (CLIII), también en esta línea rubeniana. Y este otro, de sus comienzos:

El mar hierve y canta...
El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril.
El mar hierve y ríe
con olas azules y espumas de leche y de plata,
el mar hierve y ríe
bajo el cielo azul.
El mar lactescente,
el mar rutilante,
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...
Hierve y ríe el mar...

---

(23) Madrid, 1919. Es curioso comparar la afirmación de don Antonio de separarse de la poesía que "sólo pretendía cantarse a sí misma, o cantar, cuando más, el humor de su raza", y que él amó "con pasión", ya que lo que da validez a su obra es justamente eso. Además, el final del prologuillo parece una prosa rubeniana.

(24) *Poesías olvidadas de Antonio Machado,* en su libro *Poetas españoles contemporáneos.* Madrid, 1952.

(25) CXLI. Cito por la ed. *Poesías completas (1899-1925).*

El aire parece que duerme encantado
en la fúlgida niebla de sol blanquecino.
La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento
volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.
(XLIV)

En 1904 está fechado este poema *Al maestro Rubén Darío:*

Este noble poeta, que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
¡Salterios del loor vibran en coro!
La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada prora,
de viento y luz la blanca vela henchida
surca, pronta a arribar, la mar sonora.
Y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera,
que de una nueva España a España viene.
(CXLVII)

Antonio Machado, según nos han dicho algunos críticos, al hablar de la "actual cosmética", se apartaba de Rubén, ¿rompía con Rubén? La devoción por el gran poeta americano es clara, y también la huella. ¿No sería mejor concretar de los seguidores sin talento? Su admiración por otros modernistas muy inferiores a Rubén es manifiesta. Dice, por ejemplo, que Francisco Villaespesa era "un verdadero poeta. De su obra, hablaremos mas largamente de sus poemas y de sus poetas" (26) ¿Qué poetas eran éstos? Seguramente los mismos que nutrieron su poesía hasta que se independizó, hasta que se convirtió en figura cimera de nuestra lírica.

Ramiro de Maeztu también hizo versos modernistas, como *A una venus gigantesca,* publicados en la revista *Germinal,* 1897.

De todos los escritores considerados del 98, el único que discrepa en esta admiración por Rubén es don Pío Baroja. Quien lea en *Intermedios* (1931) la opinión que tenía de Rubén Darío, se percatará de ello. Pero Rubén, ya lo sabemos, nos trajo la poesía francesa: lo externo se lo debía a Leconte de Lisle y a otros parnasia-

---

(26) *Juan de Mairena,* pág. 326.
En cuanto a lo de la "actual cosmética" de los poetas del "nuevo gay trinar", no cabe duda de que se refería a la peste de los rubenianos (como la que sufrimos hoy de los lorquianos). Escribe A. Machado en el citado *Prólogo de la Segunda Edición de "Soledades, Galerías y otros poemas":* "Yo amé con pasión y gusté hasta el empacho esta nueva sofística, buen antídoto para el culto sin fe de los viejos dioses, representados ya en nuestra patria por una imaginería de cartón piedra."

nos (27) y, en ocasiones, al mismo Verlaine, pero de éste trae también una intimidad psicológica desconocida antes y, con ella, una auténtica sinceridad. Y ya sea por Verlaine, ya por su intermediario, Rubén Darío, todos se sienten influídos de esta nueva manera de sentir y de manifestar los sentimientos. Baroja ha declarado que para él Verlaine es el más grande poeta que ha existido. Y cuando le precisa escribir un volumen de versos, ya en edad muy avanzada, y ya tan lejos de la boga modernista, y aun a pesar de haberse manifestado, en alguna ocasión, contra Verlaine, es a este poeta al que toma por modelo en sus *Canciones del suburbio:*

Brumas, tristezas, dolores
del otoño parisién
son mágicos resplandores
en los versos de Verlaine.
En el parque, en la avenida,
Lelián canta su canción;
es la voz triste y sentida
de su ardiente corazón.

Canciones del suburbio (1944), como define acertadamente Luis Guarner (28) "es—aunque publicada en estos años—plenamente de la época modernista". *Azorín* ve, en el prólogo de este libro, a Verlaine como guía de Baroja, a Verlaine, que, son sus palabras, "ha sido el más grande poeta francés después de Víctor Hugo".

Y es Verlaine, como ha notado Hans Jeschke (29) y Manuel Granell (30), quien da el credo poético—y aun para la prosa se podría añadir—a los escritores del 98:

Rien de plus cher que la chanson gris
Où l'Indécis ou Precis se joint.
....
Car nous voulons la Nuance encor,
Pas la Couleur, rien que la nuance !
Oh ! la nuance seule fiance
Le rêve au rêve et la flûte au cor !

---

(27) En una entrevista publicada en *La Esfera,* y firmada por *El Caballero Audaz,* declara don Pío: "No me interesan los poetas contemporáneos. Con raras excepciones, entre las cuales incluyo a Rubén Darío, yo encuentro la poesía actual un poco caótica. No dice nada, ¿verdad?... Se limita a la descripción y a una perfecta técnica; pero no hay espíritu, no hay emoción, no hay ideas. Y, dígame usted, ¿cómo es posible que perdure una poesía sin alma?..." (No tengo la fecha de cuándo se publicó.)
Véase Erwin K. Mapes: *L'Influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío,* París, 1925.
(28) Paul Verlaine: *Obras poéticas* (Antología, traducción y estudio preliminar de...). Madrid, 1947, pág. 45.
(29) *Ob. cit.*
(30) *Estética de Azorín,* Madrid, 1949.

¿Y Unamuno? Su famoso *Credo poético* está concebido contra las ideas expresadas por Verlaine en su *Art Poétique,* pero cabe preguntarse leyendo las poesías de don Miguel: ¿observó lo que predicaba? Dejemos aparte su horror, repetidas veces expuesto, a la musicalidad verlainiana, porque tanto puede haber en ello de disgusto como de impotencia por lograrla, de lo que se resienten con frecuencia los versos de Unamuno. Pero y la entraña de la poesía de Verlaine, ¿no la sintió? Creo que sí. El, tan preocupado de la idea, de lo trascendental, de la "poesía que pesa", escribió en el prólogo de *Alma,* el libro de Manuel Machado: "¿No es la poesía, en cierto respecto, la eternización de la momentaneidad?" Y, en cuanto a la técnica del verso, Unamuno usa, y abusa, del *enjambement* que, aunque no desconocido, ni mucho menos, en nuestra poesía, es Rubén quien lo pone de moda por influjo francés (31).

Verlaine, por sí mismo, por la lectura que hicieron de sus obras los escritores españoles (32), o a través de Rubén, fué un estremece-

---

(31) "El poeta al modo del ruiseñor, el de *allá van mis versos donde va mi gusto,* es cada día más difícil. Un Verlaine se da poco, y para eso tuvo dolores reales que le inspiraron su *Sagesse,* y, digan lo que quieran, Verlaine, con cultura, habría sido un portentoso poeta, lo que sin ella no pasa de un pájaro de trinos sentidos, pero pobres." Véase Manuel García Blanco: *Don Miguel de Unamuno y sus poesías,* Salamanca, 1954, pág. 46.

En otra ocasión, Unamuno valoriza el sonido de la palabra, y hasta está de acuerdo, por una vez, con *la musique avant toute chose,* de Verlaine:

¿Qué os importa el sentido de las cosas
si su música oís y entre los labios
os brotan las palabras como flores
limpias de fruto?
....

¡Oh, dejadme dormir y repetidme
la letanía del dormir tranquilo;
dejad caer en mi alma las palabras
sonoramente!

¡Oh, la primaveral verde tibieza
que en mi pecho metiéndose susurra
secretos a mi oído y misteriosa
nada me dice!

Esta poesía, bastante larga, titulada *Sin sentido,* muestra cierta filiación con la modernista no sólo por lo que dice, sino también por el empleo de ciertos adjetivos delatores. Además, va incluída debajo del epígrafe *Caprichos,* que también sirvió de título, como se sabe, a un libro primerizo de Manuel Machado.

(32) No he podido precisar el año en que comienza a traducirse a Verlaine. La traducción del *Art Poétique,* por Eduardo Marquina y Luis de Zulueta, es de 1898; la de M. Machado, de 1910. En 1913 se publica la antología de Díez-Canedo y Fernando Fortún *La poesía francesa moderna.* Como traductores de Verlaine figuran, además de Canedo, Juan Ramón Jiménez, Eduar-

dor huracán poético que conmovió—y conmueve—a todo el que se acerca a su poesía. Barrió antiguas formas de expresión y enriqueció el sentimiento al darle sinceridad, y aun los poetas que se pronunciaban en contra de su estética y espíritu, algo le deben. Aun esos mismos poetas regionalistas apegados, creían ellos, a lo antiguo que no a lo tradicional español, como un Gabriel y Galán, por ejemplo. Fué lo mismo que la bienaventurada racha que nos vino de Italia en el Renacimiento y que Garcilaso hizo fructificar y arraigar para siempre entre nosotros. ¿De qué vale que un Castillejo se opusiese en maliciosos y miopes sonetos si él mismo, en su interior, sabiéndolo o no, hacía también poesía italianizante? Por otra parte, y al igual que Dante, Petrarca y Boccaccio, las tres figuras principales del simbolismo francés: Baudelaire, Verlaine y Mallarmé influyen y dan nuevo rumbo, también, a la poesía de Italia, Inglaterra y otros países (33).

Si estudiamos detenidamente el vocabulario de los escritores considerados del 98 y el de los modernistas y algunos temas constantes, veremos que el parecido es mayor que la divergencia. Hans Jeschke, en el libro citado, lo ha hecho basándose en las obras del primer período de estos escritores. Los estudiados por él son: Benavente. Valle-Inclán, *Azorín* y Antonio Machado. En ellos

> ... se destaca, desde el punto de vista de la elección de palabras determinadas por el contenido, la abundancia de designaciones para conceptos del dominio del decadentismo y, en relación con ello, las expresiones para reproducir las impresiones de los sentidos finamente diferenciados, especialmente sensaciones de color.
>
> Todo lo que es enfermizo, efímero, negativo, atrae irresistiblemente a esta generación en una especie de simpatía final, y llega a ser para ella expresión simbólica de su sentimiento pesimista de la vida. El rasgo fundamental de este estado de ánimo es la tristeza, a la cual se siente resignadamente como fatalidad del Destino. Por esto no se puede escapar a ella, y por ella se deja llevar con placer incontrolado; la gusta totalmente con una especie de sensualidad infame y malsana que recorre toda la gran escala, desde la melancolía hasta el espanto (34).

---

do Marquina y otros poetas hispanoamericanos. Más tarde, Ediciones Mundo Latino emprende la traducción de las obras completas, a cargo de Emilio Carrere, Bacarisse, E. Puche, Luis F. Ardavín, Díez-Canedo, Guillermo de Torre, H. Pérez de la Ossa, etc.

(33) Alfredo Galletti: *In novecento,* Milán, 1942; C. M. Bowra: *The Heritage of Symbolism,* Londres, 1951.

(34) Dice Salinas: "Muy pronto los auténticos representantes del espíritu del 98 percibieron que aquel lenguaje [modernista], por muy bello y seductor que fuese, no servía fielmente a su propósito, y que en sus moldes no podría nunca fundirse su anhelo espiritual." *El problema del modernismo en España...*
El "muy pronto" que afirma Salinas no es exacto. Ya hemos visto cómo

Hans Jeschke, con cierto detalle, analiza la descripción de jardines, de paisajes, de puestas de sol, de fuentes que discurren o con el "agua muerta" podríamos añadir, y como "se trata de imágenes espirituales de estados de alma, que ellas tienen, por consiguiente, carácter simbólico, lo demuestra claramente la descripción del mismo paisaje, otra vez, como es natural, con el uso preferente de nombres negativos, a la luz del sol poniente". Esto dice refiriéndose a Baroja, pero cuadra también a otros escritores de su tiempo (35).

Antonio Machado oye, con impresionista y melancólica penetración, los ecos de la tarde, plasma el otoño verlainiano (36) en silenciosos jardines, lo imita al evocar un *Recuerdo infantil (Fué una clara tarde, triste y soñolienta...)* (37), y vuelve a cortar, a pesar de lo que dijo, en los jardines de Francia, las rosas del extraordinario Ronsard. Hacia 1919 (no consta la fecha), escribe tres bellísimos sonetos *Glosando a Ronsard* (CLXI).

El profesor Pierre Guiraud, en su *Index du Vocabulaire du Symbolisme*, tomo VI, dedicado a *Fêtes Galantes, La Bonne Chanson* y a *Romances sans Paroles* (París, 1954), da la siguiente lista de los principales cincuenta nombres-temas (38): *oeil, coeur, comme, pas* (adv.), *amour, âme, où, aller, faire, plus, bien* (adv.), *tout* (adv.), *aimer, dire, doux, vouloir, ciel, jour, beau, triste, encore, deux, si* (adv.), *mourir, voir, espoir, noir, venir, aussi, blanc, main, petit, toujours, vent, voix, bon-ne, cher-e, air, amant, baiser, luire, nuit, seul, vieux, bleu, chanter, charmant, instant, sourire.*

Y los dieciocho nombres-clave principales: *luire, coeur, baiser,*

---

don Antonio Machado no se desprende de la influencia modernista del todo en su obra. El, como Bécquer con el Romanticismo, fué un depurador del Modernismo. Con respecto a Juan Ramón Jiménez, al que Rubén Darío llama, al comentar *Arias tristes* (1903), "... un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine", no acaba de liberarse de influencias francesas y del Modernismo hasta su segunda etapa, la de "poeta esencial" (1916), como la denomina Enrique Díez-Canedo en su estudio *Juan Ramón Jiménez en su obra,* Méjico, 1944.

En cuanto a la prosa, los novelistas españoles de este momento se detuvieron en la contención. Innovaron el lenguaje sin caer en el preciosismo, excepto Valle-Inclán (y luego Miró); pero no cabe duda de que también buscaron la palabra significativa de valor psicológico y estético y una precisión mayor en la sintaxis. La palabra dejó de ser oratoria o sojuzgada al pensamiento, a la idea, en jerarquía inferior, para alcanzar un rango igual.

(35) *Ob. cit.*

(36) Rafael Ferreres: *Sobre la interpretación de un poema de Antonio Machado*, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, 1954, núm. 55.

(37) En *Après trois ans* ("Ayant poussé la porte étroite qui chancelle, / Je me suis promené dans le petit jardin..."), que forma parte de *Poèmes Saturniens.*

(38) "Les mots-thèmes sont les mots qui ont la plus grande fréquence absolue; nous appelons mots-clés ceux qui ont la plus grande fréquence relative..."

espoir, amant, amour, oeil, triste, doux, ciel, vent, noir, charmant, chanter, sourire, mourir, voix, bleu, cher.

Ninguna de estas palabras es ajena a nuestros escritores del 98 y modernistas. Si tuviéramos un vocabulario preciso de estos prosistas y poetas, podríamos llegar a una certeza que ahora, desgraciadamente, sólo podemos hacer a ojo, y si éste no falla hay bastante coincidencia entre las palabras más esenciales y más usadas por Verlaine y las de los hombres que nos ocupan (39).

* * *

Los escritores modernistas y los de la llamada generación del 98 no rompen con la generación inmediatamente anterior a la suya, como he intentado demostrar en otra ocasión y hasta la admiran (40), y ésta es otra de las fallas a los requisitos que se exigen para que haya grupo generacional. No rompen (excepto Baroja), pero no les basta el mensaje y mucho menos la técnica literaria que les legan, y es Francia, como en otras ocasiones, la que da savia, iniciativas a prosistas y poetas españoles del 98 y modernistas. Nada tiene esto que alarmar a los enemigos de influencias extranjeras, puesto que las consecuencias son óptimas, dado que nuestros escritores siguen a los franceses que dieron uno de los períodos más gloriosos de su literatura. Sólo la ligereza ha hecho creer que Verlaine es únicamente un poeta de café, borracho, peregrino de hospitales y con peculiares inclinaciones eróticas. No han visto su grandeza, como la vieron nuestros grandes literatos que se inspiraron en él. Casi lo mismo ocurre con los que califican a Rubén atendiendo a su poesía más trivial e ingeniosa y no la que sigue teniendo una vigencia espiritual profunda.

La confusión que existía al denominar a los escritores que nos ocupan, y que Salinas quiso deshacer, tenía y tiene su indudable base. Es más, la calificación de modernistas y de noventa y ocho la ha complicado al ponerlos en bandos distintos. Hemos tardado

---

(39) El catedrático Manuel Alvar está preparando un vocabulario del modernismo español. Una buena fuente son las traducciones castellanas de Verlaine.

Rafael Lapesa, en su excelente *Historia de la lengua española* (Madrid, 2.ª ed.), señala las características esenciales del "modernismo y la generación del 98": el empleo de neologismos conscientes, tanto en unos como en otros, así como también "el sabor venerable y ritual de los giros arcaicos" y de arcaísmos.

(40) *Un aspecto de la crítica literaria de la llamada generación del 98,* en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura,* abril-junio, 1950.

mucho en reconocer, por culpa de la despectiva etiqueta literaria dada a ciertos escritores de nuestro siglo XVIII, a los afrancesados, cuánto españolismo noble de intención y aun de hechos había en ellos. Y no sólo en su actuar, sino también en la pureza de su castellano. En nuestros años de estudiante, en la Universidad, cómo nos ha desconcertado que un escritor, al que se le consideraba extranjerizante, sintiera honda y entrañablemente a España y sus problemas. O quien toma en cuenta hoy, en serio, la clasificación de culteranos y conceptistas. Ya sabemos cómo en un Góngora o en un Quevedo, representantes de estas escuelas, hallamos elementos (y no pocos) de las técnicas de las que se les hacía aparecer como antagónicos.

"El modernismo no fué una escuela, sino un movimiento que tendió a la renovación de la forma literaria y al libre desarrollo de la personalidad del escritor sin ponerle normas", dice, acertadamente, Max Henríquez Ureña (41). Y bastantes años antes lo había expresado también Jacinto Benavente, en su trabajo *Modernismo:*

> No se trata de romper moldes; ensancharlos, en todo caso; ni eso, porque moldes sobrados hoy en donde caben sin violencia cuantas obras de arte pueda producir el ingenio humano. Ridículo es hablar de moldes rotos en el teatro español, donde, desde *La Celestina* a Calderón, en los autos sacramentales, hay moldes para todo lo real y lo ideal. Y ésa ha de ser la significación del modernismo, si alguna ha de tener en arte: no limitar los moldes a los moldes de una docena de años y de dos docenas de escritores; considerar que muchas veces lo que parece nuevo no es sino renovación..."

Porque el modernismo no fué una escuela, sino un movimiento renovador encontramos en nuestros escritores citados los mismos temas, técnica estilística, preocupaciones literarias, artísticas, políticas y religiosas (42), admiraciones y desprecios. Y todo esto, el entremezclamiento de actitudes que se han considerado opuestas, es lo que hace que los que siguen preocupándose en clasificarlos en modernistas y del 98 no se pongan de acuerdo en qué bando deben ir, que, al fin de cuentas, sería lo mismo si con ello no salieran perjudicados, pues el pertenecer a uno significa la privación de las cualidades y defectos del otro. Porque hondura, fanta-

---

(41) *Breve historia del modernismo,* Méjico, 1954, pág. 519.
(42) No se ha estudiado el aspecto religioso de los escritores españoles considerados modernistas y del 98. Si exceptuamos a Maeztu, y eso después de su cambio religioso, todos bordean la heterodoxia o, por lo menos, profesan una fe no arraigada, con vacilaciones. Otro punto que cabría tocar es la devoción o respeto a Giner de los Ríos y a lo que éste representaba.

sía, decadentismo, musicalidad, elección cuidadosa de palabras, preocupación por lo plástico y por el adjetivo no manido, virgen, por dar a la palabra la misma jerarquía que tiene el pensamiento, la idea, hay en cualquiera de los escritores que pasan como afiliados a escuelas distintas.

Hay, indudablemente, un punto de arranque común a todos ellos, como han señalado Salinas, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Max Henríquez Ureña (43). Y esto debe tenerse muy en cuenta. Luego, y es natural que así fuera, porque si no hubieran quedado en escritores eco, en medianías, cada uno se ensancha en su dimensión propia, cada uno crea, al recrear genialmente lo recibido, su propio estilo: su personalidad literaria; cada uno se individualiza para suerte nuestra y para desgracia de los amantes de bautizos literarios. Dámaso Alonso, al estudiar con atención, sagacidad y enorme preparación a Manuel Machado, nos ha hecho ver cómo se va apartando del camino que siguió primero, para convertirse en un poeta más hondo (46). Pero ¿no es ésta una ley precisa y común a todo gran escritor? Rilke lo aclaró al definir la poesía de adolescencia y de experiencia. Hay en nuestros poetas y prosistas de finales del siglo pasado y comienzos del actual una división en su obra, pero a la manera que el mismo Dámaso Alonso determinó con el Góngora culto y el popular: no en unos años una actitud y luego otra, sino a través de toda la vida.

Las etiquetas preceptivas no cuadran bien en los humanos y los nuestros, que ahora nos preocupan; eran y son demasiado grandes para que quepan en los incómodos límites de un nombre común a todos, como si fueran minerales. Aun en esas clasificaciones generales a que se nos somete, ¡qué falta de precisión! Raza blanca o negra, o esas rayitas que tenemos que llenar en los pasaportes y visados: sexo, nacionalidad, religión. Contestando hombre, español o alemán, católico o protestante, ¿nos definimos realmente? Casi nos da por tomarlo a broma, como aquel divertido viajero inglés que, en los puntos correspondientes a *sex*, escribió con humor: *not bad.* Porque es la *nuance*, el matiz, el detalle, en que tanto insistió el genial Paul Verlaine, lo único que individualiza y define.

Rafael Ferreres.
Joaquín Costa, 55.
VALENCIA.

---

(43) Salinas: *El problema del modernismo en España...;* Dámaso Alonso: *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado;* Gerardo Diego: *Los poetas de la generación del 98 (Arbor,* diciembre 1948); Max Henríquez Ureña: *Breve historia del modernismo.*

VERSOS DEL CRUCERO

POR

CARLOS R. DE DAMPIERRE

DE NOCHE EN LA PROA

Yo me imagino a Dios como un gran viento,
como este fuerte viento que me orea,
que sopla curvo, y terco, y persistente,
como un río de amor sobre la Tierra,
desposando su forma, acariciándola,
puliéndola, ludiéndola sin tregua,
como queriendo con su eterno roce
dejarla más redonda y más perfecta.

El viento sobre el mar, Dios abrazando,
defendiendo la Esfera
contra la antigua Nada poderosa,
contra su boca hambrienta.

El viento sobre el mar. En la alta noche
me parece que estoy sintiendo cerca
el aliento de Dios, que da el impulso
para que sin cesar gire la Tierra.

DOMINGO EN ALTA MAR

No hay pecado en el mar, todo es pureza.
En domingo es más puro todavía.
Tan sólo un barco, allá en la lejanía,
es un lunar que aumenta su belleza.

A los besos del sol se despereza
como de la Creación al primer día.
Misa sobre cubierta. Se diría
que el viento, el sol, las nubes, todo reza.

Bajo la inmensa cúpula azulada
resuenan las palabras milenarias
y Dios desciende al mar de sus amores.

Marcha Real. La gente arrodillada,
arrodillado el mar, van las plegarias
saltando entre los peces voladores.

LA PISCINA DEL BARCO

Subieron a cubierta un bloque de alta mar.
Una serpiente de agua se ovilló mansamente,
llenando hasta los bordes el verde recipiente,
y ahora es fiera domada, aprendiendo a jugar.

Con el vaivén del barco quiere, a veces, saltar.
Finge una tempestad pequeña sobre el puente,
juega con los bañistas y salpica a la gente,
como un gato travieso que pretende arañar.

Este agua que nos baña surcaron tiburones,
se alzó en ola gigante en súbitos tornados,
vió luchar, silenciosos, delfines y narvales,

y al lamer nuestros cuerpos con sus labios glotones,
sueña en posibles náufragos, en futuros ahogados
para poblar sus grutas de nácar y corales.

LOS PASAJEROS

Vinieron por pasar un veraneo
viendo nuevos países y ciudades,
muy temerosos de las tempestades
y un poco resignados al mareo.

Pensaron: un viaje de recreo
para entablar flirteos y amistades,
comprar en Nueva York mil novedades
y remitir postales a voleo.

Vieron Funchal, Nassau, la Habana hermosa,
Miami artificial, New York grandiosa.
Vieron el mundo sometido al hombre,

rejoneado de faros en las noches,
prendido de ciudades, como broches,
y marcado, con surcos, a su nombre.

EL BEMBÉ

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile sagrado
del bembé!

En el lago de mi pecho
nada un negro tiburón
y un gallo de blancas plumas
revuela a mi alrededor.
Tengo mi cuerpo bañado
de lujuria y de sudor.
¡Desde el Africa lejana
llega el tamtam del tambor!

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile hechizado
del bembé!

Mis sayas caen por el suelo
como una gran flor punzó,
mi camisa pega al cuerpo
como la pulpa de anón.
El verde árbol del viajero
en su mata se agitó
—abanico gigantesco—
para espantarme el calor.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile embrujado
del bembé!

¡Caimanes de la laguna,
escuchad mi imprecación!
Hay un negro al que le sobra
en el pecho el corazón.
Debajo del mamoncillo
con mi cuerpo se juntó
y después le dió a otra negra
los besos que a mí me dió.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile maldito
del bembé!

Negras serpientes mis brazos,
mis piernas un gran temblor,
mi cuerpo un león de rabia
que está rugiendo en mi voz:
la camisa desgarrada,
por el suelo mi pudor,
bailo desnuda, agitada
por un súbito ciclón.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile endiablado
del bembé!

Las plumas del gallo fingen
blanca lluvia alrededor
y se pegan a mi cuerpo

como copos de algodón.
Me brilla el cuero en la noche
empapado de sudor
y oigo furioso en el pecho
el tamtam del corazón.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile maldito
del bembé!

La vieja negra hechicera
de un gran tajo degolló
al gallo blanco, y su sangre
de rojo me bautizó.
Aun quise seguir bailando,
pero mi cuerpo cayó
por el suelo, estremecido
por un último estertor.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cada vez con más vigor
toquen los negros,
que yo bailaré
el baile de muerte
del bembé!

La oscura flor del silencio
súbitamente se abrió
y una mariposa negra
en mi boca se posó.
De la manigua cercana
un grito desgarrador
taladrando mis oídos
se clavó en mi corazón.

¡Bambo, bambo, bembé, bambo!
¡Cese el ruido del tambor,
callen los negros,

que ya bailé
el baile sagrado
del bembé!

LAS PALABRAS HAN VIAJADO

Se me han ido creciendo
dentro del corazón.
Se me han puesto de pie,
como niños que rompen a andar.
Se me han puesto de largo,
como lindas muchachas para su primer baile.
Antes eran
semilla de palabras,
y apenas me sugerían
un puntito en los mapas,
o el borroso recuerdo de una película,
o una lejana lección
del bachillerato.
En mi boca se fundían como
obleas insípidas
o, todo lo más, como esos barquillos
crujientes
que anuncian un sabor de vainilla
o de limón,
sin llegar a realizarlo.
Ahora son
pequeños mundos concretos,
son música y color,
son calientes
como panes recién sacados del horno.
Son como vinos o licores fuertes,
y al decirlas,
las sorbo glotonamente
y me emborracho de recuerdos.
Me hablan al oído
como caracolas mágicas,
y una sola
me basta,
a veces,

para dejarme pensativo un largo rato.
Me las repito
muy bajo,
como el nombre de una mujer amada en secreto,
y digo: la Habana, Miami, Funchal,
como de joven, por las noches, me decía:
Olguita, María, Hermine,
Crystal o Irene.
Y como todavía digo un nombre
(que nunca os diré en voz alta).
Y al decir Funchal
se me llena el alma de auroras,
y de flores cuyo nombre ignoro,
y de murmullos
de la tan dulce habla portuguesa.
Y de niñas-mujeres de ojos bellísimos
fumándose los cigarrillos
encendidos antes en mi boca.
Veo un agua de esmeralda transparente,
donde unos cuerpos jóvenes bucean
buscando unas monedas que se hunden,
y sobre la que flotan barcas y gritos
como nenúfares multicolores.
Luego,
mi recuerdo se pasea
en lentos trineos, arrastrados por bueyes,
como los legendarios reyes holgazanes.

* * *

Nassau es caliente y pulida como un coco,
una pequeña Isla del Tesoro,
toda verde de bosques de palmeras,
casi como estaría cuando Colón la hallara
como una hoja de mango
flotando en la laguna.

Es un domingo inglés con negras protestantes,
presbiterianas o anabaptistas
por fuera,
pero por dentro hechizadas

por los antiguos ritos africanos,
paseando sus elegantes galas de colores
y sus lindos sombreros
como estatuas de ébano emperejiladas,
soñando con ser rubias y ser blancas
en la tarde lentísima, después de los oficios
en iglesias con ventiladores.
Es un hotel lujoso para los lords hastiados
y los millonarios norteamericanos.
Es un baño a medianoche en una playa
de agua clara caliente y enlunada,
con miedo a tiburones.

* * *

¡Cuba, por fin!
¡Qué lejos, cuántas horas,
cuántos días de quilla arando agua!
¡Cuántas olas
hay que dejar atrás, una tras otra,
en largas tiras de batida espuma,
para llegar a ti,
para encontrarte
—estrecho y largo tiburón—flotando
en las aguas calientes del Caribe!

Poned los labios como para un beso
y se abrirá su nombre en vuestra boca,
como una flor de aire enamorado,
y diréis: ¡Cuba!, así, como un requiebro,
como un primer piropo
a esta bella, indolente
sirena tropical, novia de barcos.

¡Oh sonrisa del mar!,
te alzas apenas
en verdes lomas
de delicadas formas femeninas,
y sobre ti,
para besarte en lluvias,
mimosamente se reclina el cielo.

¡Qué feliz sensación de haber llegado,
de no ser necesario ir ya más lejos
cuando se arriba al puerto de la Habana,
desde antes de los tiempos destinado
a recibir las presentidas naves!
¡A ningún puerto arriban los barcos más alegres!
Pasan rozando
por junto al malecón, lentos y orondos
como un negro fumándose un tabaco.

¡Qué grato
pasear entre la gente abigarrada,
bañarse
en el agua templada de tus playas,
morderte
en la pulpa sabrosa de tus frutas,
bailar
al ritmo de tu música embrujada,
enjugarse el sudor
con los finos pañuelos de tu brisa!
¡Qué triste
alejarse de ti,
ver esfumarse
poco a poco tu forma entre las olas
y ver lejos, flotando,
algo que acaso sólo es tu recuerdo!

* * *

De agua, tierra y dinero
ha nacido Miami.
El agua ama a Miami,
la abraza con canales y lagunas,
borda blancos encajes,
todo a lo largo de sus largas playas.
Se convierte en espejo
para que ella contemple su hermosura.

La tierra ama a Miami,
se ha estirado a sus pies como una alfombra,
con mimo la levanta sobre el agua,

nos la muestra en la palma de la mano
como un claro diamante bien tallado,
la viste con praderas y jardines,
la adorna con plumeros de palmeras,
la perfuma de aromas tropicales,
le pone en las mejillas
el colorete de las buganvilias.

Pero el dinero
es su mejor amante;
cada día
le regala una isla recién hecha,
un nuevo hotel lujoso
lleno de millonarios,
una nueva avenida donde corren
los autos más lujosos y más caros.

Cada noche
da una fiesta en su honor,
y ella,
deslumbradora
de luces, reflectores
y anuncios luminosos,
bella y sofisticada
como una artista de cine,
se sienta junto al mar,
coqueteando
con barcos y aviones.
Sólo le falta un lujo
que su amante no pudo regalarle:
un pobre para darle una limosna.

* * *

Para poder nombrarte,
para llegar a lo alto de tu nombre
tuve que repetirlo muchas veces:
New York,
                New York,
                                New York,

y encaramarme así por esa escala
hasta llegar al piso 102
del Empire State Building,
y abrazar con la vista
la pequeña
isla de Manhattan
(que fué comprada por 22 dólares a los indios)
y que ahora mide
cientos de kilómetros verticales
de rascacielos.
En ti se ha acumulado
todo el poder del mundo
comprimido en el oro de tus bancos:
oro-imán
al que se van pegando
los más bellos cuadros del mundo,
los más grandes sabios del mundo,
los mejores artistas del mundo.

Siempre sin terminar,
desordenadamente bella,
monstruosamente bella,
eres la Gran Aldea que todo lo contiene,
lo grande y lo pequeño.
El más alto rascacielos
y la pequeña iglesia de la esquina,
el bullicio trepidante de Times Square
y el rincón tranquilo de Central Park,
donde una ardillita
comió maní en mi mano.

He pasado
del calor abrasador de tus calles
a la frescura artificial
del aire acondicionado.
Tu nombre me evocará la algarabía estrepitosa
de Coney Island
y la fresca sonrisa de la chica
que me guió en Radio City;
los sucios canales del Harlem River
y los bosques de la orilla izquierda del Hudson,

que invitan a subir río adelante
a descubrir más vastos horizontes.
New York, puerta de América,
embudo absorbedor de Europa,
mi corazón se estira y se desgarra,
por las dos atraído,
llamado por las dos,
flotando entre las dos
en el Atlántico.

Y ahora,
cuando al hablar tropiece
con ciertas palabras;
cuando diga barco, o isla,
o puesta de sol;
cuando diga alta mar, o luna;
cuando diga "viaje" sobre todo,
me habréis de perdonar
si de pronto me quedo pensativo,
saboreándolas
como una pulpa sabrosa.
Son como guijas blancas que arrojé en mi camino
para poder volver a mis recuerdos;
se han vuelto fosforescentes
como el mar en la noche.
Me guían
hacia atrás en el tiempo,
y no podrán seguirme
aquellos que conmigo no han viajado.

CUANDO ESTÉ DE REGRESO

Me acordaré de ti, de noche, a solas,
al volver a mi casa, ¡oh mar amigo!
Me acordaré de ti mirando el trigo
ondular en Castilla, en verdes olas.

Pondré junto a mi oído caracolas
para escuchar tu voz, ¡oh gran testigo
de Dios, oh mar!, y ver si al fin consigo
hacer del corazón su rompeolas.

Te vi al ponerse el sol, roja pavesa.
Te vi de noche, negro, inmenso abismo.
Te vi de rosa y nácar en la aurora.

Te vi zafiro, te admiré turquesa,
¡oh mar, siempre distinto y siempre el mismo!
¡Oh mar, cantando a Dios a cada hora!

PRIMER INSOMNIO

Ya nunca más reposaré tranquilo
si no me mece el mar para dormirme,
pues a vivir seguro en tierra firme
prefiero navegar, vivir en vilo.

Ya no eres tú, mi alcoba, aquel asilo,
aquella celda donde recluirme.
Para buscar a Dios tendré que irme
otra vez sobre el mar, donde me afilo

como una proa, un tajamar que avanza
presintiendo en la noche la esperanza
de algún faro, invisible todavía.

Porque ya más que el puerto amo el camino,
porque más que arribar, es mi destino
navegar, navegar de noche y día.

SEGUNDO INSOMNIO

Para este nuevo corazón que tengo
de nuevos horizontes necesito.
Espacio dilatado e infinito
por donde sin descanso voy y vengo.

Me enamoré del mar. No me contengo,
y entre mis sueños se me escapa un grito:
¡El mar! ¡El mar!, al despertar repito,
que me ahogo en tierra, en agua me sostengo.

¿Es acaso este ansia incontenida
de navegar una inconsciente huída
de Dios, a cuyo signo aún no respondo?

¿O es que mi corazón, del mar gemelo,
inquieto como él, refleja el cielo,
y oculta oscuros monstruos en su fondo?

A bordo de la motonave *Guadalupe,* julio-agosto de 1955.

Carlos R. de Dampierre.
Francisco Vitoria, 12.
MADRID.

UNAS PALABRAS SOBRE PINTURA

POR

FRANCISCO SAN JOSE

Estoy convencido de que el problema de la pintura es hallar el punto de coincidencia, de perfecta unión entre los tres elementos que exige nuestro arte.

Pienso, pues, en el orden, el sitio, la ejecución o realización.

Hay un lugar donde se originan, se resumen y van a parar todas las formas posibles reales e imaginativas. Este sitio es el plano de los trazados geométricos. Aquí está el orden y aquí está el plan de trabajo y distribución. Pero esto no es todo, y por sí solo no resuelve nada; de la misma manera que una casa no sirve para habitarla cuando vemos cerrada y terminada su estructura de hormigón.

Aunque ya prácticamente esté resuelta la máxima importancia social, la seguridad de que no se caiga y su utilidad futura, donde empieza la labor del arquitecto es a partir de este esqueleto de hormigón en adelante, hasta que se pone el último botón, se hace habitable y se ha adaptado a su funcionalidad. Un cuadro no está resuelto cuando se han hecho unos trazados; solamente es una demostración de que uno se sabe bien unos métodos de ordenación y geometría utilitaria. El cuadro, en este caso, puede ofrecer una labor didáctica para iniciados, para profesionales; pero no ofrece una labor de arte: ofrece un sistema, un método racional del conocimiento o de la intuición sobre el que asentar la obra de arte irrealizada.

Para que esto se logre hay que *hacer*, que *obrar*. En la ejecución del cuadro reside el que se logre o no una obra de arte. No es en el tema, argumento o disposición primaria de las imprimaciones o trazados coadyuvantes donde está la panacea de la obra de arte. Está en su solución, y la solución no se logra más que cuando el cuadro se ha hecho, de tal manera que se puede decir que es el único original y la única solución que de ese *hacer* se ha dado en cualquier sitio. Solución irremediable, y que se sabe con toda certeza que no se puede repetir. Si es una solución al uso, no pasa de una categoría ordinaria, vulgar. A la categoría

de lo extraordinario llegan ya pocas obras personales, y a lo definitivo, una o dos obras; que deciden y ejemplifican cada época.

El *hacer* no es el virtuosismo o la poco común habilidad. El virtuosismo es la adaptación precisa y hasta con filigrana a un método de trabajo ya dado, conocido y empleado por muchos con dotes menos expertas y brillantes y más comunes. El virtuosismo es la excelencia de una solución ya dada. Es el *divismo* de muchos, a quienes se les reputa y prestigia como grandes artistas.

La obra de arte requiere conocimientos, amores y poderes para realizarla, y sin cualquiera de estos ingredientes no se puede hacer la salsa, y aquello no es más que un sustitutivo eventual, a falta de cosa mejor.

Para realizar la obra de arte no hay que pensar en ella como tal y como cosa anticipadamente hecha; basta con pensar y realizar un cuadro a buena conciencia y como mejor sabemos siempre: quizá allí surja la obra inapreciable. Tampoco está en asimilar la forma externa de unas obras cuyo atractivo, poderosamente mordiente a veces, nos subyuga hasta la tiranía. Estas obras, que fueron pintadas para épocas y en tiempos que no son los nuestros, hoy no ofrecen más que una lección para aquellos que quieren y están facultados para aprender. Es una lección que puede, en algún caso, ejercer saludable efecto en profesionales e indigestión y desvío en las masas.

El excesivo culto a los antepasados y la mirada detenida en las formas tradicionales nos conducen a un sintoísmo de la cultura. Obramos por vivencias de fuerte impresión en ello y por la fuerza y opinión del ambiente y de la letra impresa, que tiene mucho de poder por los cúmulos de libros de especialistas y bibliotecas que nos machacan día a día, años y años, como una consigna: Giotto fué la cumbre; Piero de la Francesca, Velázquez o Picasso, no hay más allá. Secaron el arte y cerraron el camino. Como si el arte se pudiera acabar mientras la Humanidad exista y como si el arte fuera una carrera de obstáculos y vallas, un torneo olímpico y un *record* cuya misión fuera siempre alcanzar un hito más. Parece ser que se busca la excelente forma de un atleta, la *mise en scène* de un divo, una sucesión de *records* y se olvida la esencia del arte. Cuando una etapa de cultura hace del arte un torneo de pentátlon es cuando el arte pasa a los museos y cuando se cree que el arte ha muerto por un *record* de un atleta de estas lides que se juzga insuperable. Y ¿cómo no se le va a considerar muerto y fatigado al pobre si se obliga a estos pacientes atletas a perseguirse

furiosamente y con la lengua fuera, unos detrás de otros, y es claro que uno de ellos tiene siempre las piernas más largas que el resto de sus compañeros?

Del arte puede cambiar la forma, pero no la esencia y la forma es lo efímero. Lo que muera o no muera, tiene menos importancia. El agua sigue siendo agua en el mar, en los ríos o en unas u otras vasijas de tales o cuales formas. Cuando del agua tenga importancia la forma, es que ya no es agua: se habrá convertido en hielo; dentro de ella ya no habitarán especies vivas y a nadie servirá para beber. Así que aquellos que lamentan la muerte del arte en su cambio de formas o de uso en esta nuestra época—porque ahora el arte lo ven dentro de otra vasija, que es nuestro siglo XX, para bien o para mal, que eso no importa—se declaran ellos mismos que no aprendieron su esencia, pero se deslumbraron y fatigaron hasta la extenuación en el voluble cambio de sus formas y aplicaciones.

Se discute muchísimo sobre las formas del diálogo, de este diálogo entre artista y contemplador que es la obra de arte, y muy poco del contenido, de lo que se quiere decir, por medios más o menos retóricos, según el carácter distinto de cada artista. Se nota que el culto a las palabras por bien sonantes o malsonantes asfixia la integridad del diálogo, lo intercepta o anula del todo. Estoy pensando en aquellos que dicen del cuadro si es museable o no museable, si va al pelo o a contrapelo, si está influído o es original, los que dicen que la verdadera pintura es el mosaico, o el fresco, el muro, el paisaje, el bodegón, el retrato, lo figurativo o lo abstracto, lo religioso o lo profano. En fin, en todos aquellos sensibles a la forma circunstancial del arte y no a su esencia. Para todos ellos, cuando se enfrentan con un arte que no es de su casillero, no encuentran arte. Siempre van aplicando a todo una estrecha vara de medir, que es la suya, y todo lo demás lo dejan extramuros. No se puede medir por la vara de la forma del mosaico a la pintura al óleo, por la de éste a la pintura mural, por la de un fresco de Piero de la Francesca a un cuadro de Picasso. Por la de Van Gogh, a Diego Velázquez, y por la de Diego Velázquez a Darío de Regoyos. Hoy la pintura se ha refugiado de preferencia en reducidas dimensiones de un lienzo enmarcado, en otra época en lienzos más grandes para los palacios, otra vez en las naves de las iglesias y en los monumentos más distantes de nosotros, en las toscas concavidades de las cuevas. Siempre el arte se adaptó perfectamente, sin dejar de serlo, a las vasijas que se le ofrecieron.

Esto no justifica la teoría de conformismo a todo y el abandono en la lucha hasta el extremo de llegar un día a pintar cuadros en la cabeza de una cerilla; tampoco creo que llegue nunca este extremo indigente: es que no veo todavía llegado el momento del toque de ánimas, ni siquiera la sirena de alarma hacia los artistas y no menos la tan cacareada distancia de unas obras de arte a otras; me refiero a las de nuestro tiempo con las de siglos anteriores. Nuestra época en el futuro pasará por rica en lienzos de proporciones adecuadas en el tamaño de nuestras casas, ni más ni menos que la época flamenca fué rica en trípticos para las capillas de sus palacios y castillos, o la época rupestre, en panzas de cuevas, con bisontes o grabados y cazadores y símbolos mágicos, y tendrán sus artistas genios, triunfadores en vida como estamos ya viendo y sus artistas encumbrados después de desaparecidos, como todas las épocas.

Un poderoso medio de atracción reside en la obra de arte, un escape hacia lo inexplorado, hacia una lógica que nosotros tenemos por ilógica en nuestros actos y nuestros pensamientos. Es el extraño imán de lo que no se considera perfecto, acabado, evidentemente demostrable por la teoría del conocimiento, es la magia. También puede ser el milagro. Sabido es cómo a magos y taumaturgos se les acepta la especial gracia de alcanzar resultados y fenómenos increíbles, siguiendo prácticas de una extraña liturgia, requiriendo poderes sobrenaturales y obteniendo resultados de la más franca normalidad. La magia del artista no es ésta en cuanto a su obra de arte, pero los resultados en el contemplador, sí.

Este poderoso medio de rápida y entera persuasión y conquista de la obra hacia el contemplador puede dimanar de varias causas. Nunca proviene de la misma. Cada obra tiene una suerte distinta de magia. No sólo cada obra, cada artista está dotado de un sentimiento de ella más o menos fuerte, de acuerdo con su origen. De poco tiempo a esta parte data la aplicación de esta palabra a ciertas obras de pintura y, comoquiera que admite varias acepciones, vale la pena extenderse en su consideración.

La magia admite desde el rito a la ilusión, incluyendo el propio milagro y el ocultismo.

El hombre ha pedido siempre a la magia la seguridad de la existencia de cosas de las que él tiene certeza, pero que no puede explicarse con sus medios habituales del conocimiento.

Para esto ha recurrido siempre a estados de trance, o fórmulas

de exorcismo, a movimientos rituales, y en todo ello ha solicitado como médium inmediato al arte, desde sus orígenes.

¿Podemos, pues, prescindir totalmente, con garantía de éxito, de este médium eficacísimo de encantamiento, sugestión, elevación y plegaria hacia lo ignoto, pero que sabemos que existe? A mí, no me parece posible.

Cuando este sentido mágico innato en el hombre se encauza por el conocimiento y la madurez progresiva de la especie, aparece la robusta religión, desbrozándose y vislumbrándose las metas. Entonces el hechizo primitivo se sobrepasa, se cientifica y se comprueba. El arte, médium originario de la magia, convierte a ésta en su propio médium.

Se vale entonces del rito—los círculos, las estrellas, los trazados geométricos de exorcismo—, se vale de la ilusión—la representación, la simbología del lenguaje de la técnica—o de la alucinación en el campo de las metamorfosis y manejos de las ideas, sueños.

Los pintores de imaginación emplean y anteponen para sus creaciones el campo ideal sobre el campo esencial. Yo no sé si discurrir sobre estos hechos abrirá y abonará en mí el discutidero de las dos facciones en que el arte se ha escindido.

Hay un campo de las esencias y otro campo de las ideas.

No estimo necesario aclararlas porque están muy claras y netamente definidas.

Sólo sí puede decirse que dentro del campo de las esencias está todo lo que es por generación espontánea o producida, todo lo que es comprobable por medio de los distintos sentidos humanos, y dentro del campo de las ideas todo lo que se puede conjugar partiendo de las esencias, desde la invención de los nombres y su representación gráfica, hasta el manejo de su simbología y consociación para producir teorías, estilos o conversaciones.

La pintura, cualquiera que sea, entra de lleno en este campo, y con líneas, colores y formas nos escribe resumiéndonos los atributos, símbolos, claves gráficas de las esencias, empleando para ello un medio mágico de representación (de ilusión si se quiere), unos polvos de barro aglutinados con poder propiciatorio y de suficiente expresión para persuadirnos y referirnos de la videncia, la cara de la esencia en un lenguaje autónomo, pictórico, sin tener necesidad, si no se quiere, de recurrir a otros medios literales, ideogramáticos.

Vamos, pues, a pasar al sitio, entendiendo esto por otra cosa —licencia peregrina que me tomo prestada de los que afirman que el tiempo es una dimensión a recorrer en la eternidad—, es decir,

sitio o lugar en el tiempo. Nosotros vivimos siempre en el sitio a que nos conduce el tiempo en su constante devenir. Hoy estamos en otro lugar temporal no sólo que en el siglo XV, sino que en un anteayer, sin ir más lejos.

En la pintura es considerable el poder de la idolatría hacia cosas pasadas. Es también perfectamente comprensible y hasta muy justificable este poder, puesto que las artes mayores—la pintura es una de ellas—tienen una gran permanencia entre varias generaciones. Y todas ellas fijan el tiempo. Cuando se logra una obra de arte es para siempre, sea o no sea documento de una época, pero, eso sí, lograda en un tiempo y fabricada en él, no le es ajena de ninguna manera, siempre es fiel al orden, sitio y realización.

Hoy resulta anacrónico pintar en tablas gruesas de castaño, porque tenemos un material más barato y más cómodo, que es el lienzo o el tablero contrachapado. La pintura a la encáustica se olvidó y hoy no se practica por poco práctica. El fresco no se hace ya habitualmente al modo del siglo XIII, de la misma manera que hoy no se construye una ciudad de piedra sobre piedra y se la rodea de una muralla.

No está todo dicho en cuanto a la exposición de los procedimientos materiales. Hoy ya no pintamos para el señor feudal, ni para decorar el Vaticano, recién fundado, o un Escorial, ni siquiera para aquel burgués de principios de siglo, que se escandalizaba ante las pinturas de Cézanne o los cuadros cubistas. Hoy ya no se escandaliza el que llamaban burgués por pincelada de más o de menos en un cuadro.

Así es que ahora resulta anacrónico hacer cuadros de grandes dimensiones: no hay casa que los pueda soportar como no sea de encargo.

Pensar en la pintura mural sería cosa muy loable si los edificios religiosos y públicos no se los dieran a empresas de decoración y sí a equipos de pintores. Y pintar para escandalizar al burgués, pues... acaso esto es lo más cercano que queda de nosotros, lo que puede parecer más actual de todo, pero el público cada vez tiene menos capacidad de sorpresa.

Posteriormente, dirán: "Esto fué en el siglo XX. Había museos, colecciones particulares; se daban premios a los pintores y ganaban medallas y becas. Se instalaban con un caballete en el campo y otros pintaban sólo en un taller. Saliendo solamente para realizar viajes a mirar otras naciones. Entre ellos solían estar agrupados y no estaban muy reñidos unos con los otros, a pesar de las apa-

riencias y la diversidad de estilos. Tenían que ejercer muy a menudo otras profesiones porque la suya, generalmente, no les daba para vivir. Otros eran ricos de profesión y empleaban la pintura como una digna vitola, un oasis en medio de su desierto familiar y de sus negocios. Mostraban sus obras en unas salas llamadas de exposiciones y se autoimponían libremente el tema. Decían que pintaban para ellos mismos y eran autodidactos; sin embargo, están tan ligados unos con otros como los maestros y discípulos del Renacimiento italiano..."

Todo esto no dudo en absoluto que se comentará de las obras que sobrevivan al azar, al tiempo, seleccionadas entre las que hoy hacemos. Lo que no llego a vislumbrar es las que puedan ser afortunadas. Ser profeta es muy difícil, pero confío en absoluto en que las apreciadas serán aquellas fieles a la ordenación, al tiempo y la técnica, aliados íntimamente. Estoy seguro de que en la pintura vence siempre a la larga lo que se apoya en su propio valor, no cierra la ventana para que entre luz, pero sí cuando pueden entrar moscas.

BRUJULA DE ACTUALIDAD

UN ATENTADO CONTRA LA POESIA CASTELLANA

Permítaseme que comience recabando la indulgencia del director de la revista y de cada uno de los posibles lectores. Y también intentando justificar la absoluta necesidad de un comentario tan desmesurado a un volumen impreso que no tiene de libro nada más que la forma externa.

Como el lector podrá ver por sí mismo cuando se adentre en la lectura de estas páginas, son demasiados y demasiado graves los cargos que han de hacerse a esta—traigamos cuanto antes a la picota su nombre—*Historia y antología de la poesía española* (1) para que puedan ser pasados por alto. Y, dando por bueno el juicio de don Federico Carlos Sainz de Robles, no encuentro posibles eximentes de que echar mano, ni tan siquiera atenuantes. La ignorancia supina es ignorancia culpable, y esto ya es bastante. Pero aún hay más. Hay visos de una torcida voluntad manifiesta, como pronto se echará de ver.

Y por si esto fuera poco, el volumen aparece ahora en su tercera edición, y tiene ya nueve años de vida. Nueve años en los que miles y miles de ejemplares han sembrado por el mundo, a los cuatro vientos, la confusión y el pasmo respecto a lo que sea la poesía castellana. Ahora esta tercera edición va a emprender su alocada carrera, saltando a América desde el primer momento. El tomo, de dos mil quinientas páginas, en papel biblia, lujosamente encuadernado, es primoroso, y se ha metamorfoseado ya en una rica y apetecible mercadería, revestida de todas sus galas. Una mercadería que debiera empezar por ser una depurada obra del espíritu, un acrisolado tesoro del acervo poético de nuestra noble lengua castellana. Esparcidos a los cuatro vientos están también el estudiante bisoño, que ahora hace sus primeras armas; el lector profano, pero amante y ávido de la buena poesía; el profesor, sobre todo, quizá forzosamente alejado de España desde hace años, y con verdadero e imperioso afán de conocer lo que nuestros poetas van dando día a día al siempre creciente acervo del espíritu hispánico. Todos necesitan ese tomo que acaba de aparecer en los escaparates con el comprensivo rótulo de *Poesía española*. Pero ninguno sospecha que el resultado del repaso de esas páginas va a ser desolador

(1) Federico Carlos Sainz de Robles: *Historia y antología de la poesía española (en lengua castellana) del siglo XII al XX*. Edición ilustrada con prólogos, notas, vocabularios e índices. Aguilar, Madrid, 1955 (3.ª edición, ampliada y revisada).

para el que acierte a distinguir lo que en el texto se ofrece entreverado e indistinto, y fatal para el que no tenga la suficiente formación.

Porque la poesía castellana—conviene advertirlo desde ahora—es más que esto, mucho más que esto. Pero también mucho menos, muchísimo menos.

1. CONTRIBUCIÓN A UNA ANTOLOGÍA UNIVERSAL DEL DISPARATE

Conste desde ahora que sólo trato de hacer unas breves consideraciones, sin propósito exhaustivo ni muchísimo menos. Recoger aquí, siquiera sea alusivamente, lo que merece censura y reprobación, resultaría imposible (me decía un ilustre amigo, con su habitual gracejo, que una crítica total de este llamémosle libro por una sola vez sólo se podía hacer regalando un ejemplar a cada persona, después de haberlo subrayado, tachado y anotado convenientemente en cada una de sus páginas). Ni siquiera podré referirme a lo remotamente discutible, pero verosímil (como cuando, en la página 22, se sugiere que el mester de juglaría origina la poesía lírica, y el mester de clerecía la poesía épica), ni a las omisiones graves (como al silenciar la más reciente teoría sobre los orígenes de la lírica). Sólo hay cabida aquí para aquello que juzgamos no sólo equivocado, sino disparatado.

No hace falta leer mucho para llegar a la primera de estas equivocaciones de arte mayor. En la página 12, antes de terminar la introducción que precede al estudio preliminar, se nos dice de un poeta tan netamente siglo XVI como San Juan de la Cruz que es un poeta barroco del siglo XVII. Y justo en la página siguiente se caracteriza a la arquitectura del siglo XX con las siguientes palabras: "Hibridismo, confusión, el quiero y no puedo... Cemento... Pesadez..." Yo también quiero y no puedo imaginar que don Federico Carlos supone que Gropius, Mies van der Rohe, Le Corbusier, Frank Lloyd Wright, Oscar Niemeyer, Charles Eastman, José Luis Sert, Secundino Zuazo, etc., pertenecen a la época de los "ostes" (2), y también quiero y no puedo imaginar que don Federico Carlos no ha tenido la suerte de ver ninguna de las creaciones de estos arquitectos, a las que conviene cualquier sustantivo mejor que

(2) El siglo XX se caracteriza aquí como época de los *ismos*, como si clasicismo, barroquismo, neoclasicismo, romanticismo y modernismo terminaran en *oste*.

"pesadez". Y quiero y no puedo imaginar que el traslado de la exclamación "¡Ah!, y un mote: urbanismo" del siglo XX (en el que estaba en la primera edición) al siglo XIX (en que aparece ahora) obedece a un involuntario traslado de ajuste, aunque ya sé que es imposible pensar esto porque la expresión no forma líneas independientes.

Pero, claro, tampoco vamos a pedir a un historiador de la literatura, antólogo y poeta que esté muy enterado de arquitectura, pues lo lógico es que le pase lo que a la poesía italiana en la página 38 de la "antología" que comento, y es que "apenas hace unos pinitos, ya se da varios trompicones". Al fin y al cabo, él es un hombre de letras, y de buenas letras. Fíjense, si no, en este estupendo solecismo, cazado al azar:

Glotón y sensual, jocundo y jocoso, SOLAZ *y salado.* (Página 31.)

Dejo al arcipreste de Hita que proteste o no de los adjetivos que don Federico Carlos le asigna, pero lo que no puedo dejar al arcipreste de Hita ni a ningún otro arcipreste es que se tome la molestia de advertir a don Federico Carlos que "solaz", en lengua castellana, es un sustantivo.

Otra cosa es la riqueza de léxico de don Federico Carlos. y la propiedad con que hace uso de ella. Al referirse a "mendicidad poética" (?) de Antón de Montoro (del que por cierto nos dice que "vivió miserablemente dando sablazos poéticos a rey y a roque y hasta al mismísimo lucero del alba", página 396) asegura que le dió pocos resultados "y bastantes sofiones" (página 54). ¿Cómo un tipo de mendicidad, sea poética o no, puede dar bufidos? Es cosa que no aclara. Pero, sin embargo, sí nos informa de que la viuda que en 1634 eligió Quevedo como compañera de su vida tenía "pingües caudales, malos humores y varios hijos *ya zangolotinos* (página 113). ¿Cómo puede saber don Federico Carlos que los hijos de doña Esperanza de Aragón eran unos niños bitongos, es decir, unos muchachos que *ya* querían pasar por niños? Y ¿por qué habla, en la página 171, de "los currinches de la crítica" como si los principiantes de algo tuvieran que ser por fuerza aviesos y malintencionados? ¿Cómo puede simultanear "repujados y nielados", aunque sea para referirse a los sonetos de Juan de Arguijo, tan "gran señor de esplendideces" que "se gastó ocho mil ducados en agasajar a la duquesa de Lerma"? (Pág. 687.)

Si tampoco la "forma" es el fuerte de don Federico Carlos, veamos ahora el "fondo". En definitiva, lo importante es el conte-

nido. Para ello tomemos, por ejemplo, el juicio que le merece "el frío dogal del neoclasicismo" (pág. 101), ese siglo XVIII que "como todos los siglos—copio de la pág. 126—tiene su arte propio y su propia poesía; mejor aún: el siglo XVIII sabe ser artista y sabe ser poeta con una singularidad manifiesta". He aquí un párrafo verdaderamente antológico:

> *Pero no puedo por menos de figurarme a alguno de ellos—por ejemplo, al patriota y castizo Nicolás F. Moratín—a la salida de la fonda, retirándose solo por las calles en sombra y* reconcomido como Judas *después de haber vendido a su Maestro. Porque en su conciencia y en su sensibilidad, el buen Moratín—y tal vez algún neoclásico más de petulancia—repugnaba de su condenación, en nombre del buen gusto, de Góngora y de Lope... Y es que el siglo XVIII* mandaba. *Y era un siglo* hipócrita. *Bajo sus apariencias* repipis..., *ocultos con el barniz moralista de la fábula, a la sombra de los pruritos almidonados de una simbología candorosa, vivían exasperados la concepción y la depravación, la sensualidad y el libertinaje refinado hasta el colmo, la mendacidad y la salacidad. Todo el siglo XVIII, todo el neoclasicismo, no era sino una* apariencia correcta. *¡Una exasperante* actitud correcta! *¡Ah, pero mucho* cuidadito *con que nadie intentara* profundizar *en nada! Cara sin cruz* (3).

El lector dirá—y no le faltará razón—que ya es bastante (4). Cierro, pues, este capítulo con un breve ramillete de bellas y luminosas frases:

1. *Un claustro ojival sonoro de inminencias patéticas.* (Pág. 37.)
2. *Lleva (Hernández-Catá) a su poesía un extraño reconcomio espiritual.* (Pág. 195.)
3. *De noble familia (se refiere a Villalón). Agricultor y ganadero. Gran señor. Muy aficionado a cosmogenia, poesía vieja y nueva, tauromaquia, espiritismo... Cultivó la poesía "entrañable" con la serenidad y la gracia de un deporte... Pero también poseyó como una invencible sugestión de íntimas trascendencias y de trances patéticos.* (Pág. 1599.)
4. *Ha superado (Panero) a casi todos en puro fervor poético, en sutil reconcomio patético (?), en un auténtico regreso a las más espléndidas consecuciones barrocas de nuestros mejores líricos del siglo XVIII (!).* (Pág. 1906.)
5. *En ocasiones, de un lirismo epigramático (!) que turba emotivamente... Su sentimiento y su sentido religioso están en la línea admirable de Elliot* (sic), *Paul Claudel y López-Picó.* (Pág. 1987.)
6. *Su poesía—la de Spiteri—se desarrolla en metáforas dentro de un mundo poético metafórico, lo que hace de Spiteri el poeta de más difícil comprensión entre los actuales. Contribuye a esta dificultad su natural o deliberado cultivo de la metáfora sustancial y mate.* (Pág. 2000.)
7. *Y ¡qué ternura tan recóndita con sonido del metal más precioso!* (Pág. 2165.)

---

(3) Página 133. Subrayamos al alimón don Federico Carlos y yo.

(4) No aludo a las innumerables erratas incomprensibles. ¿Cómo se puede transformar Ribadeo en *Robaello* (pág. 225), pongo por caso?

2. ANTOLOGÍA AL REVÉS DE UNA ANTOLOGÍA ENREVESADA

No me parece ocioso insistir en que la crítica literaria queda ahora completamente al margen de mi propósito, pues tantas cosas reclaman atención antes de poder llegar al examen del criterio aplicado por el antólogo, que uno no puede menos de cansarse. Además, habría que abrigar la duda respecto a que mereciera la pena intentar convencer a don Federico Carlos Sainz de Robles de su mal gusto y escasa sensibilidad, y del poco acierto en que incurre las más de las veces al espigar en la obra de cada uno de los poetas incluídos en la "antología". Sirvan sólo, por ello, unas consideraciones ilustrativas.

La primera de ellas: absoluta carencia de proporción. Imagine el lector que se dedican 926 páginas a toda la poesía seleccionada desde los orígenes hasta el modernismo, con poetas tan mediocres como Garcilaso, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Góngora, Quevedo, Lope y Bécquer, y 1.183 páginas a lo recogido desde el modernismo hasta hoy, claro que aquí se incluyen poetas tan grandes como José Samaniego L. de Cegama, Zacarías Ilera Medina, Federico Carlos Sainz de Robles, Antonio Carlos Vidal Isern, Hermenegildo Martín Borro, Francisca Sáenz de Tejada y Ortí (a) "Gracián Quijano", Martín Alonso Pedraz, Jaime Declaux Ortiz de Bustamante, Fernando Insausti Lastagaray, Florencio Llanos Borrell, José María Cirujano Robledo, María Portuondo Velázquez-Duro, José Alfonso de Gabriel y Sánchez del Río y otros de menor importancia. Y si bien todos estamos de acuerdo en que, en España, cada vez son más fecundas y opimas las cosechas de "poetas", probablemente ninguno de ustedes ha reparado nunca en este portentoso índice de crecimiento: los poetas vivos—palabra que no intento jugar con el equívoco—eran, en la primera edición de 1946, unos 120; en esta tercera (1955), son ya unos 280, por donde se ve que en menos de nueve años el país produjo unos ciento sesenta poetas de antología. ¡Lástima que no se nos den así las cosechas de trigo!

Sin embargo, a Rubén Darío, que figuraba en la primera edición de la "antología", se le hizo desaparecer, al mismo tiempo que se cambiaba lo de "poesía castellana", del rótulo original, por este nuevo título: "poesía española (en lengua castellana)". La ausencia de Hispanoamérica en una antología de nuestra poesía me parece que es muy lamentable, pero como no se trata de hablar aquí sobre lo opinable dejo intacto el tema. No sin dejar constancia, sin embargo,

de que en modo alguno pueden quedar al margen poetas tan culminantes como Rubén Darío, César Vallejo y Pablo Neruda, aun en antologías que no intenten espigar la poesía hispanoamericana. Aunque quede bien claro, no se trata de compartimientos estancos.

Un indudable mérito se puede conceder a la abundante recolección de don Federico Carlos Sainz de Robles, y ya desde ahora admito que esta idea no se me hubiera ocurrido de no estar muy influído por su caótico magín, y se la brindo al ilustre tratadista de Derecho político don Francisco Javier Conde. ¿Por ventura se ha pensado alguna vez en elaborar una teoría de la representación poética? Don Federico Carlos nos ofrece los datos imprescindibles para un primer acercamiento al tema. La aristocracia vendría representada por los nobles de sangre y por los catedráticos (nobleza de la inteligencia). En cuanto al *tiers état*, de Sieyès, ¿quién lo representaría mejor que los periodistas? ¿Quizá un empresario de teatro? Insertamos a continuación el posible esquema:

ARISTOCRACIA:

a) *Nobles: Duque de Amalfi, marqués de Villanova, marqués de Lozoya, conde de Oliva, etc.*
b) *Catedráticos: Vicente García de Diego, Andrés Torre Ruiz, José Manuel Pabón y Suárez de Urbina, Evaristo Correa Calderón, Rafael Láinez Alcalá, Santiago Magariños Torres de Mera, José Camón Aznar, Angel Valbuena Prat, Joaquín Entrambasaguas y Peña, Rafael de Balbín Lucas, Leopoldo Eulogio Palacios, Fernando González, etc.*

CLERO:

Avelino Gómez Ledo, Rodrigo Bayón, fray Justo Pérez de Urbel, padre Félix García Vielba, O. S. A.; fray Juan Alberto de los Cármenes, fray Eduardo de Gema, padre Guillermo de la Cruz Coronado, C. M. F.; Jorge Blajot Pena, S. J.; fray Augusto de la Inmaculada, Ramón Castelltort, etc. (5).

ESTADO LLANO:

a) *Prensa: Juan Pujol, F. Serrano Anguita, F. Ramos de Castro, Luis Santamarina, A. Pérez Camarero,* Rienzi, *A. Rodríguez de León, C. González Ruano, Bartolomé Mostaza, Alfredo Marquerie, J. M. Castroviejo, Salvador Jiménez, Torcuato Luca de Tena, Eduardo Haro Tegglen y medio centenar más.*
b) *Teatro: Conrado Blanco Plaza, etc.*

Quizá debíamos haber incluído también en un apartado especial de la aristocracia una serie de primeras figuras merecedoras de los

---

(5) Sin embargo, el padre Jesús Tomé y el sacerdote don José Luis Martín Descalzo, que con Juan Bautista Bertrán dan actualmente un fuerte acento a la poesía religiosa, no están incluídos en la *Antología.*

máximos laureles en un campo ajeno al de la poesía. En ella estarían los nombres de Angel Ganivet, Pío Baroja, Eugenio d'Ors, Salvador de Madariaga, etc.

Como el lector estará impaciente por llegar a la antología al revés que he prometido más arriba, la inserto sin más tardar a continuación, eludiendo toda suerte de comentarios:

FRISO

Una,
de tan blanca, tan blanca,
parecía de mármol.

Otra,
tan morena, morena,
parecía de barro.

En mis sueños, yo iba
con las dos de la mano.
(Pág. 1811.)

DIALOGUILLO DE LOS DOS AMORES

Mi amor,
cinta verde prendida en tu corazón.

Tu amor,
cinta blanca prendida en mi corazón.

(...y la vida,
cinta negra enroscándose a los dos.)
(Pág. 1953.)

SECRETO

Oye, mujer:
No hay amor...
Se hace el Amor al amar.
(Pág. 1953.)

ABECEDARIO

A
Barraquita valenciana.

B
Barrigoncilla aldeana.

C
Luna menguante galana.

D
...la cartilla no me sé.
(Pág. 2074.)

CENEFA

Ir.
Volver.
Dar una vuelta
y otra al revés.
Ir.
Volver.
Morir.
Nacer...
¡La vida cenefa es!
(Pág 2074.)

CANCIONES DE FIJITSUBO

Ser en tu jardín
flor.
En tu casa
perfume.
En tu boca
miel.
En tu cuerpo
alma.

*

Cerezos en flor
cuando te espero.
Cerezas en fruto
cuando te tengo.

*

Oro. Azul. Verde.
Tanto verde.
Tanto azul.
Tanto oro...
que los ojos
se me han hecho joyas.

*

Se abre a tu sol mi alma
como una fortaleza a su vencedor.
(Pág. 1833.)

¿No hubiera sido mejor suprimir todo lo mucho que de esta calidad se da para ofrecer al lector que busca la auténtica poesía

castellana, sin preocuparse demasiado de etiquetas geográficas, una selección bien hecha de poetas hispanoamericanos? O, al menos para no ir de mal en peor, dejar a un lado toda clase de caprichos. Señalemos sólo dos de mucho bulto. A José Luis Cano, que en la primera edición se le incluye antes de la "provisional y expectante presentación" que se dedica a los poetas todavía inseguros (en la mentalidad del señor Sainz de Robles), y se le incluye nada menos que con cuatro páginas, luego se le suprime de plano, siendo bastante más estimable que muchos de los nuevos invitados al banquete de la "antología". Y a José María Souvirón, que con absoluta injusticia no figuraba en la primera edición, le dedica ahora sólo la única página de los nombres traídos por los pelos, y después de citar los títulos de sus nueve libros de poesía extrae los tres poemas que recoge de las revistas que encuentra más fácilmente a mano. Por cierto que el más largo de estos tres poemas no está incluído en ninguno de los libros de Souvirón, y sólo apareció en el número 1 de la revista *Caracola*, publicación que el señor Sainz de Robles olvida al tratar de las revistas españolas de poesía.

3. ¿IRRESPETUOSIDAD O BROMA? O SIMPLEMENTE ESTULTICIA?

Lo que salta a la vista desde el primer momento es que don Federico Carlos Sainz de Robles ejerce su profesión de historiador de la literatura y antólogo con alegre despreocupación. Mal está que no respete el mínimo derecho al nombre que cada autor tiene para firmarse como le dé la real gana, y así nos habla de Machado y Ruiz, León y Román, Carrero Moreno, D'Ors Rovira, Aleixandre Merlo, Rosales Camacho, etc., y, por el contrario, no nos dice que Gabriel Celaya es un seudónimo. Pero lo que está mucho peor es que no se atenga ni siquiera a su propio criterio, y caiga en las inconsecuencias más absurdas. Así, después de afirmar repetidamente que los cuatro nombres culminantes de la poesía castellana son Garcilaso, Lope, Góngora y Fray Luis de León, a la hora de la verdad los diferencia tanto que dedica a Garcilaso 39 páginas, a Lope y a Góngora, de obra muchísimo más abundante, 14 y 11, respectivamente, y "al de León" (como él llama a Fray Luis), sólo 9. A Quevedo y a San Juan les dedica 10 y 9, respectivamente (7), y a

Bécquer, 8. Sin embargo, le dedica a Zorrilla 22 páginas, al Duque de Rivas y a Espronceda 14 a cada uno, y a Campoamor (que es, según él, de un "prosaísmo integral", pág. 183) y a Basterra (de quien dice que es un "fino poeta de segunda fila", pág. 1386), nueve páginas a cada uno.

Son tan disparatadas las relaciones de proporción, que me permito establecer las siguientes tablas numéricas, que en principio podrían parecer absurdas, para que, después de lo ya dicho, el lector pueda apreciar las cosas por sí mismo:

		Páginas
1.	J. R. Jiménez	20
2.	A. Machado	16
3.	Aleixandre	15
4.	Alberti	14
5.	Cernuda	13
6.	Guillén	12
7.	D. Alonso	11
8.	Lorca	10
9.	Salinas	10
10.	M. Hernández	9
11.	G. Diego	9
12.	Unamuno	7
13.	L. Panero	6
14.	Rosales	5
15.	Souvirón	1

(7) No se piense en la parquedad de la obra de San Juan de la Cruz, toda de antología. Faltan siete de los nueve romances (los que se refieren a la Creación, Encarnación y Nacimiento) y también el largo romance sobre el salmo *Super flumina Babylonis.* También ha desaparecido la estrofa:

Del Verbo divino
la Virgen preñada
viene de camino:
¡Si le dais posada!

que en la primera edición aparecía con esta versión absurda:

El Verbo divino
si le dais posada
la Virgen preñada
viene de camino.

Tampoco se incluye el poema *Ansía el alma estar con Cristo,* cincuenta y dos liras, de las que se creen interpoladas unas treinta. Y no se arguya lo de la atribución dudosa, pues en la selección, en que se suprimen algunos de los escasos poemas auténticos del santo, se incluyen, sin embargo, las *Canciones del alma que se duele de que no puede amar a Dios tanto como desea,* que empiezan: *Si de mi baja suerte,* también de atribución dudosa. Además, todo esto no representaría más de siete páginas, que, con las nueve que se consagran a San Juan en esta *Antología,* serían dieciséis, cifra no desmedida, ni mucho menos, para el impar poeta.

Aunque este barómetro es de una justicia relativa, salvo los casos de Unamuno, Souvirón y Rosales (que es para Sainz de Robles el verdadero renovador de la poesía actual, y, sin embargo, en la "antología" se le pretiere constantemente a muchos de los "renovados"), es imposible de casar ya con el aplicado a los grandes clásicos. Pero ¿cómo relacionarlo con lo que sigue?:

	Páginas
Lope Mateo y Ochaíta	11
Ardavín, Adriano del Valle, Pemán y Leopoldo de Luis (8)	9
Foxá, Mostaza, Carmen Conde y Montesinos	8
Sánchez Mazas, Federico Carlos Sainz de Robles, Laffón, Fernando González	7
José Rincón Lazcano, Camín, Manuel de Góngora, Tomás Borrás, Pérez de la Ossa, Pérez-Clotet, Benítez Carrasco	6
Ramos de Castro, Pérez Camarero, Federico de Mendizábal, Valbuena Prat	5

¿Para qué continuar? ¿Se puede reparar en esto cuando tan poca consideración se concede a la vida y a la obra de los poetas? A continuación, voy a insertar algunos de los más atrevidos e insolentes juicios de don Federico Carlos Sainz de Robles. En ellos, se podrá ver qué concepto tiene don Federico Carlos de cosas tan sagradas e inevitables como la habitual pobreza de los poetas. Pero empecemos por los reyes para que los pobres poetas se consuelen:

1. *Reyes cobardones como conejos y blandengues, capaces, eso sí, de componer una poesía conceptuosa a una sensación imprecisa.* (Pág. 37.)
2. *Pedigüeño e insolente (Baena; recuérdese lo ya citado de Montoro), murió en la miseria, no sin haber ejercido la mendicidad poética con ínfulas de bravucón perdonavidas.* (Pág. 401.)
3. *Era (Rodrigo de Cota) un gorrón y un pedigüeño.* (Pág. 474.)
4. *Se casó... (Alonso de Ercilla) con una hermosa y rica hembra.* (Página 626.)
5. *Arruinado (Esteban Manuel de Villegas), se dedicó a dar* sablazos, *a pedir empleos, a estudiar a los clásicos y a buscar* un buen partido *para el casorio... Murió de viejo y de pedantón.* (Página 795.)
6. *Llevó (Jerónimo de Cáncer y Velasco) una vida aventurera y de pedigüeño. Era feo y gurrumino. Audaz y salaz.* (Pág. 805.)
7. *Jugó (Miguel de Barrios) a ser cristiano, judío, cristiano, judío...* (Página 825.)
8. *Según él mismo (Villarroel) asegura, alternó en las siguientes profesiones: bailarín, torero, ladrón, alquimista, charlatán, soldado, ermitaño, trotamundos, confidente, transmutador, matemático, médico, cómico y confeccionador sibilino de almanaques.* ¡ADMIRABLE PERSONA! *Se ordenó de subdiácono para cobrar ciertas capellanías... Un gran tipo.* (Pág. 846.)

---

(8) Debe de ser ésta otra forma de agradecer a Leopoldo de Luis (que en la primera edición aparece como Leopoldo Urrutia de Luis) los "servicios prestados", completando lo que se dice en nota en la página 230.

9. *Y por una sátira le* empapeló *(a Samaniego) la Inquisición de Logroño.* (Pág. 877.)
10. *Viuda, hermosa y adinerada (Margarita Hickey), debió de vivir apasionadamente.* (Pág. 889.)
11. *Se casó con doña Manuela Lema, y se hizo muy formalito. Abandonó las ideas volterianas y fué muy religioso, muy dandi, muy requetesimpático.* (Pág. 997.)
12. *Tenía (Miguel Agustín Príncipe) la sutileza precisa para meterse en cuanto no le importaba... siempre que importara a los demás. Era maestro en el arte de sonsacar.* (Pág. 1022.)
13. *Fué poeta (Ricardo Gil) lleno de finezas y de finuras, de alientos originales y renovadores; elegíaco sin lloriqueos; de anticipaciones, de sutilezas verlenianas; pero sin pizca de simbolismos, oscuridades ni afeminamientos.* (Pág. 1155.)
14. *Poseyó (Manuel Paso Cano) un íntimo fervor poético y una sensiblería de buen tono.* (Pág. 1159.)
15. *Las poesías son fáciles, costumbristas, de una sensiblería de buena ley. (Se refiere a José López Silva.)* (Pág. 1171.)

Caso aparte es el de Rubén Darío, a quien don Federico Carlos Sainz de Robles no ve con buenos ojos, a pesar de reconocer que el maestro de Nicaragua influyó sobre la poesía de Federico Carlos Sainz de Robles. Niega a Rubén toda su importancia para el movimiento modernista. Dice que los tres primeros libros de Darío contenían "poesías muy vulgares, sin atisbo alguno de personalidad, delatando influencias campoamorianas, becquerianas y zorrillescas. Y, de pronto, *Azul*... "De pronto significa aquí, supongo, veintiún años. Y añade: "Practicó el ocultismo. ¡Ah! y ya bebía mucho. Cogía las curdas más morrocotudas y lloronas del mundo. Las que, en París, le había enseñado a coger el pobre Verlaine." Además de minimizar a Rubén, injuria al admirable poeta de *Sagesse*, pues sabido es que Rubén Darío no vió más de una vez a Verlaine, sin que llegara a hablar con él. Afirma también que Darío tenía un "gusto exquisito hasta lo absurdo", y al hablar de Manuel Reina, sentencia: De él dijo el modernísimo Rubén Darío: Lírico de penacho, en color en Fortuny", y otras lindezas similares. (Pág. 1154.) Y después de todo esto, el malabarismo de hacer desaparecer las nueve páginas que le consagraba en la primera edición de la "antología".

4. BREVE AUTOBIOGRAFÍA DEL ANTÓLOGO Y ANTOLOGÍA ABREVIADA DEL POETA

Antes de terminar, merece la pena de que digamos dos palabras del historiador de la literatura-antólogo-poeta que después de imprimir en miles de ejemplares las agudezas anteriormente enumera-

das y otras muchas más, se permite calificar de lindezas unas palabras de Rubén Darío, y de "curdas" las embriageces del gran poeta. Y mientras el nombre de don Federico Carlos no figura más que en sus propios libros, tenemos que acudir, por fuerza, a esta única fuente. Léase, con atención, el juicio que Federico Carlos Sainz de Robles, poeta, merece a Federico Carlos Sainz de Robles, antólogo:

"Poeta, novelista, dramaturgo, historiador, ensayista, crítico literario. Nació en Madrid (1899). Estudió Humanidades y Filosofía en el Seminario Conciliar de su ciudad natal. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras. Archivero, bibliotecario, arqueólogo del Ayuntamiento de Madrid. Colaborador de La Voz, Diario de Madrid, Cervantes, Escorial, Vértice, El Bibliófilo, Revista de la Biblioteca y Archivo, El Español *y de otras numerosas publicaciones. "Premio del Ayuntamiento de Madrid 1931". Ha dado numerosas conferencias en el Ateneo madrileño y publicado cincuenta y tres obras de varios géneros.*

Sains de Robles cultivó la poesía entre 1919 y 1923. Se libró de las influencias de los movimientos líricos subversivos, pero no de las de Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Pertenece al postmodernismo más avanzado. (Pág. 1552.)

Como tenemos la suerte de que el poeta Sainz de Robles sea al mismo tiempo un estupendo crítico literario, no es necesario que nos rompamos la cabeza rastreando posibles influencias, pues él mismo nos da la pista. Sólo falta confirmar lo que él nos dice y la confirmación es bien fácil. Nótese en el pequeño fragmento que sigue la presencia de ese "potrillo salvaje" que, según el Sainz de Robles historiador de la literatura, fué Rubén Darío:

Déjame. ¡Déjame! Tú ignoras la alegría
de ser uno su yo, siquiera un rato al día,
quitada la careta de la razón sombría.

De darte cuatro besos y cuatro apretujones (!)
sin tenerte que dar obvias explicaciones.
Y que tú los aceptes y que no los razones.

De hallar un lado poético en todas estas prosas...
(Pág. 1553.)

Esto de hallar un lado poético en todas esas prosas es demasiado pedir. Pero a lo mejor es más fácil en este otro fragmento influído por Juan Ramón Jiménez:

Alguna vez quisiera no ser yo
complejidad débil en su complejo.
Y ser como otro muy distinto hombre
apolíneo, de regusto epidérmico.

Hombre yo así. Hombre como ese hombre
cuya hombrada es llevar a hombros su gesto...
¡Con qué gesto te gesticularía:
vete con Dios, que a rey muerto, rey puesto!
(Pág. 1555.)

Huelgan comentarios. Me limitaré a informar al curioso lector que el poeta Sainz de Robles en la "antología" de Sainz de Robles ocupa casi ocho páginas (eso en la tercera edición, que en la primera ocupaba dieciséis, con lo que algo hemos salido ganando), las mismas (y respecto a la primera edición, casi el doble) que Fray Luis de León, que, según el reputado crítico literario don Federico Carlos Sainz de Robles, es "sin discusión" una de las cuatro cumbres de la poesía castellana.

5. CONCLUSIÓN

"Al seleccionar las poesías—nos dice Sainz de Robles en el estudio preliminar—no me he guiado por la opinión o gusto de ningún recopilador, por mucha que sea su autoridad. He preferido seguir los míos." De los gustos de don Federico Carlos Sainz de Robles podrá juzgar todo el que se tome la molestia de hojear y ojear las dos mil cuatrocientas treinta y cuatro páginas (para ser exactos) de este atropellado centón, de esta confusa silva o miscelánea que, sin embargo, pretende ser la primera historia y antología de la poesía castellana. Y, por Dios, no sea el lector tan severo con don Federico Carlos como es don Federico Carlos con sus benévolos compañeros los críticos literarios serios y con conciencia de la importancia y de la trascendencia de la labor crítica. Que no en vano un escritor de tanta sensibilidad como Oscar Wilde estudió la función del crítico como artista.

CARLOS PEREGRÍN OTERO

DOS LIBROS HISPANOAMERICANOS TRADUCIDOS AL FRANCES E INGLES

La Unesco distribuye actualmente la versión francesa de *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* (1), la obra de Gabriel René Moreno, que refiere las vicisitudes y contradicciones de la sociedad de su época con la maestría de un sociólogo. Aparece en esta crónica el encadenamiento de pasiones e intereses que prece-

(1) Gabriel René Moreno: *Les derniers jours de la Colonie dans le Haut-Pérou.* Introducción y traducción de Francis de Miomandre. Colección "Unesco de obras representativas". París, 1955. 348 págs.

dieron al movimiento de independencia de América con una claridad diáfana, y cada hecho recibe la importancia que tiene, quedando en la penumbra los que, abultados por el prejuicio o el fanatismo, pudieran haber extraviado a un autor menos agudo.

Un prólogo breve del traductor, Francis de Miomandre, familiariza a los lectores de lengua francesa con el carácter y alcances de la obra. Francis de Miomandre se ha compenetrado con el espíritu del texto original, y basta mencionar algunos de sus conceptos para comprender el cariño con que ha llevado a efecto su trabajo. Gabriel René Moreno es, a su juicio, un auténtico historiador, un hombre paciente, que incansablemente se dedicó a la investigación ejemplar y modesta, y así pudo llevar a cabo una obra singular, en la que relucen los prestigios de la pluma y los méritos de la inteligencia. En estas condiciones, el libro podrá ser perfectamente apreciado por los lectores no españoles, pues Miomandre ha sabido conservar el inmenso vocabulario del original, dándole además la vivacidad y fuerza de la literatura moderna. Esta adaptación ha requerido todo el ingenio de Miomandre y su amplio conocimiento de los problemas iberoamericanos. Sería difícil encontrar un intérprete más fiel.

En el prólogo, Miomandre estudia un problema histórico relacionado con el título de Alto Perú, que Gabriel René Moreno prefirió al de Bolivia. Esta preferencia responde a un sentido patriótico profundo y a las condiciones ideológicas de aislamiento en que hubo de vivir el autor.

Corresponde la publicación de esta obra al plan de la Unesco de facilitar el conocimiento de las letras iberoamericanas al público de las demás regiones culturales y geográficas. En este sentido, *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* constituyen una fuente indispensable de referencia en el estudio de la historia de América, y Gabriel René Moreno recibe así la consagración que merece su labor e inteligencia.

* * *

La versión inglesa del *Enriquillo* lleva por título *The cross and the sword,* y está destinada a presentar al público de habla inglesa los hechos, ideas y circunstancias que hicieron de esta novela una de las más representativas del movimiento indigenista del siglo XIX. Tuvo como inspiración la serie de vicisitudes de los pueblos aborígenes frente a los conquistadores. Manuel de Jesús Galván la escri-

bió como justificación de su propia carrera política, y su estado de ánimo es un reflejo de la ideología que motivó el movimiento de independencia de América.

El prefacio va suscrito por Max Enríquez Ureña, quien explica el carácter de los episodios, lo que corresponde al genio poético del autor y a la verdad histórica en este relato, en que el héroe, descendiente de uno de los jefes indígenas de la región del Jaraguay, es educado por los frailes de Vera Paz y bautizado con el nombre de Enrique. Atendido solícitamente en su infancia por don Francisco de Valenzuela, Enriquillo, una vez muerto su protector, queda sometido a las arbitrariedades del disoluto Andrés de Valenzuela, y, perdida toda esperanza de reparación, se declara en protesta armada, fijando su cuartel general en las montañas de Bahoruco, hasta que, en 1533, Carlos I de España le concede derecho a escoger una región donde vivir con sus vasallos y bajo su ley privativa.

El traductor del *Enriquillo*, Robert Graves, profesor honorario de la Universidad de Cambridge, ha tenido que vencer numerosas dificultades para adaptar al temperamento inglés el estilo isabelino, las emociones liberales y las cualidades de Manuel de Jesús Galván. Tramas y complicaciones de la novela, la descripción de los caracteres, que resultan graciosos en español, han obligado a una matización detenida al ser puestos en la lengua de Shakespeare, y ello ha sido posible porque el traductor vivió más de veinticinco años en España y en constante comunicación con nuestras letras.

En el fondo—según Max Enríquez Ureña—, el libro representa un paso hacia la apreciación verdadera y reivindicadora de la misión de España en América, sin obviar responsabilidades. El choque entre aborígenes y conquistadores se presenta con imparcialidad.

El programa de las traducciones de las obras hispanoamericanas fué iniciado por la Unesco en 1946, y en el mismo participa la Organización de los Estados Americanos, a los efectos de favorecer la comunicación intercultural.

C.

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID A DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Fué una gran fiesta del espíritu y de la inteligencia. Catedráticos, profesores y alumnos (entre ellos algunas religiosas) se apiñaban en el alegre paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de Madrid para escuchar a seis profesores y a un estudiante hablar sobre el que fué catedrático de aquella Facultad, José Ortega y Gasset, y sobre su incorporación al pensamiento y a la literatura universal.

Fué un regalo para la sensibilidad y un ejemplo de libre sinceridad, a la altura y con el rigor impuestos por el escenario y por los actores. Y cada uno dijo lo que, en servicio fiel a la verdad, creyó que debía decir.

Unas palabras del decano de la Facultad, señor Sánchez Cantón; palabras de gratitud por haber elegido aquel lugar para el homenaje. "Al honrar al que fué uno de sus más ilustres maestros—dijo—, la Facultad se honra a sí misma."

En seguida, una representación de los alumnos: el estudiante de quinto curso don Lucio García Ortega contó cómo para muchos de ellos el primer encuentro con Ortega ha sido una aventura personal, y cómo las generaciones universitarias de hoy consideran al maestro no como un político, sino como un hombre, un humanista y, además, como un magnífico espectáculo, que ha sabido presentarse y representarse. Y ¿quién dice que la verdad está sólo en el sistema?

EVASIÓN DE LA MODERNIDAD

Del discurso del catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, don Angel González Alvarez, heredero docente de don José Ortega, copiamos a continuación sus párrafos más esenciales:

"Cuando los restos mortales fueron devueltos a la madre tierra, y el resto inmortal, en el abandono del tiempo, logra la eternidad, se nos fué el hombre, dejándonos como legado y herencia el nombre que, sobre el basamento de la obra realizada, adquiere los perfiles nítidos de una singular concreción.

"Que no falte en el día de la alabanza ni una corona de laurel para el lugar de su cuerpo, ni una oración que cobre trascendencia de eternidad para el estado de su alma."

Después de describir el cuadro de la modernidad filosófica, afirmó: "Por fortuna, entra en escena Ortega. Nadie en mejores condiciones que él para salvar del naufragio lo que está en trance de perecer inevitablemente. Sólo de la filosofía, que es faena cultural, podremos esperar la salvación de la cultura.

"Ortega, con su filosofía de la vida, pretende lograr la superación del idealismo y del realismo, del personalismo y del relativismo.

"Debemos gratitud a nuestro colega universitario por su espléndido esfuerzo en vistas a lograr la reinserción de las estructuras culturales en su núcleo empírico vital. Pocas hazañas tan claras en la historia del pensamiento europeo como la formidable debelación orteguiana de la beatería de la cultura. La filosofía de la vida es el embate español más rotundo, dentro del estilo y las exigencias de un pensamiento ametafísico, a todo filisteísmo de la cultura.

"Así, reconocida en su fundamental significación, la filosofía orteguiana se nos muestra hermética al ser y sin posibilidad de elaborar una ontología. Las direcciones más prometedoras del pensamiento actual, nacidas de la misma circunstancia histórica e impulsadas por análogo intento de superación, pretenden realizar esa tarea de un modo diferente. Justamente revelan una decisión ontológica, esto es, pretenden una especulación sobre el ser. Este es el punto más sugestivo y visible de los grandes pensadores alemanes actuales. Enlazan así con la temática de la gran tradición y se acercan a sus puntos de vista sobre los problemas fundamentales.

"La filosofía europea que en la actualidad se está gestando se libera ya de la modernidad, y nos ofrece un futuro prometedor en retorno a la metafísica. Para la filosofía actual, la tradición es el futuro. Quede aquí nuestro testimonio de gratitud para quien, al concentrar en sí la modernidad, nos pone en trance de evadirnos de ella. Estoy firmemente convencido de que una escolástica orteguiana destruiría lo mejor de Ortega, privaría a España de la incitación al futuro y la agostaría en un pretérito superado."

LAS LECCIONES DEL MAESTRO

Después, otro catedrático de la misma Facultad, Emilio García Gómez, viejo amigo y discípulo de Ortega, con palabra fácil y anécdotas a flor de labios, recordó el tiempo de su juventud universitaria, hace treinta años, y evocó a los maestros Asín, Ribera, Ballesteros, García Morente. "Si algo os deseo—añadió—es que encontréis por lo menos uno que os arrebate, como a mí me arrebató, dentro y fuera de las aulas, don José Ortega y Gasset." Señaló

cómo el maestro nos ha dejado varias lecciones: la del trabajo, la del modo de interpretar la tradición, la tolerancia, su capacidad de desdén, su optimismo, su sentido de la convivencia, su desinterés y su ejemplaridad. Y todo ello sin sueldos oficiales, sin tratamientos, sin bandas y sin cruces.

ORTEGA Y EL DERECHO

Luego, un catedrático de la Facultad de Derecho, el jurista Joaquín Garrigues, un poco como el contrapunto de los restantes oradores, pues, como el mismo confesó, no era amigo de Ortega, ni discípulo y ni siquiera se había distinguido en las disciplinas filosóficas. "Sin embargo—dijo—pude extraer espléndidas lecciones y enseñanzas de Ortega sobre la Universidad y el universitario. Enseñaba dentro y fuera de la Universidad—nos decía Garrigues—y era una especie de cátedra ambulante. Vivía plenamente la Universidad, y frente a ella tuvo dos preocupaciones: no incurrir en un exceso de enseñanzas ni en un predominio de la investigación científica."

Otra acotación interesante hizo Garrigues sobre el Derecho en la obra de Ortega, e incluso leyó una carta personal del maestro, en la que exponía sus pensamientos sobre el Derecho romano. El Derecho no era para Ortega la filosofía jurídica ni la jurisprudencia, sino la realidad jurídica vivida por cada ciudadano. Finalmente, Garrigues dijo esta hermosa frase, que recogemos en su esencia, ante la imposibilidad de hacerlo literalmente: "Yo, que me he pasado muchos años pidiendo a los demás el cumplimiento de la justicia, vengo a ser protagonista de un acto de estricta justicia", y aludió, finalmente, a las causas del alejamiento universitario de Ortega, "causas que sería penoso y desde luego imprudente querer analizar, y que hoy quedan empequeñecidas ante la gran causa por la que Ortega llega de nuevo a la Universidad: la causa de su muerte".

SABIDURÍA, PATRIOTISMO Y AUSTERIDAD

Después, le tocó el turno a la Facultad de Medicina, representada nada menos que por Gregorio Marañón. La significación de este homenaje es trascendental—comenzó diciendo—porque no sólo

se honra la memoria de un hombre ilustre, sino que el Estado cumple una obligación de honrar a los más altos valores de la patria, cualesquiera que sean las diferencias o las afinidades que con ellos haya tenido. En otro caso, habría resentimiento. No hablo del derecho a la crítica, que en mí, que soy liberal, es un sagrado derecho, sino del entusiasmo que debe suscitar en nosotros cualquier gran hombre, aunque sea de distinta ideología.

Habló Marañón de los tres entorchados universitarios: catedrático, profesor y maestro. Este último es la cumbre, y consiste no sólo en enseñar, sino en darse al discípulo. La ejemplaridad de Ortega—dijo también—está en su sabiduría, su patriotismo y su austeridad. En cuanto al patriotismo, dijo que la vida y la obra de Ortega están impregnadas de españolismo o, mejor aún, de iberismo. Quería dar a España el sentido universal que por su tradición le corresponde.

UNA ESPAÑA IDEAL

Terminó el acto—dos horas largas de fiesta intelectual—con un discurso del rector Pedro Laín Entralgo. Un discurso como todos los suyos, lleno de sinceridad, de originalidad y de buen decir, y sumamente difícil de extractar.

Comenzó explicando que este acto se realiza con un cierto retraso, porque tanto él como el decano quisieron que Ortega y Gasset hubiera vuelto, aunque fuese solamente por unas horas, a su viejo hogar para que los universitarios de Madrid le mostrasen su agradecimiento. El rehusó, y hubo de esperarse hasta ahora, cuando entre el acto que se pensó y este que se realiza se ha interpuesto ya su muerte, imprevista e irreparable.

¿Qué sentido—se pregunta—puede tener el homenaje de una Universidad en la cual el festejado no quiso estar presente? ¿Qué justificación tiene el homenaje a la memoria de un hombre cuyo magisterio intelectual piensan algunos que debía ser olvidado por los españoles?

A la primera pregunta, Laín contesta que la Universidad responde así por boca de su rector: "Por lo pronto, indicaré que nosotros hemos comprendido siempre las razones de esta ausencia última de Ortega, aunque nunca nos hemos resignado a aceptarla. La Universidad quedaría incompleta si renuncia a la obra del filósofo.

La segunda interrogación ha sido formulada por algunas perso-

nas, y es forzoso reconocer que hay, entre ellas, hombres de buena intención y grave responsabilidad espiritual. Como respuesta, hay que señalar que el objeto propio de nuestra actividad como universitarios son las ideas. Y una España ideal, para nosotros, es aquella en que, a la sombra de la verdad de Cristo, pudiera convivir el espíritu de Santo Tomás con el de Ortega y Gasset, por citar al que ahora festejamos; el del padre Arintero, con el de Antonio Machado; el de San Ignacio, con el de Unamuno, y el de Menéndez Pelayo con el de Ramón y Cajal, con aquella magnanimidad mental que Menéndez Pelayo aprendió y en la que tan poco le siguen los que se dicen sus seguidores.

Una España así configurada, una España ideal al servicio de la cual quisiéramos que se configurase la Universidad. Y por todo lo que Ortega ha dado a esta idea de España, celebramos y agradecemos su egregio magisterio.

¿Prosperará esta idea de España y de la Universidad hasta informar las cosas visibles? ¿Será, con la obra, con la actitud, con el esfuerzo de los demás, reconocido el puesto de Ortega en esta obra?

No lo sé. Pero sí sé, y sabéis vosotros, que es muy posible que el muerto pueda seguir viviendo en nosotros en lo mejor de su vida. Que las virtudes intelectuales del mejor Ortega sean en vosotros esencia viva. Esto es lo que nos atrevemos a pedir a Dios, que le habrá juzgado según su infinita sabiduría divina, y no según nuestras parcialidades humanas.

Si eso ocurre, este acto habrá tenido pleno, entero sentido".

MANUEL CALVO HERNANDO

CATOLICOS EN HISPANOAMERICA

En un volumen consagrado a la política internacional del decenio 1944-1954, Tibor Mende rotulaba un trabajo del modo siguiente: "L'Amérique Latine: spirale ou cercle vicieux?" (1).

Ciertamente, hay margen para amplias tonalidades dialécticas en

(1) Véase *Dix Ans d'Histoire du Monde, 1944-1954,* Julliard, cuarto trimestre de 1954, págs. 76-84. *Deo volente* lo comentaremos en otra ocasión.

torno a Iberoamérica. Con frecuencia, se orean sus problemas económicos. En realidad, las cuestiones económicas tienen un singular valor para Hispanoamérica. Mas, si se adopta una postura absoluta, se corre el peligro de soslayar *las olvidadas fuerzas morales.*

En este sentido, no es extraño que hayan surgido pensamientos acerca del *hecho* católico en aquellas tierras. El pasado Congreso Eucarístico de Río de Janeiro ha dado pie para pergeñar balances sobre determinadas realidades (por otro lado, nada nuevas para el verdadero interesado por los perfiles espirituales de la América Ibera).

El padre norteamericano Magner ha destacado tres aspectos de la existencia sudamericana: 1.º La injusticia social originada por un desarrollo económico rápido y anárquico. 2.º La apostasía de los intelectuales. 3.º La eficacia de la ofensiva protestante... Y el padre Magner ha percibido la responsabilidad de los católicos hispanoamericanos, al advertir claramente que, "si un día América del Sur se pierde para la Iglesia, los católicos se lo tendrán que reprochar sólo a sí mismos".

Se ha hecho notar la falta de sacerdotes en la América hispana. Por una parte, las iglesias locales son demasiado pobres en vocaciones para hacer frente al gigantesco trabajo en perspectiva. Por otro lado, las iglesias europeas, con frecuencia, ven disminuir peligrosamente el reclutamiento sacerdotal. La pregunta que se nos presenta es la siguiente: ¿cuántos habitantes hay por sacerdote en Hispanoamérica? Si echamos mano de una encuesta efectuada en 1950 por los *Cahiers du Clergé Rural,* nos encontramos con estos detalles:

	Habitantes
Guatemala: Un sacerdote para cada grupo de	28.000
Bolivia: Idem íd., íd.	12.000
Honduras: Idem íd., íd.	10.000
Cuba: Idem íd., íd.	8.000
Perú: Idem íd., íd.	7.900
Brasil: Idem íd., íd.	7.500
Venezuela: Idem íd., íd.	6.800
Argentina: Idem íd., íd.	4.100
Colombia: Idem íd., íd.	3.800
Chile: Idem íd., íd.	3.650

Ahora bien: anotemos que, bajo el título de sacerdote, van incluídos los miembros de las Ordenes religiosas. Aparte de que las citadas estadísticas no aprisionan sino un valor documental. En efecto, la mayoría de los sacerdotes indicados más arriba están

adscritos a los servicios de las parroquias *urbanas.* Como máximo, un tercio reside en las regiones rurales o las atienden en visitas periódicas. De ahí el valor del Congreso de Manizales, en Colombia, dedicado al estudio de las cuestiones del elemento agrícola en la América Hispana. Y, en el terreno de la evangelización, la obra de los padres *itinerantes,* la visita más o menos regular de los misioneros, no produce una "siembra" en profundidad (todo lo más en superficie).

En "La Iglesia y la cuestión social: el gran problema de la América Latina", la revista *Latinoamérica* ponía en guardia, en su número 37, contra un optimismo *béat.* La circunstancia real es que hay miseria y que hay una tentación hacia el comunismo en más de un lugar. Gracias a la religión, esta ideología no ha arraigado todavía. Sin embargo, se llama la atención. Ya que algunos notan un retraso del catolicismo en Iberoamérica respecto a las formas nuevas que se dibujan. Incluso se dice que, en estos sitios, el pueblo no se halla siempre plenamente preparado para la doctrina de las Encíclicas. Así se valorará debidamente la creación de Institutos sociales con vistas a la formación de sociólogos cristianos en las naciones hispanoamericanas. Pues la influencia comunista en la América ibera se evidencia, aun parcialmente, en la asistencia de los iberoamericanos a los Congresos comunistas (de la Organización de la Juventud Democrática a la Organización Mundial de las Confederaciones Obreras).

Claro es que existen singularidades esperanzadoras. Así ha ocurrido con la pujanza de ciertos movimientos sindicales católicos, con los Congresos Eucarísticos y Marianos, con las Universidades católicas... Mas un riesgo terrible reside en ciertas propensiones generales en los solares americanos. Por ejemplo, en una revista redactada en lengua inglesa, hemos leído: "Hoy día, las esperanzas de los latinoamericanos son estrictamente materialistas. Ellos desean una salida del feudalismo y del semicolonialismo y la vislumbran en la industrialización."

El asunto no admite dudas. La explicación la suministra, con soberana sencillez, el semanario católico *Verbum,* de Guatemala, refiriéndose al panorama religioso de su país: "La extrema gravedad del tiempo en que nos encontramos, en el seno de una sociedad en plena bancarrota, hace más necesario el aumento del clero." (Indiquemos que en 1953 había en Guatemala un total aproximado de cuarenta seminaristas para una población católica de tres millones.)

Por supuesto, no es tarea fácil aprehender suficientemente las realidades sociales hispanoamericanas, inmensas y heterogéneas. En todo caso, se ha hablado de la situación religiosa en Hispanoamérica con la palabra *dispersión*...

LEANDRO RUBIO GARCÍA

EXPOSICION EXTRAORDINARIA DE PAUL GAUGUIN EN LA TATE GALLERY

"Rien que de la peinture, pas de trompe-l'oeil." Estas palabras de Paul Gauguin significan nada menos que la ruptura con una tradición de más de cuatro siglos. Por obra y gracia de Gauguin, la pintura occidental va a dejar de ser esclava de la naturaleza y se transformará en su dueña y señora. El ideal estético del "naturalismo" (tómese aquí la palabra en el mismo sentido que "realismo") había sido la imitación fiel de la realidad; la pintura, en concreto, tenía como misión el reproducir las figuras de las cosas reales, sus colores, sus luces y sombras. El impresionismo había sido una culminación de esta estética, como antes lo había sido el Velázquez del último período. Paul Gauguin se rebela contra toda tiranía de la realidad: "El arte primitivo nace del espíritu y se sirve de la naturaleza. El llamado arte refinado nace de la sensualidad y es esclavo de la naturaleza... En nuestra presente miseria, la única salvación posible es una decidida y franca vuelta a los principios, es decir, al arte primitivo."

La exposición de pinturas, grabados y tallas de Gauguin, organizada para el pasado Festival de Edimburgo, y después expuesta en la Tate Gallery de Londres, es una buena lección de cómo el pintor supera y rechaza el impresionismo desde las mismas entrañas de éste. Cerca de dos docenas de óleos ilustran en esta exposición el camino recorrido por el artista desde sus trabajos de aficionado (véanse sus *Paisajes* de 1871, Copenhague, y 1873, Cambridge, a la manera de Corot) hasta su completa integración en el movimiento impresionista y los primeros síntomas de su abandono del estilo de un Monet o de un Pissarro. En *Jacob, luchando con el Angel,* de 1888, Galería Nacional de Escocia, Gauguin ha roto ya definitivamente con el impresionismo y está creando un estilo nuevo: el "synthetisme" o "cloisonnisme", cuyas características esenciales serán después asimiladas por una buena parte de la pintura

moderna, incluyendo los Naifs, los Fauves, Matisse, Rouault, Kandinsky, los expresionistas del Blaue Reiter y el mismo Picasso en alguno de sus períodos. La pintura occidental posterior a este cuadro va a ser desde entonces, como el "sintetismo" de Gauguin, un arte "idéiste, symboliste, synthétique, subjective et décorative".

Desde aquí hasta los últimos lienzos de las islas Marquesas, el desarrollo artístico de Paul Gauguin es un continuo y trabajoso ascender hacia esferas más significativas, más poéticas del arte. Pero al mismo tiempo, y quizá a causa de ello, la pintura de Paul Gauguin se hace cada vez más "puramente decorativa". (No todas las fases de esta evolución están debidamente representadas en la exposición de la Tate Gallery; sin embargo, hay ejemplos suficientes de las principales etapas del camino. Señalemos entre ellos: *La Belle Angèle,* 1889, del Louvre; *El Cristo Amarillo,* 1889, de Nueva York, y *El Cristo Verde,* 1889, de Bruselas, pertenecientes al primer período bretón; *I Raro Te Oviri,* 1891, de Minneápolis, y *La Luna y la Tierra,* 1893, de Nueva York, magníficos ejemplares ambos del primer período tahitiano; *El Caballo Blanco,* 1898, del Louvre, *Las Tres Tahitianas,* 1899, de Edimburgo, y las naturalezas muertas; *Girasoles,* 1901, de París y Zurich, representando el segundo período tahitiano; y, finalmente, *La Llamada,* 1902, de Cleveland, y *Mujeres y Caballo Blanco,* 1903, de Boston, correspondientes al último período del pintor, en las islas Marquesas.)

Porque Gauguin sabía que las líneas, las proporciones y las tonalidades del color tienen en sí un valor emocional, expresivo, y que las simplificaciones decorativas tienen siempre un significado profundo, más metafísico que psicológico. Y sabía, además, sobre todo, que el arte auténtico de todos los tiempos y de todas las culturas busca su inspiración "au centre mystérieux de la pensée". El temor y temblor que refleja *Mujeres y Caballo Blanco,* 1903, una de las últimas obras del artista, emana, desde luego, de ese centro misterioso.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

UNA GRAN NOVELA DE SILONE

Apenas es conocida en España la nutrida pléyade de novelistas italianos contemporáneos. Casi con la única excepción de Alberto Moravia, nuestros editores no se han preocupado de la magnífica

narrativa italiana de nuestros días. Hasta que ahora, en una cuidadosa, artesana, podríamos decir traducción de Julián Ayesta, nos llega a las manos la primera novela de Ignazio Silone, salida a luz en tórculos españoles: *Un puñado de moras.*

Ignazio Silone, el primer novelista italiano según Faulkner, es uno de tantos fugitivos de la doctrina comunista y de su férula disciplinaria, de las que hasta 1931 fué fervoroso corifeo. Campesino de los Abruzzos, íntimamente arraigado, en lo espiritual tanto como en lo físico, en lo más abrupto de su región natal, ha narrado en duros relatos *(Fontamara; El grano en la nieve,* etc.) la vida y las aspiraciones, entre trágicas y grotescas, de los "cafoni" de su país. De su literatura aldeana surge un valor universal, sin lindes físicas o morales, como aconteció con la obra de Barrès, de Hardy, de Mauriac o de nuestro Galdós. Sus narraciones aprehenden a los hombres tal como son, insuflándoles a veces ese poquito de ironía poética que no poseen aquéllos en la realidad, para así universalizar mejor su condición, salvando con un toque de ternura lo que pudiera quedarse en fría objetividad realista.

En *Un puñado de moras,* la novela limpiamente vertida al castellano por Ayesta, Silone relata, simultáneamente, la experiencia de la implantación del comunismo en una pobre aldea, habitada casi únicamente por "hombres desesperados", y el proceso de "desviación" doctrinal del protagonista del relato, el ingeniero comunista Rocco, tras un viaje de éste a Varsovia y Moscú. Pero no es este libro, como pudiera parecer tras lo antedicho, un panfleto rencoroso o una exposición doctrinal. Si en él existe una tesis, va tan implícita en los mismos entresijos de la narración, que apenas puede considerarse como tal. El relato tiene, por otra parte, la suficiente fluencia, la serenidad y la humanidad bastantes para que no pueda ser considerado como uno de tantos reportajes publicitarios como se publican bajo apariencia novelística. *Un puñado de moras* es una novela, una excelente novela, de la que se desprenden innumerables posibilidades persuasivas; pero que se desprenden de la evidencia misma de los hechos, y no de las exposiciones ideológicas del autor. Es, en fin, algo absolutamente distinto a los relatos seudonovelescos de Koetsler, Kravchenko, Valtin, etc.

En esta narración de Silone se advierte la falsedad utópica del paraíso soviético con un realismo impresionante. Pero esto es lo menos trascendente del libro. Lo que de él interesa de verdad son las figuras humanas, de una espléndida fuerza literaria, de una ca-

racterización asombrosa algunas de ellas, así como la espléndida captación del ambiente.

Paralelamente al relato de la experiencia comunista, que va fracasando vertiginosamente, se nos exponen en *Un puñado de moras* los dramáticos debates de conciencia del ingeniero Rocco, protagonista del libro y una especie de trasunto del propio Silone, convicto paulatinamente de la inutilidad de sus esfuerzos, de la vanidad y gratuidad de un movimiento que él había considerado como la "historia en marcha". El proceso amoroso, de una singularidad cargada de sugestión; los pequeños episodios, tanto dramáticos como satíricos, que ilustran la narración; la intensidad desnuda de los caracteres y el clima realísimo cooperan para producir una ácida desazón, un descorazonamiento, que sólo al final de la novela parece hallar un esperanzado quiebro, cuando ya el desquiciamiento ha llegado al momento culminante. Es solamente un símbolo, pero sirve para destacar un fondo ilusionado, que, a la postre, es la clave del libro: El cuerno de la aldea, el que antes convocaba a los campesinos a las asambleas comunales, y que luego ha estado misteriosamente perdido, volverá a sonar cuando un soplo de verdadera libertad lo hiera. "Acaso sea dentro de un año, o de veinte, o de mil, pero sonará." Esas tremendas palabras, revestidas de una punzante poesía, parecen quitar del ánimo la espesa capa de pesimismo. *Un puñado de moras* acaba por decirnos que ese puñado de bayas silvestres es lo único sobre lo que el hombre puede ejercer plenamente su poder.

ENRIQUE SORDO

UN NUEVO LIBRO DE ALEJANDRO GALLINAL

La lectura de este libro (1) despierta el recuerdo de la *Lógica viva*, de Vaz Ferreira. Menos por el estilo y por algunas otras características, como la brevedad de los capítulos, la prosa, etc., que por la vitalidad. Vaz Ferreira escribe una lógica que viene a ser una descripción de las figuras vivas de la expresión, a media voz, de la sociedad: los modestos recortes de prensa, las frases diarias

(1) Gallinal Heber, Alejandro: *Meditación sobre la caridad.* Montevideo, 1955.

de la propaganda, etc. Gallinal hace también una descripción de las formas vivas de la pretendida cordialidad social: las proclamaciones caritativas, las generosidades a medias, etc. El parentesco es, pues, el de la fuente y el apoyo en que uno y otro van a buscar su objeto de meditación.

Pero hay, además, algo que hace pensar en este parentesco espiritual: el vigor y la agilidad de la expresión personal; una expresión que es fuente directa, en uno y en otro, de una preocupación vital y ajena a todo interés libresco. En Vaz Ferreira no aparecen definidas ni referidas las formas de los silogismos o de cualesquiera otras figuras lógicas. En Gallinal tampoco hay definiciones, ni librescos estudios sociológicos sobre este fenómeno humano y social. Ni siquiera hay algo que recuerde meditaciones de antropología filosófica ni instituye principios generales (como lo hace, pongo por ejemplo, X. Xirau en *Amor y mundo).* Esto es de agradecer, pero sobre todo de alabar, porque por este lado se restituye a una forma literaria su auténtica naturaleza. "La afirmación, menos la prueba explícita", dice del ensayo Ortega. Y verdaderos ensayos son el libro de Vaz Ferreira y el de Gallinal. Tanto el uno como el otro, que están más allá y más acá—y así hay que juzgarlos—de lo "científico", entablan un diálogo directo con el hombre, y son, por sobre todo, un testimonio humano y hondo.

Llamemos la atención sobre el proceder intelectual de Gallinal en esta meditación. Gallinal no se pregunta por la esencia de la caridad, sino que se limita a comprobar su ausencia. Delimita con ello, siguiendo por las líneas del vacío que deja, la caridad misma. Mas no se queda ahí. Tras esta definición negativa—la más interesante desde el punto de vista de la "estilística del pensar"—se oculta algo más que un método, pues la negatividad exige la positividad, y ésta es, en el libro de que damos noticia, el modo como *debe ser* la caridad. Además del proceder intelectual, la meditación sobre la caridad es una exigencia moral; es, mejor, una moral de la caridad, una ética del orden de la caridad. Gallinal no se queda, pues, en la comprobación, ni en la delimitación de lo que es y debe ser la caridad, sino que va más adelante. El lado negativo de la definición, en juego con la exigencia positiva, hacen que sea también una protesta contra la sociedad, que hace imposible o que disfraza el ejercicio de la caridad, esto es, el ejercicio de la profesión de hombre, como dice Alfonso Reyes.

Con esto llega Gallinal a situarse también en el terreno de las

preocupaciones intelectuales más rigurosas de nuestro tiempo: las que meditan sobre el agotamiento de las virtudes humanas. Bien a través de la técnica, de la socialización de la vida o de la totalización política del quehacer humano. Gallinal medita, pues, sobre la deshumanización del hombre, la más radical, pues aquí no desempeña papel ni la técnica, ni la sociedad, ni la política, sino el hombre mismo, la política y la sociedad mismas, en cuanto hacen que la inautenticidad humana presida las relaciones entre los hombres.

Pongamos punto final a esta breve noticia con una observación sobre la prosa: "Forma no es sino el contenido visto desde fuera", escribe el suizo Théophile Spoerri. Y, evidentemente, el contenido —la pasión y la honda sinceridad de la protesta—, visto desde fuera, es la prosa de Gallinal. Los largos períodos y los períodos breves se equilibran en donde se trata de hacer un paréntesis o una observación accidental. Los períodos largos dominan en donde la protesta, la pasión, salen con más fuerza. (Hegel tiene los más largos períodos allí donde expone el núcleo de toda su filosofía con una pasión inimitable.) Esto justifica la impresión que se tiene en algunos capítulos de la falta de cierta dosis de sobriedad. Pero es que la afirmación sincera y la sincera protesta llegan a ser quizá más fuertes que el posible castigo del estilo. Aun lo que puede ser un defecto, resulta aquí de valor.

La obra está bellamente impresa. Y esto contribuye a que su lectura sea en todos los sentidos un verdadero placer espiritual y del intelecto. Entre el agobiante "material" de investigación que invade nuestra producción bibliográfica, una voz humana que confiesa su pasión por un tema humano es algo que sólo sinceramente puede agradecerse.

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

EL HOMBRE EN LA VIDA SOCIAL

La aparición del tomo VI de DOCETE invita a recorrer los tomos que precedieron y llena de gozo pensando que sólo faltan dos volúmenes para que el plan grandioso de esta utilísima obra alcance feliz coronamiento. Es innecesario repetir los elogios que me-

rece, y que, sin regateo, recibe de todos quienes en España y en América la utilizan, casi nos atreveríamos a decir, como un libro de cabecera. El propósito de dotar de un instrumento de consulta y de trabajo a los que, de algún modo, están llamados a difundir la palabra de Dios y la doctrina de nuestra Iglesia, ha sido plenamente logrado. No son unos simples modelos lo que ofrece esta magna obra, ni tampoco unos enjutos esquemas sin savia ni vigor; es todo un tesoro, en el sentido etimológico de la palabra, lo que halla el lector que recorre sus páginas: un tesoro de doctrina y de ejemplos sugestivos y prácticos, llamados a fijar de un modo indeleble las enseñanzas propuestas y a influir decisivamente en los propósitos.

El tomo que tenemos a la vista trata de *El hombre en la vida social* (1). Con orientación segura, se parte de la doctrina sacramental de la Iglesia relativa al matrimonio, se ahonda el sentido profundo de las relaciones entre los esposos, señalando los peligros que amenazan a éstos y también las bendiciones con que Dios ha colmado el amor cristiano.

Con una conexión, que la simple enumeración del repertorio de temas no dejaría translucir, el lector descubre los fundamentos de la familia y la auténtica base del orden social cristiano, apoyado en el hogar y respaldado por el principio de la propiedad y de la justicia. Cabe extraer de la parte más extensa que constituye el volumen toda una doctrina social teórica y práctica, con abundancia de ejemplos, de pensamientos luminosos, de sentencias imperecederas de los grandes maestros de la espiritualidad católica.

Después de las relaciones entre los miembros de una misma familia, los de una sociedad y los de los pueblos entre sí, con todas las arduas cuestiones asociadas a los nombres de patria, autoridad, libertad, guerra, paz, etc., se abordan las mismas relaciones humanas, ofreciendo un verdadero tratado de vicios y virtudes, que ocupa la última parte de la obra, consagrada a delinear seguramente las mismas fuentes del derecho y de la justicia, de donde brotan los ideales auténticos de la sociedad cristiana.

El breve resumen que acabamos de esbozar sólo puede ser un superficial recuento de lo mucho que en este tomo VI de DOCETE puede hallarse. No es poco que, en las dimensiones de un volumen de casi 600 páginas, se haya podido concentrar una gran riqueza

---

(1) Anton Koch, S. I., y Antonio Sancho, Can. Mag.: DOCETE VI. *El hombre en la vida social.* Editorial Herder. Barcelona, 1955. 576 págs.

y variedad de temas, estructurando una verdadera enciclopedia social cristiana.

Quienes conocen la penuria de textos y obras en lengua castellana que traten a fondo los problemas sociales y morales que tiene planteados el hombre en nuestro tiempo, se admirarán más ante la obra realizada por Antonio Sancho. Con sólo hojear el libro y la copiosa bibliografía nacional y extranjera que precede en letra pequeña cada uno de los 98 títulos, el lector se percata al punto del trabajo verdaderamente benedictino que supone, la capacidad creadora de síntesis, que exige por parte del autor la utilización adecuada de tan variadas y copiosas fuentes, no menos que el buen tino que en todas las páginas campea, tan llenas de sana doctrina y escritas tan en consonancia con nuestras mejores tradiciones por el ilustre magistral de Mallorca.

C.

FE DE ERRATAS

En el número 72 de los CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, al publicar poemas de *Luz de mi sangre,* del poeta uruguayo Generoso Medina, donde dice "Premio Nacional de Literatura del Uruguay", debe decir "Premio Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay". De lo que dejamos expresa constancia, a petición del autor.

C. H.

INDICE

Páginas

En páginas de color, el trabajo de Augusto Iglesias *La incorporación española y el destino de Hispanoamérica.* Portada y dibujos del pintor español *Angel Medina.*

LA INCORPORACION ESPAÑOLA Y EL DESTINO DE HISPANOAMERICA

POR

AUGUSTO IGLESIAS

1. No existe, es posible, un solo americano pensante e interesado en los asuntos de su hemisferio, en estas últimas décadas—acaso desde los tiempos de la primera gran guerra—que no se haya impuesto un cuestionario como éste: "¿Hacia dónde vamos? ¿Cuál es nuestro destino?... En nuestro deseo de realizaciones prácticas, ¿por qué programa de acción debemos decidirnos?"

Me refiero—insisto—a la incertidumbre de los pensadores, pues bien saben ellos cómo aun los fáciles problemas familiares, al extenderse y convertirse en problemas colectivos, adquieren de inmediato creciente complejidad; ésta, por cierto, en mayor o menor grado, de acuerdo con la psicología del organismo social que la determine. La turbamulta no es apta a las perplejidades de la reflexión profunda. Para ella los mecanismos de la vida nacional, sus fenómenos propios, su biología, etc., etcétera, aparecen reducidos sin diferenciación posible en clara y notable *irregularidad;* pues, en principio—para su criterio—, todo el dicho "mecanismo" anda mal... Según ese razonamiento simplista, el trabajo—cuando la máquina ande muy desbocada—consiste en reemplazar el régimen "A" por el régimen "B"... Los cuales regímenes, en la práctica (dicho sea entre paréntesis), distínguense entre sí apenas por el color de sus respectivas banderolas... Error grave, pero propugnado sin descanso por el partidismo demagógico en todas las tiendas del mundo indoespañol.

Hay algo, sin embargo, en lo que se halla de acuerdo la unanimidad de los iberoamericanos: en buscar para nuestra economía incipiente otras formas de distribución, a más de nuevos mercados internacionales donde colocar, con las ventajas de la ley de la oferta y la demanda, sus fabulosas riquezas... Debo repetir: en este punto coincide la opinión pública de toda Iberoamérica.

De acuerdo con la historia patria de los diversos pueblos de similar cultura, el mundo tiende hoy a agruparse en grandes bloques defensivos y colaborantes. ¿Podemos nosotros, los americanos de habla española, desentendernos de esta imposición de los tiempos?

Vivimos un período de la Historia universal muy distinto de los de épocas pasadas. Por de pronto, nótese la *visibilidad* de hoy con respecto a la escenografía en que se va montando el drama del "devenir", del "llegar a ser" humanos, y la colosal audiencia con que esta tramoya del tiempo es juzgada, día a día, en los más diversos ámbitos del planeta. La radio, el cine, la televisión, más aún que los servicios cronológicos de los grandes rotativos y del libro, permiten *contemplar* e inclusive *oír* los procesos nacionales del siglo XX, en esquemas varios y en uno de sus aspectos más impresionantes: el de la *teatralidad.*

Hoy "vemos" y "oimos" la marcha de los acontecimientos. El hecho sustantivo, maravilloso, de luchar, sacrificarse y morir en vistas a un destino mejor, llega a nosotros, cada momento, a través de las ondas hertzianas y la pantalla del cine. Es una sensación de estruendo y marejada crecientes, una sensación física, que al confundirse sutil con nuestras ideas nos inclina, como peleles de una farsa callejera, de un lado a otro de las opiniones en pugna.

Esta categoría de comunicación es de

un alto interés especulativo. Por eso, hago hincapié en ella. Además, en la civilización de Occidente, sólo un acontecer destácase al igual del nuestro, con estruendo de marea, poderoso y amplificado, pero sin *visión:* el que señala el descubrimiento y conquista de América.

Ni el Renacimiento, ni la Reforma, ni la Revolución francesa tuvieron la categoría de sonora vibración que tiene en nuestros días, por las razones antedichas, el ansia multitudinaria de rearquitecturar la economía del mundo de un modo mejor.

El Renacimiento, a pesar de su trascendencia, en el perímetro de sus centros irradiantes, posee, *malgré tout,* un carácter restringido, aristocrático. El hombre renacentista—cuya mayor categoría reside en su busca de nuevos rumbos para el arte y nuevas verdades para la ciencia—o es el cortesano servil en el séquito de unos magnates a fuer de refinados, crueles o, de no serlo, es el rebelde irredento, tránsfuga de una tienda a otra, en busca febril de la monda paz necesaria al espíritu avizor. Desde Italia, el genio grecolatino vuelve, por más de dos siglos, a irradiar sobre las latitudes de Europa. Hasta donde antaño acamparan las ululantes tribus germánicas que pusieron fin al poderío cesáreo, llega esa luz; y todavía más allá... Es el desquite de Roma contra los antiguos bárbaros. Pero ahora, en el Renacimiento, no son águilas victoriosas, no legiones invictas las que extienden su Imperio ecuménico, sino unas *élites* reducidas a excelsas minorías de sabios y artistas. Tales hombres, no obstante, apenas hubieran podido vivir, de atormentados por la pobreza como posiblemente lo estaban, si hubieran utilizado para su lámpara—y alumbrarse con ella, salvaguardándose de los baches del camino—el aceite de su sola inspiración. Para no caer, y aun para respirar, necesitaron ponerse al servicio de algún potentado. Bastaría recordar Florencia "la bella"... He aquí una nobleza magnífica, brillante; aún más: cultísima como pocas... ¿No es suficiente acaso?... No; porque al mismo tiempo la insigne ciudad hállase impregnada de orientalismo. Es bizantina. Sin escrúpulos. Puede decirse, evitando circunloquios, que al término de las Cruzadas, "la bella" había iniciado ya la parábola de una elegante decadencia.

Con todo, bajo estas sedas hubo afanes reformistas y también un reverdor ascético. Podría argüirse que éstos afloraron en el siglo XII; pero, en verdad, son austeros varones del Renacimiento los que convierten tales afanes en palabra de prosélitos. Esta acción deriva luego hacia otros campos, y, por último, emigra, hasta materializarse, en el siglo XVI, en la "protesta" de Lutero.

Se inaugura la Reforma alzando un pendón de crítica extrema. Sin embargo, nunca, en su raíz, dejó de tener un *humus* económico lugareño de crítica frailera y entre príncipes. Salvo casos como el de Muntzer y la rebelión de una parte del campesinado alemán, el protestantismo no tiene carácter de movimiento popular, en el sentido de mejora de las condiciones de los trabajadores asalariados. La suya es una revolución ideológica—muy pronto en armas—de la antigua Europa invasora o bárbara en contra de la Europa eclesiásticamente romanizada o latina. Porque, no simple coincidencia—¡gigantesca coincidencia sería ella de aceptarse como tal!—es poder comprobar hoy, en el mapa europeo, que la expansión de la Reforma queda instalada en la mayor parte de los países con mote de pertenecer a la *raza sajona,* y el catolicismo, en cambio, se mantiene atrincherado, casi intacto, en las naciones denominadas de *raza latina.*

Mas la escisión no logra evitarse, determinando antes de mucho una crisis grave, de proyecciones recónditas, en la cultura de Occidente.

Ahora subrayo de nuevo: *la Reforma no tuvo visos de conmoción económica en una medida que las masas pudieran interesarse por ella con fines propios, referidos a un beneficio de clase.*

A la inversa, los problemas económicos del protestantismo dijeron relación con puntos de vista crematísticos de las aristocracias locales de Europa, convulsionadas por el cisma religioso. Y aquí es sitio de traer a la memoria que la

crisis de la Iglesia Romana, en los siglos XIV, XV y, por último, el XVI, en su forma de mayor agudeza, corrió de arriba hacia abajo; es decir, de los dirigentes a los dirigidos.

Los siglos siguientes—el XVII y el XVIII—viven de ese aluvión. Políticamente, los *enciclopedistas,* primero, y los revolucionarios de los *Derechos del hombre,* después, se integran en el desarrollo de un mismo proceso: la culminación popular del liberalismo "reformista". La ideología básica de la Revolución francesa se nutre en el *libre examen;* así los terrenos secos, pero abundantes en tierra vegetal, lo hacen de las retenciones de agua facilitada por el desborde de los grandes ríos. Pero si hay un movimiento de masas que no ofrezca de popular sino el epifenómeno, la superficie, la apariencia, ése fué el determinado por los principios de 1789.

Actuando con las vestiduras paradígmicas de unos amplios postulados de *libertad, igualdad y fraternidad,* el tal movimiento, por su esencia, logra una agitación espectacular, dramatizada por la escenografía cruenta que le sirve de telón de fondo. Mas, a poco andar, vése a los directores del espectáculo acomodando la subsiguiente *mise en scène* a la implantación de una nueva aristocracia, calcada de la antigua.

En menos de una generación, sin mucha confianza en el porvenir, esos aristócratas de cuño reciente tratan de asegurar lo poco o mucho conseguido, vinculándose por medio de alianzas matrimoniales a la nobleza recién desposeída. De ahí la urgencia del sino napoleónico, símbolo de esta aspiración de clase, y el endiosamiento vertiginoso del corso, cuando aparece en el escenario de la Revolución, aunque él constituyera por sí solo la máxima sorpresa de aquella comedia finisecular. Triunfo, por cierto, de lo imprevisto como elemento "catalizador", tan frecuente en el proceso de la Historia, pero realizado en esta oportunidad entre el doble despecho de la vieja aristocracia, herida; y de la flamante democracia teórica, burlada.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX, la Revolución francesa, en sus postulados económicos y sociales, no interesaba ni a los propios "revolucionarios" de Francia.

* * *

2. El "mensaje" de los tres movimientos históricos que acabo de señalar, en vez de reanudar la aglutinación de los modos de vivir cristianos de las naciones de Occidente, fué de crisis y quebrantamiento de este ideal. El proyecto de *unidad europea,* almendrado en la Constitución del sacro romano Imperio y reinscrito, más tarde, por Napoleón Bonaparte en los planes de su delirio cesáreo, debilítase cada vez más, hasta parecer por su vaguedad, a comienzos del siglo nuestro, una quimera, un sueño absurdo, y, como tales quimera y sueño, irrealizable.

Ahora bien: el descubrimiento y conquista de América, determinantes de la formación del Imperio castellano, tuvo, asimismo—a semejanza del Renacimiento, la Reforma y la Revolución francesa—, un carácter de "mensaje". Pero sin descontar los errores ni disminuir las faltas y vicios unidos, siempre, por biológica indiscriminación, a toda humana empresa, el sentido histórico de la realidad social, impuesto en un comienzo por los Reyes Católicos y continuada hasta Carlos III por los monarcas herederos del solio imperial de España, cuéntase entre los más ricos en frutos abundantes referidos hasta hoy al decurso de un empuje civilizador.

Desde luego (aunque el choque de las armas en los hechos contemporáneos a la conquista del nuevo mundo le dió a tal incorporación un carácter dramático de asalto) la verdad implícita, a contar desde ese episodio cruento hasta el fin del coloniaje, reside en los efectos; pues del caos aparente provocado por el invasor, emerge "un orden" que unifica y engloba, imperialmente, los dispersos particularismos indígenas; "orden" basado en la fusión material y espiritual de España en la sangre aborigen.

Hasta el momento de llegar la expedición colombina a la isla de Guanahaní; más aún, hasta la muerte del propio gran almirante, América era *lo ignoto* por antonomasia; vale decir, tie-

rras ignoradas para el resto del mundo e "incógnita" para los mismos americanos. Las penetraciones territoriales realizadas por los máximos Imperios de Anahuac y el Cuzco significaron muy poco, en realidad, ante las inmensas perspectivas de un mundo primigenio como era el de nuestro hemisferio: más infierno que paraíso, donde el hielo polar, los bosques, las praderas, el mar, los grandes ríos, las selvas impenetrables, los desiertos y cordilleras infinitos, diversificaban los modos de vivir colectivos, pero no la crueldad de la naturaleza hostil que le servía de marco. Señera naturaleza, y, por muchos aspectos, indómita al dominio del hombre.

Otro tanto cabe decir de la antropología en lo que se refiere a la población americana precolombina. ¡Qué humanidad diversa! Se trata hoy de precisar cierta unión relativa dentro de su variedad, aunque el esfuerzo viene de lejos. Desde Linneo, en 1735—el primero en clasificar al hombre americano *(homo sapiens americanus rufus)* entre las cuatro razas *(Europaeus albus, Asiaticus luridus, Afer niger)* que, según él, poblaban el globo, hasta mi ilustre y respetado Paul Rivet, ex director del Museo del Hombre, de París—, son ya muchos los etnólogos y antropólogos de fama universal en busca de resolver el enigma de los factores raciales determinantes de una supuesta unicidad étnica en los pobladores de América. El problema, no obstante, continúa en penumbras, y tal vez nunca tenga solución. "Si conociéramos—se ha dicho con agudeza—el desenvolvimiento del hombre pleistoceno en el llamado nuevo mundo, sabríamos cómo llegó y se difundió en el continente; pero sin saber si todos los americanos pertenecen a una sola raza o varias, no podemos tratar de averiguar su procedencia."

Rivet, a quien por su autoridad preeminente sólo cito como ejemplo, siguiendo la pista de los referidos nativos en la mezcla de sus rasgos fisionómicos, llega a la hipótesis de un hombre americano producto de lejana extracción racial mogólicopolinesia... Mas, leído lo anterior, ¿no es factible imaginar, en vez del producto de la mezcla supuesta por el etnólogo francés, en un *homo americanus* descendiente de un árbol etnológico, *anterior* a las razas americanas y mogólicopolinesias, y de la cual éstas derivaran sin correspndencia directa de una con las otras?

De todas maneras, éstas y otras posibles hipótesis (Rivet, me ha informado de un nuevo libro suyo en preparación), sostenidas con igual propósito, pertenecen a los temas de las ciencias naturales, sobre los cuales queda aún mucho por reflexionar antes de darse como positivamente sólidas las bases de sus argumentos probatorios.

Lo "actuante", sin embargo, en las modalidades de los indios americanos, o "ameroindios", en su más próxima etapa precolombina, fué su "diversidad", no su *unidad.* Tan agresiva era su actitud vecinal, que en cuanto los grupos tribales, singularizados, llegaban a tomar contacto, estallaba el incendio.

Este hecho, sobrepuesto al invario parecido étnico, de observación actual, atrae en la conquista, con mayor fuerza al de otros factores ventajosos, la atención de los españoles. Porque, gracias a estas disensiones y diversidades de la población indígena, convertidos en elementos sistemáticos a beneficio de la aventura de los tercios hispanos, el dominio de América se transforma, a ojos vistas, en un vasto proyecto de incorporación imperial. De otro modo, esa aventura habría sido poco menos que físicamente imposible. A pesar de la superioridad en armas y material bélico de los europeos, y el desconocimiento ameroindio de la aplicación de la rueda, junto a los múltiples oficios impuestos al ganado caballar—recurso vivo que al reducir el esfuerzo muscular humano aumentando, al mismo tiempo, su eficacia realizadora, significó, él solo, como antes en el mundo conocido, la más profunda revolución tractomóvil en la sociología de las Indias Occidentales—, a pesar de esto, repito, si entonces se produce la unidad de los indígenas en cualquiera de las zonas de su geografía, amenazada por los españoles, la masa numérica de aquéllos habría sido, a pesar de las enormes distancias entre una comunidad y otra, tan incon-

trastablemente poderosa, que el invasor hubiera debido retroceder, si no roto el ímpetu, por lo menos contenido. En un estudio de Rosemblat de 1935, se calcula en más o menos doce y medio millones de almas los habitantes ameroindios al Sur de Río Grande, en la época del descubrimiento.

Las diferencias entre las fratrías indígenas no paraban solamente en lo antedicho. La diversidad de cultos religiosos, enraizados en su mayoría en los principios del totemismo ancestral, a más de la multiplicidad casi increíble de lenguajes locales, convertía a la América toda en verdadera cosa derelicta para el espíritu aventurero del conquistador del siglo XVI. Se hacen cálculos que arrojan cifras superiores a los tres mil dialectos pertenecientes, de acuerdo con la nomenclatura norteamericana, a unos cuantos *stock-languages*, o grandes grupos de familias lingüísticas. Pero también en este punto existen sospechosas contradicciones; así, por ejemplo, mientras el conde de la Viñaza señala para la población indígena el número de mil lenguas diversas, los filólogos sajones dan a los solos *stocks* de Canadá y Estados Unidos una asignación aproximada a los dos mil dialectos.

Tal heterogeneidad sustantiva comienza a declinar en las primeras etapas del coloniaje.

Técnicamente, la Colonia se inicia cuando al margen de la guerra de invasión los adelantados, a nombre de su rey, colocan los sillares en donde se asentaría luego la vida política, económica y religiosa de los pueblos recientemente incorporados a la Corona Imperial de España.

Mas dejemos por ahora esta esquemática visión de rasgos del mundo ameroindio y detengámonos a considerar, en igual forma y antes de la necesaria síntesis, el ámbito de los conquistadores.

* * *

3. Se ha dicho más de una vez que Europa está separada de Africa por los Pirineos. Esta frase, de almendra amarga por su malicia despectiva, Ganivet la toma por su cuenta y la transforma en soberbia glosa. Pero caben también otros símiles... Unida al continente negro por la Roca de Gibraltar (española de derecho, aunque su giba esté erizada de cañones británicos) desde ella se puede divisar, en días claros, el blanco dibujo de las casas de Ceuta. De tal modo se ajustan hacia el Sur las aguas del Mediterráneo, que, atalayados allí, podríamos pensar, sin esfuerzo, en un encajamiento próximo de dos riberas opuestas, las cuales, a lo largo de unos quinientos sesenta kilómetros, partiendo del NE. de Gibraltar en dirección a Cartagena, corren paralelas. Sin embargo, se ha dicho también: "Península por su configuración, Iberia merecería, tanto por su clima como por su estructura, ser considerada un continente en pequeño."

Con exceso de variaciones climatéricas y comarcanas, la expresión general del país es adusta, cediendo en aspereza cuando las cordilleras y mesetas escalonadas declinan hacia las sabanas y huertas de la periferia.

Es posible que, en remoto pretérito, en esta tierra indistinta y ceñuda, se fundieran un día las primeras corrientes civilizadoras del que iba a ser, en el futuro, el hombre europeo. En idéntico orden de pensamientos no e aventurado creer que fuera en aquella terracota amasada por los flujos migratorios venidos desde los núcleos más importantes de Asia y Africa, donde se incrustaron, andando el tiempo, pueblos más refinados, continuando en el laboreo de los siglos esa obra misteriosa que forja y destaca, en plinto de naciones, el paso de las grandes culturas. Fenicia, Roma, Cartago, dejan así, más tarde, en las raíces de la población peninsular, el grito de su sangre. Vándalos, alanos y suavos entrarán, también, en ellas al caer la noche de los tiempos, siguiendo el camino antaño utilizado por los celtas. Y más tarde serán los godos, los cuales, detenidos ahora por la presión de los francos al tratar de desbordarse hacia el otro lado de los Pirineos, terminarán por meterse definitivamente, así en una jaula, dentro del trapecio peninsular. Sumidos, como las olas en

la anchura de la playa, en la menuda arena de las mezclas raciales existentes, la individualidad de estos pueblos ha de desaparecer en seguida para siempre... Por último, la desquiciadora invasión, la invasión cultural de nuevo cuño: los árabes... ¡Fiesta y tragedia de razas de las que sale, a la postre, el pueblo modelador que le iba a dar fisonomía moral y cohesión política a toda Hispania!

Para verlo hay que subir a la meseta.

Ahí está. Recio y duro, habita las llanuras de Castilla con la típica adustez de su propio paisaje. Mas, quizá por la dureza del panorama de su dintorno, entre las brumas del Medio Evo comienza a otear, en busca de más confortables perspectivas, por lo ancho del horizonte. Y ya en alas de su fantasía, navega—pueblo mediterráneo, no obstante—mucho más lejos, y embarcado en más increíbles aventuras, de lo que se atrevieran y abordaran los abuelos fenicios enamorados del mar.

Por estos yermos de Castilla, por estas tierras ocres o pardas (pardas como la mancha mimética de los oteros en el descenso de las laderas fáciles) trotó, infundiéndole un alma legendaria a toda la meseta, la bravura de Rodrigo Díaz de Vivar. Los torreones de este reino adusto, besados fueron por el aire frío de las tierras altas, que el sol calienta, en estío, hasta convertirlo en hálito de horno. Por entre chopos, festoneada su partida por remisas verjas, mientras el perfil de su fama sombrea los blasones de la reyecía, sale una mañana, camino del exilio, el Cid Campeador.

¡Cuadro magnífico ese de su viaje al destierro! Frente al Destino, buenos y malos presagios, simbolizados por la superstición en los ojos de un pájaro agorero, le clavan pupilas abismales. Es una corneja que al abandonar el Cid y sus hombres la villa natal venía posarse a la derecha del camino; y al arribar la pequeña hueste a Burgos, la ven posarse a la izquierda. Ruy Díaz sacude las greñas y cifra una legendaria promesa: "Ahora nos echan de la tierra, Albar Fáñez, pero volveremos a Castilla con gran honra."

Corre el año 1081. Desde entonces, la patria del Cid ensancha y ensancha su poderío, aglutinando, en torno a su solio, a la dispersa familia hispana y considerándola a toda ella indivisble dentro del cuadrilátero peninsular.

La profecía del Cid se cumplirá, precisamente, con providencial exactitud, cuando ese hecho histórico de la "unidad" hispánica entre en su etapa decisiva y final. Libre España de la invasión árabe gracias al empuje de las armas castellanas y católicas, recibe de seguida, por manos de su Reina Católica y castellana, la ofrenda fabulosa de un nuevo mundo.

Este hecho de trascendencia planetaria, el cual, inclusive, modifica los cálculos de medición estelar, no ha sido juzgado aún, en lo referente a sus detalles, con la amplitud y coordinación de necesidad. Los mejores trabajos sobre la dominación española en América son muy especializados; vale decir, no se eslabonan con los estudios que sirven de fuente informativa a la cultura preuniversitaria y general.

Vaya un ejemplo: se culpa a España, aislándola, de actos realizados por ella dentro del espíritu y sentir políticos más profundamente enraizados en Europa, durante los siglos en que esos hechos se llevaron a efecto. La mayoría de mis compañeros de estudio, y yo mismo, caímos en este error. Sin embargo, si hubiéramos puesto en paralela comparación tales actos, habríamos llegado al aserto de que el comportamiento de España, aun en tales condiciones adversas, fué superior al coetáneo y efectivo, puesto en práctica por otros Estados occidentales.

Señalaré un caso muy socorrido: el de la ejemplaridad de la colonización inglesa "comparada" con el fanatismo y codicia de sus contemporáneos, los aventureros españoles. Es decir, el hombre hispano circunscrito como "oveja negra" en una Europa expandida hacia las nuevas tierras ultramarianas; mientras los sajones, entremetidos en esa misma expansión, guiaban, en vez de "aventureros", pacíficas y virgilianas tropas de "ovejas blancas"...

Pues bien: de hacerse el "paralelo", esta socorrida historia resulta contradi-

cha desde su base. No obstante, no deseo ser yo el que lo haga; prefiero cederle el paso a un historiador y ensayista americano distinguido, el profesor Charles C. Griffin.

"¿Hasta qué punto resulta exacto—se pregunta el catedrático estadounidense—el cuadro ejemplar de la colonización inglesa?"

Y se responde:

"En primer lugar, la inmigración por causa de persecución religiosa era mucho menos importante de lo que se ha creído. Las colonias de Virginia, Nueva York y Carolina, por ejemplo, fueron establecidas, principalmente, por hombres que participaban de las mismas ideas religiosas que imperaban oficialmente en Inglaterra. En la propia nueva Inglaterra, meta principal de la inmigración puritana de los calvinistas, de ninguna manera hallamos una sociedad formada exclusivamente con fines religiosos. Los primeros habitantes de esa región, los *Pilgrim Fathers,* o padres peregrinos de Plymouth, que tanto han sonado en la historia nacional de los Estados Unidos como santos varones imbuídos solamente del deseo de la libertad de cultos, fueron también bu cado re de lucro... En Massachusetts, la co lonia más grande e importante, tambien encontramos una situación análoga.. Un siglo más tarde cuando se dirigió a los habitantes de Marblehead (pequeño puerto de Massachusetts) el apremiante requerimiento de que apoyasen la resistencia al Gobierno inglés porque éste ponía en peligro los principios religiosos con que se había fundado la colonia, los habitantes no titubearon en contestar: "Puede ser que vuestros padres vinieran acá por la religión; los nuestros, se establecieron para pescar"...

"Podría decirse que estos humildes negocios pesqueros y de pieles distan mucho de las áureas y plateadas ganancias de los conquistadores españoles. Pero ¿no puede reconocerse uno y el mismo instinto en el buscador de oro y en el que lucra con otros productos que halla a su alcance? Tampoco faltaban colonos ingleses cegados por el afán del oro. Muchos murieron en los primeros años de la colonia de Virginia tras de la quimera áurea, y no dejaron de buscar minas hasta que el tabaco cultivado por los negros llegó a ofrecerles un camino más seguro para conseguir fortuna. Martin Frobisher, uno de los marinos exploradores más famosos de la época isabelina, extrajo de América un cargamento de mineral que descubrió al norte de Terranova, creyendo que era mineral de oro. Por desgracia, resultó no contener ni rastro del metal codiciado; pero la codicia existía, a pesar de la mala suerte del aventurero.

"Con el tiempo, naturalmente, la esperanza de encontrar fortuna en una mina o por otros medios fáciles no pudo sostenerse; como tampoco fué posible, después de la consolidación del régimen colonial español, hacer incursiones y buscar nuevas conquistas sin la supervigilancia de las autoridades, que obligaron a los interesados a fundar pueblos e implantar la ganadería y el cultivo. *La diferencia que se ha tratado de hacer resaltar tanto, se debe, más que a otra cosa, al hecho de que en Méjico, en el Perú y en Nueva Granada existieron metales preciosos, mientras que en Virginia en Nueva Inglaterra no se encontraron*

"También se ha hablado mucho acer ca de las diferencias en los sistemas de trabajos de las dos regiones coloniales: la inglesa y la española. Los primeros pobladores ingleses de América esclavizaron a los indios de un modo muy parecido al de los colonos de las Antillas españolas. La esclavitud india no duró mucho tiempo ni tuvo importancia en la América del Norte, por el simple hecho de que los indios de allí, todavía cazadores nómadas con sólo algunos conocimientos rudimentarios de agricultura, no se ajustaban al trabajo rudo y constante que éste requería, y se fugaron a los bosques, donde fácilmente se mantenían libres. Los indios de Méjico y el Perú estaban acostumbrados al trabajo agrícola, y eran muchísimo más numerosos. Si hubieran existido poblaciones indígenas parecidas, no cabe duda de que los ingleses las habrían explotado, aunque las formas jurídicas de tal explotación no hu-

biesen sido iguales a la de los españoles.

"La prueba de todo esto se nota en la historia de la esclavitud africana en América. Tanto ingleses como españoles sostuvieron la esclavitud, y ambas naciones las desarrollaron en sus colonias cuando faltaba otra clase de mano de obra. Así, en las altas planicies de Méjico y el Perú fueron pocos los esclavos, mientras que en las Antillas—y en varias regiones de la costa, cálidas y aptas para el cultivo del azúcar, el arroz, el añil, el cacao, etc., desde Venezuela a la costa del Perú—los esclavos negros fueron innumerables. De modo parecido vemos el auge de la explotación de los negros en las colonias inglesas de plantaciones: en Virginia y Maryland, donde se cultiva el tabaco, y en Carolina y Georgia, donde el arroz y el añil eran los productos principales. Los negros no se multiplicaron en las colonias inglesas del Norte, porque la mano de obra esclava no era económicamente remuneradora en los trabajos variados de pequeña granjería, donde no era posible poner a muchos esclavos a trabajar juntos bajo el ojo de un capataz" (1).

Sinteticemos. La superioridad de la colonización sajona sobre la ibérica es un mito. En el momento de la conquista del Nuevo Mundo, España era el país más preparado de Europa para una incorporación imperial. Desde luego, debemos advertir que *la unidad* nacional, llevada a término por Fernando e Isabel, se anticipa a toda otra realización política semejante del monarquismo europeo. Cuando el continente aparece aún regido por los conceptos particularistas que informan el ideario disgregante del Estado medieval, Hispania —en la realidad de su época—señala el puesto de máxima avanzada de un ideal doctrinario todavía en cruenta marcha en el resto de Europa: el de la rebusca de intereses congruentes en la psicología feudal de pueblos histórica y racialmente afines, para crear con ellos identidades nacionales sujetas al común denominador de una sola autoridad gobernante.

Esta unificación política informa por primera vez, asimismo, la idea de un destino nacional, en sentido imperialista. Un sentido imperial soñoliento en el período de la Reconquista, pero que la toma de Granada—coronadora del esfuerzo—y el inmediato Descubrimiento de América hicieron beligerante en aquel inesperado y maravilloso escenario. Infatuada de amor humano y amor propio (este último, por adentrado en las vísceras innobles, *inhumano* por antonomasia), doña Juana—la hija de los Reyes Católicos—no habría podido hablar con parejo orgulloso énfasis—de puro altivo, impresionante en su loca majestad—, como hablara su hijo, en 1520, ya elegido emperador con el nombre de Carlos I, aunque cueste llamarle así, pues decirlo y venirse a mientes el de Carlos V resulta una misma cosa, que de éste y no de otro modo se le conoce en el mundo entero. "Ahora —afirmaba entonces el emperador—es vuelta a España la gloria que años pasados estuvo dormida. Dicen los que escribieron en loor de ella que *cuando las otras naciones enviaban tributos a Roma, España enviaba emperadores:* envió a Trajano, a Adriano y Teodosio, de quien sucedieron Arcadio y Honorio, y ahora vino el Imperio a buscar emperador a España, y nuestro rey de España es hecho, por la gracia de Dios, *rey de romanos y emperador del mundo...*"

Opinan los eruditos que el antedicho documento fué redactado por el doctor Pedro Ruiz de la Mota. Debe de ser así, o, por lo menos, es presumible. Porque ayer, hoy y siempre, los poderosos se han valido y se valdrán de maquiavelos y consejeros áulicos, cumplidores del menester de ordenarles sus ideas y hacer claro el confuso tropel de las reflexiones propias; pero no era Carlos V, ni de joven ni de viejo, varón de términos medios, capaz de acomodarse a sentires y opiniones ajenos si éstos no iban sentidos como suyos y muy suyos dentro de su carácter autoritario.

La empresa de "imperar" sobre la

(1) Ch. C. Griffin: *Unidad y variedad en la historia americana.*

—desde el siglo XVI—bien comprobada redondez de la Tierra no la tenía entonces en Europa—como acabamos de leer—sino un solo rey: el de España. Y, en fuerza de esa virtud, se constituye su Ejército—también el primero que, con erguida mayúscula, así podría denominarse—, defensor de una nación "en forma" y ejecutor de su voluntad soberana, faccionada ésta en los moldes del moderno cuño unitario, antifeudal y colonizador, en que pronto van a fundirse las grandes comunidades afines de esa parte del planeta, dando origen a los nuevos Estados rectores de la civilización de Occidente.

Es este Ejército, en realidad, el que realiza la incorporación de Amero-India al Imperio Hispano. Mas, por lo intenso, el tema exige capítulo aparte.